

— PAPELES DE FORMACIÓN CONTINUA —

FORUM.COM



El rumbo de tu historia



salesianos
SANTIAGO EL MAYOR

Delegación
de Formación



Número 222 - 24 de SEPTIEMBRE de 2025

ÍNDICE

Este número	3
El rumbo de tu historia	
Retiro	4
Por una vivencia fiel y profética de nuestra vocación salesiana	
Formación	15
La vida religiosa: ¿del caos al “kairós”?	
Comunicación	24
Ser agentes de comunión	
Carisma	27
“Haced lo que Él os diga”. Creyentes, libres para servir	
Pastoral	33
Jesús, nuestra feliz esperanza	
Jubileo	41
Los mensajes de León XIV durante el Jubileo de los jóvenes	
La Solana	49
Envejecer juntos en la vida religiosa (parte I)	
Por tu Palabra	61
Si alguien quiere venir detrás de mí	
El anaquel	74
El papa Francisco, análisis de un obispo	
Una estrella en mi ventana	81
Protagonistas de la historia	

FORUM.COM – PAPELES DE FORMACIÓN CONTINUA

Revista fundada en 2000 – Tercera época
Delegación Inspectorial de Formación “Santiago el Mayor”

Delegado de Formación: Juan José Bartolomé
Dirección: Mateo González [forum@salesianos.es]
Jefe de redacción: José Luis Guzón
Depósito Legal: LE 1436-2002 – ISSN: 1695-3681

ESTE NÚMERO

El rumbo de tu historia

Comienza el curso y vuelve nuevamente **FORUM.COM**. Una vuelta al hilo de la campaña pastoral que nos propone recuperar el protagonismo de la propia historia. Una invitación que encuentra su inspiración en el legado que el papa Francisco nos ha dejado para la pastoral juvenil, la exhortación apostólica ‘Christus vivit’ en la que recupera la invitación que hizo a los jóvenes en la vigilia de la JMJ de Panamá en 2019. Enconces recorpada el recordado Papa que “la vida que Jesús nos regala es una historia de amor, una historia de vida que quiere mezclarse con la nuestra y echar raíces en la tierra de cada uno. Esa vida no es una salvación colgada “en la nube” esperando ser descargada, ni una “aplicación” nueva a descubrir o un ejercicio mental fruto de técnicas de autosuperación. Tampoco la vida que Dios nos ofrece es un “tutorial” con el que aprender la última novedad. La salvación que Dios nos regala es una invitación a formar parte de una historia de amor que se entreteje con nuestras historias; que vive y quiere nacer entre nosotros para que demos fruto allí donde estemos, como estemos y con quien estemos. Allí viene el Señor a plantar y a plantarse”.

Nosotros somos conscientes de esta invitación y, antes de transmitirlo a los jóvenes, debemos vivir nuestra vida en esta clave. Así seremos testigos creíble de la propuesta del Reino. Es aquí donde viene en nuestra ayuda la formación, cuando esta nos ayuda a releer la propia vocación y renovar el propio compromiso en la misión salesiana.

Este es nuestro mejor deseo para el curso que comenzamos. También te recuerdo que estamos a tu disposición para cualquier comentario, sugerencia, aportación o crítica en el correo electrónico forum@salesianos.es. ¡Feliz curso! ¡Buena lectura!

 **Mateo González Alonso**

Por una vivencia fiel y profética de nuestra vocación salesiana

Fernando García¹

1. Oración inicial

D.: En el nombre del Padre...

D.: Te damos gracias, Padre,
porque nos ha llamado uno a uno,
por nuestro propio nombre
de entre todos los continentes
para ser en la Iglesia
signos y portadores de tu amor.

T.: Has hecho que del corazón
del mismo Cristo, tu apóstol,
brotara también para nosotros
la caridad pastoral
que caracteriza nuestra misión eclesial
con el don de predilección por los jóvenes.

D.: Te adoramos con gratitud filial,
porque tu Espíritu
nos acompaña con la gracia
en la vivencia diaria de nuestro don,
renovando el misterio de la alianza bautismal
para darle una expresión más íntima y plena.

T.: Enséñanos a contemplar a tu Hijo;
empapa nuestra libertad de la potencia de tu Espíritu,
para que todos los que estamos con don Bosco

¹ Inspector de la Inspectoría de Santiago el Mayor.

podamos cumplir fielmente, con tu ayuda,
lo que por don tuyo hemos prometido con gozo.

D.: Concédenos, Padre misericordioso,
que, guiados por María,
sepamos recorrer hasta la meta
este camino que conduce al Amor.

T.: A ti la gloria por los siglos. Amén

2. Reflexión²

2.1. Introducción

En este mes de septiembre vamos a recibir los documentos que condensan la experiencia de la Congregación en el Capítulo General 29 y que es el fruto de una experiencia espiritual y comunitaria vivida de manera muy intensa.

El Rector Mayor en la presentación del texto, ha querido señalar dos aspectos que no son indiferentes para un salesiano que se acerca a este documento en un clima de oración y reflexión espiritual.

El primero es el lugar donde se celebró el CG29 y que tiene una fuerza simbólica y carismática para seguir creyéndonos con convicción cuanto se dice en el primer artículo de nuestras Constituciones: *«Este Documento final es la memoria viva de un camino guiado por el Espíritu, celebrado en la casa de nuestros orígenes, aquí en Valdocco, donde todo comenzó. Aquí hemos querido detenernos en escucha profunda, con la conciencia de que toda verdadera renovación nace de un retorno auténtico a las fuentes»*.

El segundo es el momento eclesial que nos invita a discernir juntos, escuchándonos con humildad en un clima y con una metodología de “Conversación en el Espíritu”: *«La escucha recíproca, la humildad al cuestionarse, el deseo de dejar emerger la voz del Espíritu entre nosotros, han hecho madurar un clima de comunión real, que ha hecho posible un discernimiento compartido, honesto y maduro. Reconocemos, con alegría, que este es el primer fruto del CG29: una experiencia eclesial que nos ha hecho redescubrir que, solo si caminamos juntos bajo la guía del Espíritu, podemos ser fieles al Evangelio y significativos para los jóvenes de hoy»*.

Con este documento se condensa una experiencia espiritual en la que han emergido las luces y las sombras de nuestra Congregación. Ciertamente no es más que un texto, uno de esos escritos que el papa Francisco decía que no despiertan gran interés y que, por ello, podrían quedar rápidamente olvidados, pero puede ser también una oportunidad para que la vida de casa salesiano conecte con Dios y se reavive y se fortalezca la llama

² Puede consultarse el vídeo de introducción <https://youtu.be/oD8qAPiYnZs> (6 min. 29 seg.).

de la fe que fundamenta nuestra esperanza y nos hace **testigos auténticos y creíbles de la pasión por Jesucristo** que alimenta nuestra vida.

Junto a este acontecimiento, cómo no recordar también, el impactante momento eclesial que vivimos en el mes de mayo con la muerte del papa Francisco y la elección del nuevo papa. Los ojos del mundo estuvieron durante un mes fijos en la plaza de San Pedro: unos con curiosidad, otros con el anhelo de un liderazgo moral en un mundo desorientado y carente de líderes fiables, otros convencidos de que el Espíritu Santo sigue estando presente en la vida de la Iglesia y que por ello inspira, fortalece y acompaña nuestra existencia y nuestra historia.

Con estos acontecimientos de fondo he reflexionado sobre algunos aspectos que considero esenciales para nuestra vida de seguidores de Jesús y para nuestra misión de evangelizadores de los jóvenes. Os los presento en este escrito, para que en este marco cuidado que es el retiro espiritual de inicio de curso, puedan convertirse para vosotros en una oportunidad para la reflexión personal, para la oración ante el Señor, para la comunicación espiritual con los hermanos.

Si estas palabras despiertan un deseo de conversión personal, de búsqueda de Dios en los acontecimientos de la vida, de agradecimiento sincero y profundo por el don recibido... habrá merecido la pena el haberlas puesto a vuestra disposición. De esta forma podremos ser los «discípulos misioneros» a los que Jesús sigue enviando para una vivencia fiel y profética de la vocación salesiana.

Llamó a los Doce y los fue enviando de dos en dos, dándoles autoridad sobre los espíritus inmundos. Les encargó que llevaran para el camino un bastón y nada más, pero ni pan, ni alforja, ni dinero suelto en la faja; que llevaran sandalias, pero no una túnica de repuesto. Y decía: «Quedaos en la casa donde entréis, hasta que os vayáis de aquel sitio. Y si un lugar no os recibe ni os escucha, al marcharos sacudíos el polvo de los pies, en testimonio contra ellos. Ellos salieron a predicar la conversión, echaban muchos demonios, ungían con aceite a muchos enfermos y los curaban. (Mc 6, 7-13)

2.2. Con el recuerdo del papa Francisco

Hace ya doce años, al concluir el año de la fe, el papa Francisco nos ofrecía el documento programático de su pontificado. Lo hacía con el realismo de ser consciente de que hoy en día, los documentos no despiertan el interés que en otras épocas y que por ello son rápidamente olvidados (EG25).

El análisis era claro y conciso: «*el gran riesgo del mundo actual con su múltiple y abrumadora oferta de consumo es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada. Cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no se escucha la voz de Dios, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien*» (EG2).

No deberíamos leer esta severa advertencia como escrita para los demás. Cada uno de nosotros necesitamos preguntarnos en qué medida ese individualismo autorreferencial también afecta a nuestra vida, a esa vida que hemos consagrado a Dios. El papa Francisco al exhortar a vivir la alegría del Evangelio quería llegar a cada cristiano para estimular la conciencia de cada uno y conseguir que *«en cualquier lugar y situación en que nos encontráramos, renovásemos nuestro encuentro personal con Jesucristo o al menos a que tomáramos la decisión de dejarnos encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso»* (EG3).

Estas palabras de hace más de una década no han perdido nada de su vigor y actualidad. Renovar ese encuentro con Jesús es el deseo que tenemos como Congregación y es por tanto, la finalidad de este retiro.

2.3. La conversión personal

Esta necesidad de tocar el corazón de cada salesiano la expresó el Rector Mayor de una manera muy lúcida en el inicio del discurso de clausura del Capítulo General: *«Nuestro camino como Congregación Salesiana depende de las opciones personales, íntimas y profundas que cada uno de nosotros decide hacer»*.

Así es, cada uno de nosotros y cada una de nuestras comunidades, tendrá que discernir hoy, aquí y ahora, cuál es el camino que el Señor nos está pidiendo. Sin este proceso de conversión personal, todo cuanto leamos será papel mojado o experiencia ajena sobre la cual se puede opinar pero que nos deja indiferentes, no remueve el interior, no lanza a salir de la propia comodidad para atreverse a llegar a las periferias que necesitan la luz del Evangelio (EG 20).

La Congregación somos nosotros, la misión salesiana somos cada uno, la mano amiga que necesitan los jóvenes para tener referencias y ambientes que les ayuden a crecer y caminar en la vida, somos nosotros. Lo que hacemos no es un apéndice que se quita y se pone. Cada salesiano “somos una misión” con nuestra vida, *«para eso estamos en esta vida y necesitamos reconocernos a nosotros mismos como marcados a fuego por esa misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar»* (EG 273).

2.4. Escuchar la voz de Jesús que nos habla

Todos estamos afectados por esta invitación a la conversión personal. A sentir la voz de Jesús como lo hizo Zaqueo cuando se invitó a su casa para llevarle la salvación que anhelaba (Lc 19, 1-10) o como Pedro cuando junto al lago de Galilea experimentó ese amor que sanaba los remordimientos y enviaba a una misión (Jn 21, 15-19) o como María Magdalena junto al sepulcro, que necesitó escuchar la voz del Maestro y del amigo para que las lágrimas de los ojos le ayudaran a ver al Señor de su vida (Jn 20, 11-18).

¿Qué tienen en común estas historias con la tuya? ¿Tienes deseo de encontrarte con Jesús, de invitarle a tu “casa”, de arriesgar y cambiar aquello que sabes que no acaba de ir

bien? ¿Estás dispuesto a romper con las heridas del pasado y prometerle ese amor que te convierte en discípulo y seguidor? ¿Eres un buscador del resucitado en la vida cotidiana? ¿Has sentido su palabra que te llama por tu nombre, te enjuga las lágrimas y te envía a compartirlo con el resto de sus amigos?

La conversión que necesitamos es un encuentro auténtico con Jesús. Pensemos qué es lo que lo impide. Puede ser esa rutina e inercia que nos hace pasar de largo por las cosas y que termina por secar la vida espiritual, o puede ser ese “yo, ya..” que se dice como excusa para autoconvencerse de que es demasiado tarde para cambiar, o puede ser una identificación de la misión con tareas y cargos que se tienen durante una etapa de la vida y no con la propia vocación que se vive con generosidad y disponibilidad hasta el último aliento de la existencia.

La conversión personal que se nos pide es algo mucho más profundo que corregir un mal hábito o realizar un cambio de actitudes morales. Esto vendrá como consecuencia de vivir un encuentro que nos vincula personal, emocional, vitalmente con el Dios de la vida en quien creemos y que se nos ha dado a conocer en Jesús de Nazaret. Convertirnos a Jesús es ver la vida con sus ojos, sentirla con su corazón, razonarla con sus criterios, relacionarnos con los demás cómo él lo hacía con las personas.

Esta conversión nos transforma en esos «*discípulos misioneros*» que saben que Jesús camina con ellos, habla con ellos, respira con ellos, trabaja con ellos. *Si no descubrimos a Jesús presente en el corazón mismo de nuestra entrega misionera, de nuestra vocación, de nuestra vida, perderemos el entusiasmo y dejaremos de estar seguros de lo que transmitimos. Nos faltará fuerza y pasión y una persona que no está convencida, entusiasmada, segura, enamorada, no convence a nadie.* (EG 266).

Por el contrario, si transmitimos alegría a las personas con las que vivimos, aún en los más pequeños detalles, aunque estemos mayores y enfermos, aunque no tengamos especiales tareas que realizar... nos estaremos convirtiendo en un cauce a través del cual la buena noticia de Jesús y la esperanza que nace de Dios, llega a las personas. No podemos olvidar que la ascesis de la alegría es parte de la mística salesiana y que ésta no se puede conseguir si no es desde una profunda vida espiritual que se alimenta de la unión con Dios. Recordemos cómo lo expresan dos artículos de nuestras Constituciones:

«El salesiano no se deja abatir por las dificultades pues confía plenamente en el Padre: «nada te turbe» solía repetir Don Bosco. Capta los valores del mundo y no se lamenta del tiempo en que vive. Está siempre alegre porque anuncia la buena noticia» (C17).

«Al trabajar por la salvación de la juventud, el salesiano vive la experiencia de la paternidad de Dios y reaviva continuamente la dimensión divina de su actividad: «sin mí no podéis hacer nada». Cultiva la unión con Dios y advierte la necesidad de orar ininterrumpidamente en diálogo sencillo y cordial con Cristo vivo y con el Padre, a quien siente cerca de sí. Atento a la presencia del espíritu y haciendo todo por amor de Dios, llega a ser como Don Bosco, contemplativo en la acción» (C12).

2.5. Tres preocupaciones en la Congregación

La Congregación Salesiana está llamada a vivir esta conversión para reavivar la pasión por Dios y la dedicación a los jóvenes, pero esta conversión empieza por cada uno de nosotros y por detalles concretos que en este retiro de inicio de curso puedan guiar nuestro camino.

En esta búsqueda de concreción, el CG29 se abrió con un tiempo dedicado a la oración y a la reflexión espiritual. En él, D. Pascual Chávez nos recordó algunas de las preocupaciones sobre la Congregación Salesiana que D. Ángel Fernández Artime había señalado al reflexionar en la última carta que escribió antes de su renuncia:

«Sigo preocupado, porque está muy presente en toda la vida consagrada, también en la nuestra, como Salesianos, cierta debilidad o fragilidad en el modo de vivir la vida espiritual y la relación con Dios, afectando de lleno a nuestra propia identidad carismática. Sin una verdadera experiencia de Dios no hay creyentes, y me permito decir, menos aún consagrados, y menos aún Salesianos de Don Bosco con una vida totalmente gastada por y para los jóvenes.

Me preocupa cuando me encuentro con realidades de vida comunitaria en las que la comunidad sirve para lo que uno quiere hacer, y es “funcional” pero no es profecía ni crea fascinación en los jóvenes.

Hermanos queridos, no me doy por satisfecho todavía en la atención en favor de los muchachos y jóvenes más pobres. Nuestro corazón tendría que estar más locamente enamorado de los más pobres, como lo fue el de Don Bosco»³.

Ante la preocupación expresada de una fragilidad de la vida espiritual del salesiano, podemos preguntarnos cómo es nuestra relación con Dios, cómo vivimos y cuidamos los medios que tenemos a nuestro alcance para rezar con la vida, para adquirir una mirada contemplativa, para experimentar la gracia de Dios que actúa en nosotros a través de los sacramentos de la reconciliación y de la Eucaristía.

Podemos meditar para ello con los diez artículos de nuestras Constituciones (85-95) que expresan nuestro proyecto de vida de diálogo con el Señor y que se cierran con este que a continuación os presento:

«Sumergido en el mundo y en las preocupaciones de la vida pastoral, el salesiano aprende a encontrar a Dios en aquellos a quienes es enviado. Al descubrir los frutos del Espíritu, en la vida de los hombres, especialmente de los jóvenes, da gracias por todo; al compartir sus problemas y sufrimientos, invoca para ellos la luz y la fuerza de su presencia.

³ A. FERNANDEZ ARTIME *Adonde el Señor nos lleve* «Él me dijo: “Mi gracia te basta, que mi fuerza se realiza en la flaqueza”» (2 Cor 12, 9) Turín, 8 de septiembre de 2023, ACG 440, p. 19.

Se nutre de la caridad del Buen Pastor, cuyo testigo quiere ser, y participa en las riquezas espirituales que le ofrece su comunidad.

La necesidad de Dios, sentida en el trabajo apostólico, lo lleva a celebrar la liturgia de la vida y logra aquella laboriosidad incansable, santificada por la oración y la unión con Dios, que debe ser la característica de los hijos de san Juan Bosco». (C95)

Ante la preocupación por la debilidad del tejido fraterno de nuestras comunidades y de un funcionalismo instrumental resuena con fuerza una llamada a la conversión a la fraternidad. ¿Qué podemos hacer cada uno para que la comunión de vida sea hoy un signo creíble del evangelio para las personas que se mueven en el entorno de nuestras casas?

El artículo 49 de las Constituciones, tantas veces citado en tantas ocasiones, nos invita a colocarnos como reflejo de Dios en nuestras relaciones con los hermanos. Esto supone una doble responsabilidad. Por un lado, relacionarme con los demás como Dios mismo lo hace, por otra parte, reflejar a los demás esta dimensión divina de nuestro ser y hacer, de modo que nos convirtamos para todas las personas que ven nuestra comunidad, en un signo de amor y unidad.

En la sencillez de la oración seguro que encuentras formas concretas y muy sencillas y realistas, de llevar esto a la práctica no pensando en lo que los demás tienen que cambiar sino en lo que está en tu mano hacer para que la comunidad en la que vives sea más fraterna y de ese modo más creíble y profética.

«Vivir y trabajar juntos es para nosotros, salesianos, exigencia fundamental y camino seguro para realizar nuestra vocación. Por eso nos reunimos en comunidades: en las que nos amamos hasta compartirlo todo en espíritu de familia y construimos la comunión de las personas.

En la comunidad se refleja el misterio de la Trinidad; en ella encontramos respuesta a las aspiraciones profundas del corazón y nos hacemos, para los jóvenes, signos de amor y de unidad» (C49).

Por último, la preocupación expresada por la falta de dedicación a los jóvenes más pobres, nos lanza a mirar nuestra propia vida como respuesta a una vocación y no como dedicación a una tarea. Somos una misión y los jóvenes, que necesitan de referentes espirituales ante las diversas pobreza que les afectan en la vida, son la razón de ser de nuestra vida.

«Como educadores, colaboramos con los jóvenes, para desarrollar sus talentos y aptitudes hasta la plena madurez. En las diversas circunstancias compartimos con ellos el pan, y promovemos su competencia profesional y formación cultural. Siempre y en todos los casos, les ayudamos a abrirse a la verdad y a adquirir una libertad responsable. Con ese fin, nos esforzamos por suscitar en ellos la convicción y el gusto de los valores auténticos, que los orienten al diálogo y al servicio». (C32)

2.6. El mal no prevalecerá

La tarde del 8 de mayo de 2025, muchos de nosotros conocimos quién era el cardenal Prevost. Sus primeras palabras como León XIV no fueron improvisadas, sino que habían sido preparadas en ese breve tiempo disponible marcado por la intensidad del momento que estaba viviendo.

Asomado al balcón, mirando a la plaza de San Pedro y al mundo entero, el nuevo papa nos deseó la paz que viene de Jesús: una paz “desarmada y desarmante” que hace que el mal no tenga la última palabra en la vida de las personas.

«Queridos hermanos y hermanas, este es el primer saludo de Cristo Resucitado, el Buen Pastor que dio la vida por el rebaño de Dios. También yo quisiera que este saludo de paz entrara en sus corazones, alcanzara a sus familias, a todas las personas, dondequiera que estén, a todos los pueblos, a toda la tierra. ¡La paz esté con vosotros!

Esta es la paz de Cristo Resucitado: una paz desarmada y desarmante, humilde y perseverante. Dios nos quiere, Dios los ama a todos, ¡y el mal no prevalecerá! Todos estamos en las manos de Dios. Por tanto, sin miedo, unidos de la mano con Dios y entre nosotros, sigamos adelante. Somos discípulos de Cristo. Cristo va delante de nosotros. El mundo necesita su luz».

He querido recordar estas palabras para que cada uno de nosotros, al inicio del curso le podamos pedir a Dios que nos ayude para llevar esa luz a la vida de los demás. Nuestra conversión personal, producirá así el fruto de un compromiso para colaborar con Dios en que el mal no prevalezca en la vida de las personas.

Pensemos en Don Bosco y en lo que nos escribió en las “Memorias del Oratorio”, cuando bajo la guía de D.Cafasso, profundizaba en su vocación y visitando las cárceles llegaba a la conclusión de que el mal no prevalecería en aquellos jóvenes si encontraban una mano amiga que les ayudase y les orientara en la vida.

De ese deseo de bien que vence al mal y que pone en juego todos los medios a su alcance con determinación e inteligencia pedagógica, nació la misión salesiana que se desarrolla en nuestras actividades y obras.

El papa León inició sus palabras deseándonos la paz porque no podemos dar a los demás lo que no tenemos nosotros, nos exhortó a la comunión para vivir desde la mística del encuentro y nos interpeló a vencer el mal en nosotros mismos y en los demás.

Si es cierto que quien ayuda a una persona a vivir mejor ya con esto merece la pena la entrega de toda una vida, podemos rezar con agradecimiento si Dios se ha servido en alguna ocasión de nosotros, para que el mal no prevalezca en la vida de alguien. Nuestras casas están llamadas a ser un espacio de bien, un lugar de encuentro, de escucha, de

acogida, de orientación para que quienes las habitan puedan ser felices aquí y en la eternidad.

¿Qué está a mi alcance para contribuir en ello? ¿Cómo puedo acompañar, apoyar la misión salesiana de la que soy parte? ¿Cómo puedo hacer crecer la paz en mi corazón y colaborar con Dios para que el mal no prevalezca en la vida de las personas?

2.7. Para concluir

Un retiro es un momento de oración y de encuentro con Dios. Somos evangelizadores con espíritu, personas que rezan y trabajan. Con ese pulmón de la oración se oxigena la actividad que realizamos y se encuentra un sentido a las dificultades de la vida.

Retomo las palabras del Rector Mayor en su discurso de clausura para volver a la opción decisiva por la conversión personal que está ante nosotros. La Iglesia y la Congregación se renovará no solo por los papas o superiores mayores que elijamos, sino por la *«opciones personales, íntimas y profundas que cada uno de nosotros decida hacer»*.

Leídas en un ambiente de oración pueden inspirar el camino que hoy el Señor te está inspirando para vivir tu vocación salesiana con alegría y gratitud:

«La conversión personal no es un asunto intimista, autorreflexivo. No se trata de una llamada que solo me toca a mí de manera desapegada de todo y de todos. La conversión personal es esa experiencia singular de donde luego saldrá y emergerá una renovada pastoral. En esta llamada de renovada pasión por Jesús, invito a cada salesiano y a cada comunidad a tomar en serio las opciones y los compromisos concretos que como Capítulo General hemos considerado urgentes para un testimonio educativo pastoral más auténtico. Creemos que no podemos crecer pastoralmente sin esa actitud de escucha a la Palabra de Dios. Reconocemos que los diversos compromisos pastorales que tenemos, las necesidades cada vez mayores que se nos presentan y que testimonian una pobreza que no cesa nunca, corren el riesgo de quitarnos el tiempo necesario para «estar con Él».

Este desafío ya lo encontramos desde el inicio de nuestra Congregación. Se trata de tener claras las prioridades que fortalecen nuestra columna vertebral espiritual y carismática que da alma y credibilidad a nuestra misión (...) Solo escuchando en lo profundo del corazón a quien nos llama a seguirlo, Jesucristo, podemos realmente escuchar con un corazón auténtico a aquellos que nos llaman a servirles.

Si la motivación radical de nuestro ser siervos no encuentra sus raíces en la persona de Cristo, la alternativa es que nuestras motivaciones sean alimentadas por el terreno de nuestro ego. Y la consecuencia es que luego nuestra propia acción pastoral termina por inflar el mismo ego. La urgencia de recuperar el espacio místico, el terreno sagrado del encuentro

con Dios, un terreno en el que debemos quitarnos las sandalias de nuestras certezas y de nuestras maneras de interpretar la realidad con sus desafíos en estas semanas, ha sido reafirmado varias veces y de diversas maneras».

3. Apéndice: textos citados del evangelio para la oración

El encuentro de Jesús con Zaqueo (Lc 19, 1-10):

Entró en Jericó e iba atravesando la ciudad. En esto, un hombre llamado Zaqueo, jefe de publicanos y rico, trataba de ver quién era Jesús, pero no lo lograba a causa del gentío, porque era pequeño de estatura. Corriendo más adelante, se subió a un sicomoro para verlo, porque tenía que pasar por allí. Jesús, al llegar a aquel sitio, levantó los ojos y le dijo: «Zaqueo, date prisa y baja, porque es necesario que hoy me quede en tu casa». El se dio prisa en bajar y lo recibió muy contento. Al ver esto, todos murmuraban diciendo: «Ha entrado a hospedarse en casa de un pecador». Pero Zaqueo, de pie, dijo al Señor: «Mira, Señor, la mitad de mis bienes se la doy a los pobres; y si he defraudado a alguno, le restituyo cuatro veces más». Jesús le dijo: «Hoy ha sido la salvación de esta casa, pues también este es hijo de Abrahán. Porque el Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido».

El encuentro de Jesús con Pedro (Jn 21, 15-19)

Después de comer, dice Jesús a Simón Pedro: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?». Él le contestó: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». Jesús le dice: «Apacienta mis corderos». Por segunda vez le pregunta: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?». Él le contesta: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». Él le dice: «Pastorea mis ovejas». Por tercera vez le pregunta: «Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?». Se entristeció Pedro de que le preguntara por tercera vez: «¿Me quieres?» y le contestó: «Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero». Jesús le dice: «Apacienta mis ovejas. En verdad, en verdad te digo: cuando eras joven, tú mismo te ceñías e ibas adonde querías; pero, cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras». Esto dijo aludiendo a la muerte con que iba a dar gloria a Dios. Dicho esto, añadió: «Sígueme».

El encuentro de Jesús con María Magdalena (Jn 20, 11-18)

Estaba María fuera, junto al sepulcro, llorando. Mientras lloraba, se asomó al sepulcro y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados, uno a la cabecera y otro a los pies, donde había estado el cuerpo de Jesús. Ellos le preguntan: «Mujer, ¿por qué lloras?». Ella les contesta: «Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto». Dicho esto, se vuelve y ve a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús. Jesús le dice: «Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas?». Ella, tomándolo por el hortelano, le contesta: «Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré». Jesús le dice: «¡María!». Ella se vuelve y le dice: «¡Rabboni!», que significa: «¡Maestro!». Jesús le dice: «No me

retengas, que todavía no he subido al Padre. Pero, anda, ve a mis hermanos y diles: "Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro"». María la Magdalena fue y anunció a los discípulos: «He visto al Señor y ha dicho esto».

4. Oración conclusiva

D.: Ven, Espíritu Santo,
Santificador omnipotente,
ven a nosotros,
quédate entre nosotros,
haznos tu hogar.

T.: Tú, que has colmado de tus dones y de tu presencia,
a la Virgen María, la llena de gracia,
y has transformado el corazón de los Apóstoles
ven y santifícanos,
ven e ilumina nuestra mente
ven y fortifica nuestra voluntad,
ven y purifica nuestra conciencia,
ven y corrige nuestro juicio,
ven e inflama nuestro corazón
ven y preservamos de todo mal. Amén.

FORMACIÓN

La vida religiosa: ¿del caos al «kairós»?⁴

Víctor Codina

Una crisis inédita en la Iglesia occidental

Los historiadores de la vida religiosa conocen muy bien que a lo largo de la historia de la Iglesia han desaparecido algunos institutos religiosos, tanto femeninos como masculinos, tras unos años de vida fecunda. También constatan que cada ciclo nuevo de vida religiosa (el paso del monacato a los mendicantes, el paso de los mendicantes a las congregaciones apostólicas modernas...), supone una cierta crisis para el ciclo anterior que lentamente se recupera y adapta. La vida religiosa se ha ido enriqueciendo de la experiencia del desierto, de la periferia y de la frontera.

Pero lo que acontece en el mundo occidental hoy es diferente y nuevo, afecta a todos los institutos religiosos: falta de vocaciones, pirámides demográficas invertidas con mucha gente mayor arriba y una pequeña base de gente joven, además de numerosas salidas de la vocación religiosa a los pocos años de la profesión. Pero la pregunta es ¿por qué salen?

Esta situación tan generalizada provoca incertidumbre sobre el futuro de la vida religiosa y en muchos casos genera un clima de miedo y pánico: ¿desaparecerá la vida religiosa de las Iglesias del occidente cristiano? ¿sucederá también un fenómeno semejante dentro de unos años en Asia y África? ¿Hay que caminar hacia nuevas comunidades de vida religiosa? ¿Sustituirán los nuevos movimientos laicales a la vida religiosa tradicional?

Si quisiéramos sintetizar esta situación en una palabra tal vez tendríamos que hablar de una situación caótica, de caos, una mezcla de confusión y desorden. Esta situación tiene consecuencias de todo tipo, no solo pastorales y espirituales sino institucionales, económicas, sociales, etc. ¿Qué hacer con las obras propias, educacionales, pastorales, de salud y sociales, cuando no hay personal religioso, ni recursos económicos para mantenerlas? ¿Cómo mantener los inmensos gastos de las enfermerías religiosas? ¿Cómo formar a la juventud religiosa en medio de este clima de inseguridad? ¿Qué futuro les

⁴ Artículo publicado en *La Civiltà Cattolica* (enero 2022).

espera a las jóvenes vocaciones que entran en comunidades muy envejecidas? ¿Es posible seguir soñando?

Frente a esta situación, coexisten dentro del seno mismo de la vida religiosa, posturas divergentes. Para algunos, se trata de un fenómeno pasajero, de una crisis temporal que pronto remitirá y se aducen ejemplos de algunas comunidades religiosas que han visto que últimamente aumentaban sus vocaciones. Otros, en cambio, optan por una postura apocalíptica, no hay nada a hacer, no hay futuro, no podemos seguir soñando.

Hemos de profundizar la situación actual para ver si hay alternativas posibles que no sean ni ingenuas ni catastróficas.

Explicaciones insuficientes

Muchas veces se intenta explicar este fenómeno de forma personal y subjetiva: las generaciones mayores de la vida religiosa no hemos dado suficiente testimonio evangélico; por otra parte, la juventud de hoy solo se interesa en disfrutar de la vida y pasarlo bien.

Es indudable que en la vida religiosa madura del pasado, no siempre hemos sido signos evangélicos transparentes y los abusos sexuales con menores han demostrado grandes grietas en la vida religiosa clásica. Pero no se puede afirmar que la vida religiosa actual represente una decadencia respecto a la del pasado, donde, sin embargo, había muchas vocaciones. No se trata de un problema únicamente personal, en el pasado había muchas personas santas en la vida religiosa, como las hay también ahora. El problema no es numérico sino algo más complejo, más formal que material, más institucional que individual, más de procesos en el tiempo que de espacios (cfr *Evangelii gaudium* [EG], nn. 225-230), más de estructura que de acciones concretas particulares.

Es cierto que entre la juventud hay personas encerradas en lo económico y material, poco sensibles a valores espirituales. Pero hay jóvenes generosos, dispuestos a sacrificarse por grandes causas sociales, ecológicas, de salud, migración, derechos humanos, justicia, etc., con voluntariados largos y muy comprometidos. Y muchos de ellos se abren a las dimensiones de la Trascendencia, al silencio y la oración. Tampoco aquí podemos hacer juicios valorativos sobre la calidad moral de la juventud de hoy frente a la del pasado. Son tiempos diferentes.

Lo que es cierto es que la juventud de hoy no quiere comprometerse en comunidades estrechamente ligadas a un pasado que ya no tiene futuro. Por tanto, esta crisis actual de la vida religiosa en occidente es un hecho tan extendido por todas partes que no puede explicarse ni responder por situaciones personales, sino que debe existir alguna causa objetiva, histórica, general, estructural, ya que la crisis afecta simultáneamente a todos los institutos. No es algo puramente cuantitativo o numérico sino esencial y vital, no es de detalle sino algo formal, una especie de *Gestalt*.

En búsqueda de una respuesta

Entramos aquí en el conocido tema de cambio de época, que se expresa de formas diferentes; un nuevo tiempo axial; superación de la antigua era centrado en el altar sacerdocio y sacrificio; cambio de paradigma que cuestiona el paradigma anterior y se abre a nuevas perspectivas, etc. Lo que es cierto es que no hemos llegado todavía al final de la historia, como piensan algunos ingenuos.

Vivimos en un mundo secular, donde la hipótesis Dios ha desaparecido (ateísmo) y debe ser repensada por los creyentes para no hacer de Dios un tapa agujeros, sino un Dios que respeta las mediaciones y causas segundas. Hay que vivir ante Dios como si Dios no existiera (Dietrich Bonhoeffer), responsabilizándonos del mundo y de la historia. Hay que asumir el silencio de Dios ante Auschwitz y ante los niños inmigrantes que mueren en las pateras o en la playa.

Por otra parte, el optimismo secularizador, utópico y un tanto mesiánico de hace algunos años que confiaba totalmente en la ciencia y el progreso moderno, se debilita ante el choque con la cruda realidad: injusticia, hambre, guerras, cambio climático, enfermedades y muerte. La actual pandemia ha suscitado preguntas últimas sobre el sentido de la vida y de la muerte. Frente a esta situación de fracaso y vulnerabilidad, la ciencia no tiene respuesta. Solo las religiones apuntan al Misterio de Dios, que para los cristianos es el Dios creador y Padre de Jesús y dador del Espíritu. Los cristianos, frente a la enfermedad y la muerte, tenemos el horizonte de la cruz y la esperanza pascual. Los cristianos hemos de humanizar la fe y transfigurar el mundo a la luz del misterio pascual de Jesús (cfr *Gaudium et spes* [GS], n. 39).

Para la fe cristiana es necesario un discernimiento evangélico claro ante este cambio de época, para no condenar el pasado como falso e irrelevante, ni abrirnos a lo nuevo con un fervor casi mesiánico. La Palabra de Dios, el Evangelio, la vida y misión de Jesús de Nazaret muerto y resucitado, la gran Tradición eclesial, tienen algo que decirnos sobre el presente, el pasado y el futuro.

Muchas veces se ha acusado al concilio Vaticano II de haber causado esta crisis de la Iglesia y de la vida religiosa. Esta afirmación no solo es falsa, sino que adolece de ignorancia histórica. El Vaticano II lo que intentó es situar a la Iglesia en diálogo con el mundo de hoy, sin condenarlo (cfr *Gaudium et spes*), superando así una eclesiología de Cristiandad, ya superada. Es el célebre *aggiornamento* de Juan XXIII, un anciano carismático y con la sabiduría de los sencillos que viven la realidad desde abajo, que intuyó que la Cristiandad ya había explotado. Pero huyó de caer en el profetismo de calamidades.

El Vaticano II toma constancia de esta realidad e intenta sacar sus consecuencias (cfr GS 4-10). Tanto la Iglesia universal, como el carisma de la vida religiosa deberán reformularse ante este nuevo contexto epocal de post-cristiandad.

Lecciones de la historia del pasado de la vida religiosa

Antes de buscar nuevas formulaciones para la actual situación inédita de la vida religiosa, podemos ayudarnos con algunas lecciones de la historia pasada.

El origen de la vida religiosa en la Iglesia es siempre un carisma profético, suscitado por el Espíritu como crítica y denuncia de una situación eclesial poco evangélica, como anuncio de los auténticos valores del Reino y como semilla de una transformación eclesial y social. Johann Baptist Metz usa la expresión de la vida religiosa como «una terapia de shock eclesial». Por ello la vida religiosa no nace desde arriba del poder, sino desde el margen, desde el desierto, desde la periferia, desde lo fronterizo (Jon Sobrino).

Pero es indudable que a lo largo del tiempo ha habido una lenta pero constante tendencia a dejar la periferia y acercarse al centro, con una tentación clara y no siempre superada de situarse en la cumbre del poder económico, social, eclesial y espiritual. Muchas veces ha pasado a ser una elite en pleno sentido del término, cada vez más lejos del pueblo, más autorreferencial, más autosuficiente y aislada de otros carismas eclesiales, con cierto orgullo colectivo, en una especie de “*splendid isolation*”, con innegable riesgo de aburguesamiento, de estar arriba.

Algunas consecuencias significativas. La vida religiosa clerical con la buena voluntad de suplir la escasez de clero y apoyar a la Iglesia diocesana, asume parroquias, con el riesgo de que lo carismático quede un tanto marginado y tender a una parroquialización de la vida religiosa. ¿Dónde queda su profetismo carismático si al final todos acaban siendo párrocos?

Por otra parte, la vida religiosa femenina muchas veces ha estado tan dependiente de la masculina, que se ha impedido que exprese su espiritualidad con toda su propia original genialidad. También es significativo que la vida religiosa que nace o se restaura después de la Revolución francesa, realiza un buen trabajo social, educativo y de salud, pero mantiene una mentalidad muy conservadora y añora el *ancien régime* de la unión del trono y el altar. Dicho esquemáticamente y sin muchos matices, la vida religiosa que nació originariamente como una crítica a la «cristiandad» en torno al siglo IV, lentamente acabó asumiendo y acomodándose a la «cristiandad».

La evolución de la teología de la vida religiosa

Hoy somos más conscientes de que ha habido una evolución positiva de teología de la vida religiosa. El Vaticano II, a pesar de ciertas ambigüedades en algunos textos, sitúa a la vida religiosa dentro del Pueblo de Dios (cfr *Lumen gentium* [LG], nn. 43-47), todo él llamado a la santidad (cfr LG 39-42). La vida religiosa es un don del Espíritu que, aunque no forme parte de la jerarquía de la Iglesia, forma parte de su vida y santidad. (LG 44). La vida religiosa debe renovarse volviendo a la praxis del seguimiento de Jesús, según el evangelio y al carisma original de cada instituto religioso (cfr *Perfectae caritatis*, n. 2). No puede existir al margen de la Iglesia y la Iglesia no está plenamente constituida y presente en un país de misión si no hay presencia de vida religiosa contemplativa y activa (cfr *Ad gentes*, n. 18). Como dijo el obispo Bergoglio en el sínodo de la vida

religiosa de 1994, «la vida religiosa es un don para la Iglesia, nace de la Iglesia y está totalmente orientada a la Iglesia»⁵.

La vida religiosa no pertenece únicamente al campo del Derecho canónico y de la espiritualidad, sino a la constitución de la Iglesia. A partir del Vaticano II surgió una profunda reflexión sobre la vida religiosa, como *Evangelica testificatio* de Pablo VI, *Vita consecrata* de Juan Pablo II y numerosas publicaciones teológicas. La vida religiosa se reformó profundamente después del Vaticano II. Pero, todavía queda un largo camino por recorrer.

El Vaticano II, a pesar de su inmensa riqueza pastoral y teológica, estuvo un tanto condicionado por la perspectiva eurocéntrica de los obispos y teólogos de mayor protagonismo. De ahí que su preocupación se centrara en el ateísmo y secularización, la posibilidad de salvación fuera de la Iglesia, el ecumenismo, la libertad religiosa y la importancia de la conciencia personal. Son temas típicos de la llamada «Primera ilustración». Los pobres no aparecen en sus textos, fuera de dos alusiones (cfr LG 8 y GS 1), a pesar del deseo de Juan XXIII de que el rostro de la Iglesia conciliar fuese la Iglesia de los pobres.

Serán las Iglesias de los países pobres, concretamente la Iglesia latinoamericana, que en Medellín (1968) hará una recepción creativa del Vaticano II escuchando la voz del Espíritu a través del clamor de los pobres que piden justicia, como los israelitas oprimidos por el faraón en Egipto. A partir de Medellín surge la opción por los pobres, la lucha contra el pecado de las estructuras injustas, la actualidad el Éxodo y la liberación, el edificar una Iglesia pobre, sencilla y pascual, que una fe y justicia. Es algo típico de la llamada «Segunda ilustración», sensible a la justicia y los pobres.

Esto repercutió positivamente en la vida religiosa sobre todo de América latina, pero también de otros lugares, donde se fue insertando en medios pobres, en barrios periféricos, en villas miseria y favelas, en el campo, en las minas, en medio de indígenas y afros. Hubo una auténtica renovación de la vida religiosa. También hubo muchos mártires, víctimas de los poderes dictatoriales y militares.

Añadamos, finalmente, la aparición de la llamada «Tercera ilustración», centrada en los otros y diferentes, que enriqueció a la Iglesia y a la vida religiosa, abriéndola a campos como las culturas, lo femenino, el diálogo intercultural e interreligioso y la ecología. Pero cuando parecía que la vida religiosa estaba eclesial y teológicamente bien formulada, ha sucedido la crisis actual. El problema no es hoy estrictamente teológico, pues la teología de la vida religiosa es bastante clara, cuanto de praxis histórica.

Una teología pneumatológica de los signos de los tiempos

Antes de entrar en formulaciones más teóricas, comencemos recordando un texto muy esclarecedor de los Hechos de los apóstoles. El Espíritu Santo, Espíritu de Jesús, no permite a Pablo predicar la palabra en Asia ni en Bitinia. Bajan a Tróade. Pero por la

⁵ Francisco, *Testigos de la alegría*, Roma, 2014, III, 5.

noche Pablo tiene una visión. Un macedonio le suplica que vaya a Macedonia a ayudarles. Pablo comprende que Dios les pide que pasen a evangelizar a Macedonia. Se embarcan en Tróade, van a Samotracia, a Neápolis, de allí a Filipos que es colonia de Macedonia (cfr *Hch* 16,6-12). En este texto resulta un tanto desconcertante que el Espíritu de Jesús le cierre a Pablo las puertas para evangelizar unas zonas y en cambio le abra puertas para que vaya a otro lugar. Pero el sentido es claro, el Espíritu desea que Pablo no vaya a lugares judíos sino que se dirija al mundo gentil. Pablo llegará a Atenas y luego a Roma para evangelizar a los gentiles. Los Hechos de los Apóstoles se acaban cuando finalmente Pablo ha cumplido su vocación misionera con los gentiles.

Estamos ante lo que el Vaticano II denomina los «signos de los tiempos». La Iglesia debe escrutar a fondo los signos de los tiempos (cfr GS 4), convencida de que quien conduce al Pueblo de Dios es el Espíritu del Señor que llena el universo; y ha de ver en los deseos, acontecimientos y exigencias de nuestro tiempo, de los cuales participa conjuntamente con los contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia o planes de Dios (cfr GS 11). Corresponde a todo el Pueblo de Dios, pero especialmente a los pastores y teólogos el auscultar, discernir e interpretar con la ayuda del Espíritu las múltiples voces de nuestro tiempo. Es lo que hizo Pablo al interpretar su sueño como voz del Señor que le llamaba a ir a los gentiles. El Espíritu cierra algunas puertas, pero abre otras.

Pero el discernir los signos de los tiempos supone una serie de elementos y actitudes: la convicción de que el Espíritu del Señor no actúa solo en la Iglesia sino que llena el universo y para esto hay que escuchar con nuestros contemporáneos las voces, deseos y exigencias de la humanidad. Esto supone una actitud eclesial de apertura, diálogo y cercanía a nuestro mundo y a nuestro tiempo para saber lo que Dios quiere de la humanidad. Y exige discernimiento para iluminar esta realidad con los valores del evangelio y de la vida de Jesús de Nazaret.

Aplicándolo a la vida religiosa, podemos preguntarnos si no estamos también ante un momento en el que el Espíritu nos cierra algunas puertas pero nos abre otras. Hemos de discernir si las estructuras actuales de vida religiosa responden a los signos de los tiempos de hoy, o bien responden más bien a épocas superadas de la Cristiandad. El Espíritu nos cierra las puertas a una vida religiosa numerosa, poderosa, fuerte, elite, autosuficiente y autorreferencial, pero quizás nos abre las puertas a otro estilo más evangélico y pobre, más de acuerdo con los signos de los tiempos de hoy.

Podemos preguntarnos si nuestra experiencia de caos no puede abrirnos a un tiempo favorable. La pneumatología nos enseña que el Espíritu (la *ruah*) actúa desde abajo, el Espíritu desde el caos inicial del Génesis (*tohu wa-bohu*) engendra un aliento de vida (cfr *Gn* 1,2); de vientres de mujeres estériles el Espíritu hace surgir dirigentes de Israel (cfr *Gn* 11,30; 25,21; 29,31; *1 Sm* 2,1-11); y de una joven virgen de Nazaret hace nacer a Jesús (cfr *Lc* 1,35). Para el Espíritu nada es imposible (cfr *Lc* 1,37). El Espíritu es capaz de dar vida a un campo de huesos secos (cfr *Ez* 37,1-14); el Espíritu ilumina a una pobre mujer macabea que ve morir mártires a sus siete hijos, para que proclame la fe en la resurrección (cfr *2 Mac* 7,20.23). Es el Espíritu quien resucita a Jesús de entre los muertos (cfr *Rm* 8,11) y el que descende sobre un grupo de pobres y temerosos apóstoles reunidos en Jerusalén, para convertirlos en testigos del Resucitado ante todo el mundo (cfr *Hch* 2). El Espíritu es el origen y fuente de la vida religiosa y cada fundación religiosa

es un don y un milagro del Espíritu que desde la pobreza y pequeñez hace brotar vida evangélica.

¿Qué puertas abre hoy el Espíritu a la vida religiosa?

Antes de hablar de la puertas que se abren a la vida religiosa, digamos que muchas instituciones religiosas están más preocupadas por reabrir las puertas que se cierran que en buscar las nuevas puertas que se abren. Y muchas veces las jóvenes vocaciones son destinadas a emplear toda su energía en reabrir o mantener abiertas las puertas que ya se están cerrando, en lugar de aprovechar su imaginación y creatividad para buscar nuevas puertas. Puede ser paradigmático el texto del Primer Libro de los Reyes, cuando Elías manda a su joven criado que suba siete veces al cerro para ver si emerge del mar alguna nubecilla que anuncie lluvia. Mientras, Elías, encorvado en tierra, ora de rodillas (cfr *1 Re* 18, 41-46). Las vocaciones jóvenes han de otear el horizonte de nuevas posibilidades, mientras el resto ora en silencio.

Pero esta tarea de otear los signos de los tiempos y el horizonte queda facilitada gracias a los aportes de Francisco para la reforma de la Iglesia. Él sueña con una Iglesia de puertas abiertas, acogedora y hospital de campaña, que salga a la calle para callejear la fe y se dirija a los márgenes existenciales y geográficos donde la gente vive y sufre, una Iglesia que huela a oveja, que no sea aduana sino misericordiosa, ni sea autorreferencial, que sea una pirámide invertida, poliédrica, sinodal, una Iglesia en la que los pobres y su piedad son un lugar teológico privilegiado (cfr EG 197-201). Todo esto son pistas para una nueva vida religiosa abierta al futuro, *kairós* y fruto del Espíritu. Concretemos algunos aspectos de la conversión de la vida religiosa.

Volver a la pequeñez y minoridad de los orígenes

Los orígenes de toda fundación de una nueva comunidad religiosa son pobres, pequeños, débiles, pocos, desconocidos que se autodenominan pequeños: hermanos menores, mínimos, mínima compañía, hermanitos y hermanitas, pequeños hermanos y hermanas, etc. Con los años, esta pequeñez se ha convertido muchas veces en grandeza y ostentación. Hacemos la opción por los pobres, pero ya no somos pobres. Hoy las circunstancias nos devuelven a la minoridad de los orígenes: somos pocos, débiles y pobres, no tenemos el futuro asegurado, como tampoco lo tienen los pobres. No podemos ofrecer a las jóvenes vocaciones una seguridad y una garantía plena. Les podemos ofrecer una gran aventura evangélica, abierta al futuro y al viento del Espíritu.

Nos toca vivir la pequeñez del grano de mostaza y de la levadura (cfr *Mt* 13, 31-33), nos toca seguir a un Jesús que no tiene donde reclinar su cabeza. La vida religiosa no es un privilegio, es una emocionante aventura, un riesgo, pero un riesgo evangélico, abierto a la novedad del Espíritu. Nuestro auxilio viene del Señor y de la presencia vivificadora de su Espíritu.

Entrar en el dinamismo sinodal

Este aspecto complementa el anterior. Sínodo significa etimológicamente «camino conjunto» y es, según Juan Crisóstomo, la definición de la Iglesia (cfr PG 55, 493). Sinodalidad es entrar en este caminar conjunto con todo el Pueblo de Dios, nacido del bautismo y con la unción del Espíritu, que posee un sentido de la fe que le hace infalible en su fe (cfr LG 12). La sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia en el tercer milenio, según el Papa Francisco en el discurso del 17 de octubre de 2015, con motivo del 50º aniversario de la institución del sínodo de obispos.

Si es así, también la vida religiosa ha de entrar en esta perspectiva de un camino conjunto, de sinodalidad. Esto implica dejar atrás privilegios y aristocracias económicas, culturales y espirituales para insertarnos en el Santo pueblo de Dios que ha recibido el Espíritu. No se trata de renunciar a nuestra identidad carismática sino de compartirla con otros, sin capillismos ni sectarismos, sin elitismos. De alguna manera la sinodalidad implica un protagonismo de los laicos y laicas que constituyen la mayoría del Pueblo de Dios y podemos preguntarnos si la disminución de vocaciones tanto a la vida religiosa como al ministerio ordenado no formará parte de un misterioso designo de Dios para que sea todo el Pueblo de Dios el que camine conjuntamente hacia la misión, hacia el Reino de Dios. Se puede hablar de misión compartida con otros y otras, de dialogar entre todos lo que afecta a todos, donde todos enseñamos y aprendemos y se rompe el dualismo de Iglesia docente e Iglesia discente, es una pirámide invertida, algo tan novedoso que algunos afirman que puede provocar «un infarto teológico» en los defensores del orden establecido.

Volviendo a la vida religiosa, esto significa mucho más que la intercongregacionalidad entre las distintas congregaciones e institutos religiosos. No es simplemente decir que el laicado colabora con la vida religiosa y sus instituciones pastorales, educativas, sociales o de salud. Es toda la vida religiosa la que se pone al servicio de todo el Pueblo de Dios en la misión común, en colaboración con parroquias, movimientos y otros tipos de comunidades, abiertos al Reino, al cuidado de la casa común (cfr *Laudato si'*), a la fraternidad universal (cfr *Fratelli tutti*).

Evidentemente todo esto implica un proceso de conversión eclesial, lento y de discernimiento común. La tarea no es fácil, pero es motivadora y movilizadora. Solo con el tiempo podremos ver cómo esto afecta a la vida y al trabajo apostólico, a comunidades monásticas y contemplativas, a la economía y estilo de vida. Pero la falta de vocaciones, la pequeñez de la minoridad es transformada por el Espíritu en un camino junto con otros. Solo con el tiempo y desde la praxis y el discernimiento se podrán hallar caminos personales, comunitarios e institucionales para realizar este sueño. Y todo ello bajo la tutela y órbita del Espíritu que todo lo supera, desborda, rejuvenece y vivifica desde las situaciones de caos, desde el *de profundis* de la historia. El caos puede convertirse en *kairós*, en un tiempo oportuno. Los que sembraban con lágrimas, ahora podrán alegrarse en la siega (cfr Sal126,6).

Recuperar la dimensión mística de la vida religiosa

Es muy conocido este lúcido texto de Benedicto XVI: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación definitiva» (*Deus caritas est*, n. 1).

Si toda vida cristiana nace del acontecimiento del encuentro con la Persona de Jesús, la vida religiosa que tiene un origen profético, no puede nacer ni prosperar sin una dimensión profundamente espiritual y mística, bajo la unción del Espíritu. Esto significa que la vida religiosa, muchas veces sobrecargada de trabajo, ha de fomentar amplios espacios personales y comunitarios de oración y silencio, la *lectio divina*, liturgia, etc., que vayan impregnando la vida y la misión de valores y actitudes evangélicas, en un mundo donde Dios está en el exilio. Pero exige también estar cerca de los crucificados de la historia, bajar al encuentro con Dios en los pobres, para evitar que nuestra oración sea una huida alienante del mundo.

Cuando se recuerda figuras eminentes de la vida religiosa, los fundadores y las fundadoras, uno queda sorprendido de la gran riqueza y profundidad espiritual que han aportado a la Iglesia y a la humanidad, personas como Antonio el copto, Benito y Escolástica, Bernardo de Claraval, Francisco y Clara, Domingo y Catalina de Siena, Ignacio, Javier y Fabro, Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Teresa del Niño Jesús y Edith Stein, Hildegarda de Bingen, Juan de Dios y Camilo de Lelis, Vicente de Paul y Luisa de Marillac, Calazanz, Claret y Don Bosco, Juana de Lestonnac, Cándida de Jesús, Nazaria Ignacia, Teresa de Calcuta, Carlos de Foucauld y tantos otros. La mística es parte esencial de la vida religiosa. Sin un apasionamiento personal por el Señor Jesús y por el evangelio, la vida religiosa no es posible. La actual transformación a la que está llamada hoy no será posible sin una conversión a la mística.

Conclusión

¿Es posible pasar del caos al *kairós*? Es posible, pero no es algo instantáneo ni mágico, es un paso pascual que implica personal y comunitariamente pasar de la muerte a la resurrección, exige no aferrarse a un pasado caduco y abrirse a la acción novedosa, desbordante y vivificante del Espíritu de Jesús, que actúa desde abajo en momentos de crisis y muerte, cierra algunas puertas pero abre otras, un Espíritu que nunca está en huelga, ni en la Iglesia, ni en la historia de la humanidad.

La vida religiosa actual se asemeja al sentimiento del salmista del *De profundis* (cfr *Sal* 130), un salmo que comienza en la oscuridad de la noche, clamando con angustia al Señor y acaba abierto a la esperanza, como la del centinela que espera la aurora.

COMUNICACIÓN

Ser agentes de comunión⁶

León XIV

Queridos
hermanos y
hermanas,
hemos
comenzado
con este
saludo: La paz
esté con
ustedes.



Y cuánto necesitamos la paz en nuestro tiempo, desgarrado por la enemistad y las guerras. Y cuánto nos llama hoy al testimonio el saludo del Resucitado: «La paz esté con ustedes» (*Jn* 20,19). La paz esté con todos nosotros. En nuestros corazones y en nuestras acciones.

Esta es la misión de la Iglesia: anunciar la paz al mundo. La paz que viene del Señor, que venció a la muerte, que nos trae el perdón de Dios, que nos da la vida del Padre, que nos indica el camino del Amor.

1. Es la misión que la Iglesia les confía hoy también a ustedes, que están aquí en Roma para su Jubileo, que han venido a renovar el compromiso de alimentar con esperanza cristiana las redes sociales y los entornos digitales. La paz necesita ser buscada, anunciada, compartida en todos los lugares; tanto en los dramáticos escenarios de guerra, como en los corazones vacíos de quienes han perdido el sentido de la existencia y el gusto por la interioridad, el gusto por la vida espiritual. Y hoy, quizás más que nunca, necesitamos discípulos misioneros que lleven al mundo el don del Resucitado; que den voz a la esperanza que nos da Jesús vivo, hasta los confines de la tierra (cf. *Hch* 1,3-8); que lleguen a dondequiera que haya un corazón que espera, un corazón que

⁶ Saludo del papa León XIV a *influencers* y misioneros digitales en la Basílica de San Pedro, el martes, 29 de julio de 2025.

busca, un corazón que necesita. Sí, hasta los confines de la tierra, hasta los confines existenciales donde no hay esperanza.

2. Hay un segundo reto en esta misión: buscar siempre la “carne sufriente de Cristo” en cada hermano y hermana con los que nos encontramos en internet. Hoy nos encontramos en una nueva cultura, profundamente caracterizada y formada por la tecnología. Depende de nosotros, depende de cada uno de ustedes, garantizar que esta cultura siga siendo humana.

La ciencia y la tecnología influyen en la forma en que nosotros vivimos en el mundo, afectando incluso al modo de entendernos a nosotros mismos, de relacionarnos con Dios y los unos con los otros. Pero nada de lo que proviene del hombre y su creatividad debe utilizarse para socavar la dignidad de los demás. Nuestra misión, la misión de ustedes, es nutrir una cultura de humanismo cristiano, y hacerlo juntos. Esta es la belleza de la “red” para todos nosotros.

Frente a los cambios culturales a lo largo de la historia, la Iglesia nunca se ha mantenido pasiva; siempre ha tratado de iluminar cada época con la luz y la esperanza de Cristo, discerniendo el bien del mal y lo que era bueno de lo que debía cambiarse, transformarse y purificarse.

Hoy nos encontramos en una cultura en la que la dimensión tecnológica está presente en casi todo, especialmente ahora que la adopción generalizada de la inteligencia artificial marcará una nueva era en la vida de las personas y de la sociedad en su conjunto. Este es un desafío que debemos afrontar: reflexionar sobre la autenticidad de nuestro testimonio, sobre nuestra capacidad de escuchar y hablar, y sobre nuestra capacidad de comprender y ser comprendidos. Tenemos el deber de trabajar juntos para desarrollar una forma de pensar y un lenguaje de nuestro tiempo que dé voz al Amor.

No se trata simplemente de generar contenido, sino de crear un encuentro entre corazones. Esto implicará buscar a los que sufren, a los que necesitan conocer al Señor, para que puedan sanar sus heridas, volver a levantarse y encontrar sentido a sus vidas. Este proceso comienza, antes que nada, con la aceptación de nuestra propia pobreza, dejando de lado toda pretensión y reconociendo nuestra innata necesidad del Evangelio. Y este proceso es un reto de la comunidad.

3. Y esto nos lleva a un tercer llamado y por eso les hago un llamado a todos ustedes: “que vayan a reparar las redes”. Jesús llamó a sus primeros apóstoles mientras reparaban sus redes de pescadores (cf. Mt 4,21-22). También lo pide a nosotros, es más, nos pide hoy construir otras redes: redes de relaciones, redes de amor, redes de intercambio gratuito, en las que la amistad sea auténtica y sea profunda. Redes donde se pueda reparar lo que ha sido roto, donde se pueda poner remedio a la soledad, sin importar el número de los seguidores —los *follower*—, sino experimentando en cada encuentro la grandeza infinita del Amor. Redes que abran espacio al otro, más que a sí mismos, donde ninguna “burbuja de filtros” pueda apagar la voz de los más débiles. Redes que liberen,

redes que salven. Redes que nos hagan redescubrir la belleza de mirarnos a los ojos. Redes de verdad. De este modo, cada historia de bien compartido será el nudo de una única e inmensa red: la red de redes, la red de Dios.

Sean entonces ustedes agentes de comunión, capaces de romper la lógica de la división y de la polarización; del individualismo y del egocentrismo. Céntrense en Cristo, para vencer la lógica del mundo, de las *fake news* y de la frivolidad, con la belleza y la luz de la verdad (cf. *Jn*8,31-32).

Y ahora, antes de despedirme con la bendición, encomendando al Señor el testimonio de todos ustedes, quiero darles las gracias por todo el bien que han hecho y hacen en sus vidas, por los sueños que persiguen, por su amor al Señor Jesús, por su amor a la Iglesia, por la ayuda que prestan a los que sufren y por su camino en las vías digitales.



«Haced lo que él os diga» Creyentes, libres para servir Presentación del lema del Aguinaldo 2026

Fabio Attard, SDB

Año tras año el Aguinaldo se presenta como una oportunidad para que toda la Familia Salesiana se reúna alrededor de un tema particular, para que –a través de la oración y la reflexión, la escucha y el compartir– la llamada de cada Grupo pueda encontrar alimento para su propio camino espiritual, carismático y pastoral.

A la luz de la experiencia del Jubileo, el AGUINALDO 2025, *Anclados en la esperanza, peregrinos con los jóvenes*, nos ha dado la oportunidad de caminar juntos con toda la Iglesia para contemplar el misterio de Cristo, fuente y sostén de nuestra esperanza. En torno al tema de la *esperanza que no defrauda*, hemos podido contemplar cómo el misterio de un Dios creador que nos visita en el Hijo continúa hoy apoyándonos a través de la fuerza del Espíritu. La esperanza nos ha ayudado a reconocer los signos de Dios en la vida cotidiana, esa realidad concreta que refleja el misterio del amor de Dios por nosotros. La esperanza es fuerza y confirmación del «ya» que vivimos y contemplamos. Y también fuente de coraje y gozo del «todavía no».

El evento del 150 aniversario de la primera expedición misionera salesiana ha sido una oportunidad muy concreta y real, a través del cual hemos redescubierto cómo para Don Bosco la fuerza de la esperanza generaba en su corazón el valor que lo ha sostenido en el descubrimiento del proyecto de Dios y en el decidido compromiso de ponerlo en práctica. Leyendo a fondo este acontecimiento podemos decir que la esperanza ha sido el motor del corazón pastoral de Don Bosco. La esperanza es la que le ha hecho capaz de leer los signos de los tiempos y de mirar al mundo sostenido por su fe en Dios.

Esta conmemoración histórica tuvo lugar en un momento particular de la vida de Don Bosco: junto a la expedición misionera, estaba comprometido a enviar a los salesianos a Francia, así como a dar vida a la asociación de los Salesianos Cooperadores. Un período de gran fermento, pues, para nuestro Padre que en su corazón siempre ha privilegiado la

apertura y la disponibilidad a la voluntad de Dios. Guiado por la esperanza, Don Bosco estaba fuertemente arraigado en la fe.

Si es cierto que Don Bosco vivía en Turín, es aún más cierto que su corazón y su mente habitaban el mundo entero. Su esperanza –una vez descubierto el proyecto de Dios– se convertía en fuente de certeza y de plena convicción que hay que seguirlo, con fe, hasta el fondo, sin temor y sin vacilaciones.

Los primeros salesianos intuían la fuerza de la esperanza que animaba el corazón y la mente de Don Bosco. No es casualidad que ellos mismos, más tarde, lo comprendan e interpreten como: **«Don Bosco hombre de fe, Don Bosco creyente, Don Bosco en unión con Dios».**

Varias opiniones y reflexiones surgidas de la Consulta Mundial de la Familia Salesiana a principios del mes de junio de 2025 han enfocado el tema de la «fe»: si la fuerza de la esperanza se basa en la fe, una vida verdaderamente llena de esperanza lleva a una relación más profunda y auténtica de fe con Jesús, el hijo del Padre, hecho hombre por nosotros y que sigue estando presente en medio de nosotros con la fuerza del Espíritu.

Os ofrezco algunas ideas que luego serán desarrolladas en el AGUINALDO 2026.

1. Una llamada a la escucha

«*Haced lo que él os diga*» no es una simple cita bíblica, sino un verdadero manifiesto espiritual y pastoral. La invitación, el comando sale de la boca de María justo al principio del mismo Evangelio. El contexto que preveía un momento de fiesta de repente puede terminar mal, un fracaso total: falta el vino. En esta situación de crisis y dificultad, María, la madre solícita, simplemente invita a los siervos a estar atentos a lo que Jesús dirá cuando llegue «su hora».

Es bueno releer esta página de nuevo.

Evangelio de Juan 2, 1-11

A los tres días había una boda en Caná de Galilea, y la madre de Jesús estaba allí. Jesús y sus discípulos estaban también invitados a la boda. Faltó el vino, y la madre de Jesús le dice: «No tienen vino». Jesús le dice: «Mujer, ¿qué tengo yo que ver contigo? Todavía no ha llegado mi hora». Su madre dice a los sirvientes: «Haced lo que él os diga».

Había allí colocadas seis tinajas de piedra, para las purificaciones de los judíos, de unos cien litros cada una. Jesús les dice: «Llenad las tinajas de agua». Y las llenaron hasta arriba. Entonces les dice: «Sacad ahora y llevadlo al mayordomo». Ellos se lo llevaron. El mayordomo probó el agua convertida en vino sin saber de dónde venía (los sirvientes sí lo sabían, pues habían sacado el agua), y entonces llama al esposo y le dice: «Todo el mundo pone primero el

vino bueno y, cuando ya están bebidos, el peor; tú, en cambio, has guardado el vino bueno hasta ahora».

Este fue el primero de los signos que Jesús realizó en Caná de Galilea; así manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en él.

Las palabras de María a los sirvientes de Caná (Jn 2,5) encierran una pedagogía tanto de la escucha como de la respuesta. Una pedagogía que contrarresta toda forma de obediencia pasiva. María no dice simplemente «obedeced», sino que invita a una escucha personal, activa y proactiva: «lo que él os diga». Es una invitación a la confianza en la persona de Cristo, una confianza que se convierte en un gesto de responsabilidad que a su vez genera libertad auténtica.

El subtítulo del Aguinaldo «*Creyentes, libres para servir*» completa el cuadro trazando una trayectoria existencial: de la fe nace la libertad, de la libertad brota el servicio, es decir, una libertad que – vivida – hace a los demás libres. No se trata de una secuencia cronológica, sino de una dinámica vital, donde cada elemento alimenta y se sostiene de los demás. No se puede ser creyente estando lejanos y desapegados de lo que puede y debe generar vida, gozo y comunión. Creer significa apostar, apostar todo a uno mismo. Creer empuja fuera del recinto de la comodidad que solo se resigna a «comentar» la historia. Creer es una experiencia que nace y contribuye a la construcción de una sociedad más justa. Creer se convierte en energía que alimenta esos procesos hacia una humanidad más exitosa.

2. Un itinerario hacia una fe generativa

La propuesta del Aguinaldo sigue una progresión que recuerda el método del discernimiento cristiano: *reconocer - interpretar - elegir*. Es un itinerario que evita tanto el activismo ciego y sumiso como una espiritualidad desencarnada e intimista. Es una invitación a emprender ese camino que se abre ante nosotros cuando aceptamos con fe la invitación de la Palabra. Un camino marcado por la confianza y la responsabilidad. Es el camino que caracteriza la mejor tradición salesiana: ayudar a los jóvenes a tener y dar confianza, acompañarlos y educarlos para tomar decisiones que los responsabilicen, con vistas al objetivo de formarse «buenos cristianos y honrados ciudadanos».

2.1. La acogida de los signos de los tiempos

Es necesario, ante todo, reflexionar sobre la urgencia de «abrazar el tiempo y la historia». La historia que habitamos, con sus desafíos, debe ser «afrontada» con empatía. Esta actitud expresa un gesto de amor activo hacia la realidad que nos rodea. Como educadores y pastores creyentes, no aceptamos caer en ese inmovilismo que solo nos hace sufrir pasivamente los acontecimientos. La nuestra es una llamada a «reconocer» los desafíos con inteligencia espiritual. Es un paso crucial y decisivo: el reconocimiento es fruto del discernimiento, es decir de aquella capacidad que sabe leer en profundidad lo que sucede. Solo de esta manera se evitan lecturas catastróficas y destructivas.

Para nosotros, que estamos involucrados en procesos educativo- pastorales, podemos decir que la imagen de la «historia como cofre que acoge y revela la acción de Dios» es particularmente pertinente y evocadora. El cofre sugiere que – mientras lo humano se revela ante nuestros ojos – solo con la atención nos damos cuenta de cómo la acción divina está presente aunque oculta, activa de manera amable. Son necesarios ojos de fe para que la acción de Dios sea descubierta, comprendida y asumida. Es un enfoque profundamente salesiano: Don Bosco sabía captar la acción de la «providencia» en las historias más complicadas, en las situaciones más difíciles. Era capaz de transformar cada obstáculo y dificultad aparente en una oportunidad para el crecimiento integral de los jóvenes y la propagación del Reino.

2.2. El arraigo en la fe

El segundo movimiento lleva directamente al corazón de la experiencia cristiana. Leer los acontecimientos a la luz de Cristo es una opción fundamental que solo se madura como fruto de un esfuerzo constante. Jesucristo no puede ser percibido como «objeto» de fe. Jesucristo, hijo de Dios hecho hombre por nosotros, es *logos*, es decir, criterio que nos ayuda a comprender la realidad. Es un enfoque que, iluminado por la fuerza del Espíritu Santo, supera toda forma de dualismo entre lo sagrado y lo profano.

Solo esta sana relación con Cristo puede revelar a nuestra mente y corazón lo divino en lo humano. Solo así se hace particularmente significativa la llamada a descubrir cómo «la voluntad de Dios emerge de los acontecimientos que vivimos». Este enfoque de fe madura reconoce que no solo Dios habla a través de la Escritura y el Magisterio, sino (y esto toca profundamente nuestra vocación) nos viene al encuentro también a través de la historia concreta de los jóvenes y de las personas que encontramos en nuestro camino. Sus historias son una continua revelación de – y llamada a – la presencia de Dios.

Todo discernimiento atento requiere y sostiene una sólida formación espiritual. Un elemento central e indispensable es el encuentro con la Palabra. De ahí la fuerza que sostiene esta dinámica. Es a través del contacto sistemático con la Palabra que crecemos de manera sana. Solo cuando somos alimentados e iluminados por ella nos damos cuenta de que la Palabra de Dios no es mera información sino alimento espiritual, luz para el camino diario. Podemos decir que la Palabra, cuando realmente la escuchamos – *ob-audire* –, no solo nos «informa», sino que va más allá, nos «forma» y nos «transforma».

2.3. La libertad de la llamada

El tercer paso toca el delicado tema de la libertad cristiana en una cultura donde hay mucha confusión al respecto. Solo cuando vivimos «la escucha libre» experimentamos la «fuerza liberadora» de la buena noticia. La escucha forzada, o la condicionada por los miedos y las conveniencias, no importa, de hecho a la larga resulta incluso perjudicial. La escucha libre es realmente liberadora cuando se siente que se convierte en una verdadera experiencia de acogida gozosa de la voluntad divina. Es la libertad de los hijos

de Dios que – experimentada y vivida – nos hace evitar peligrosas arbitrariedades en el campo pastoral.

Lo constatamos por experiencia: cuando «cada acción» es «vivida y guiada por la Palabra» nacen los contornos de una espiritualidad integral, donde no existe separación entre oración y acción, entre vida espiritual y compromiso en el mundo.

La experiencia de Caná, entonces, nos llama a estar atentos al «peligro de una fe autorreferencial, condicionada por la propia razón», es decir a una fe de «lo que pienso yo», como expresa la frase que frecuentemente escuchamos (y quizás también decimos): «en mi opinión». Casi una fe doblada a las exigencias de nuestra «razón».

En el contexto salesiano, fe y razón son siempre consideradas aliadas, llevadas adelante con la conciencia de que el equilibrio necesario es un camino delicado y urgente. El riesgo de un enfoque puramente horizontal nace de elecciones egocéntricas que pretenden medir todo con criterios exclusivamente humanos. La consecuencia es que se reduce la fe, y por consiguiente toda propuesta de educación a la fe, a una mera propuesta racional.

Aquí tenemos la invitación a aclarar el hecho de que no se trata de devaluar la razón, sino de evitar que ésta se convierta en el único criterio de juicio, oscureciendo la dimensión del misterio y de la gracia. Son dimensiones irrenunciables para cualquier ecosistema de educación integral.

2.4. El servicio generoso

El cuarto y último movimiento conduce a la culminación del itinerario: el servicio. «Arraigados y libres - servimos». He aquí el punto maduro de todo el recorrido: desde el arraigo en la fe hacia la libertad, desde la libertad hacia el servicio, todo como expresión natural de crecimiento progresivo del amor recibido.

La invitación a «cooperar plenamente con el proyecto de Dios» resuena con particular fuerza para todos los creyentes. El adverbio «plenamente» enfatiza la importancia de la totalidad, sin reservas. Es el lenguaje de todo verdadero camino de fe, donde el creyente se descubre colaborador activo en la obra de Dios.

Desde aquí podemos intuir la fuerza de la expresión «audacia de la fe», que recuerda una de las expresiones queridas al papa Francisco. La fe auténtica no es tímida sino valiente, está dispuesta al riesgo en favor del Reino. Es la audacia de quien sabe que puede contar no en sus propias fuerzas sino en el poder de Dios.

El recorrido de Caná se cierra con el «gozo del compartir», signo distintivo del carisma salesiano. No es un gozo superficial o emocional, trivial o ridículo. Es gozo auténtico y profundo que nace del compartir sincero que fortifica esa experiencia donde todos sentimos de ser parte de un proyecto más grande que nosotros, el proyecto de Dios.

3. La dimensión conmemorativa

La referencia a los 150 años de los Salesianos Cooperadores no es solo celebrativa sino programática hacia lo que el Señor sigue pidiéndonos. El sueño profético de Don Bosco se hace presente también hoy, recordando tanto la «visión» que él mismo ha comunicado como nuestra responsabilidad actual, nosotros que somos herederos y promotores del carisma. La conmemoración de los 150 años se convierte así en no solo memoria del pasado sino relanzamiento hacia el futuro.

Será un año en el que tendremos la oportunidad de estudiar, reflexionar, agradecer y celebrar la experiencia de los Salesianos Cooperadores, que sigue expresando y viviendo un momento de gracia. Mientras damos gracias al Señor por su providencia tanto en favor de la Asociación de los Salesianos Cooperadores como de todos los Grupos de la Familia Salesiana, profundizamos nuestro conocimiento de la dimensión carismática que el Espíritu de Dios suscitó a través de Don Bosco. El pasado es una hermosa herencia que nos empuja hacia un futuro que nos ve aún más protagonistas creyentes y libres para ser dignos siervos en la causa del reino de Dios.

4. Conclusión

En un tiempo de grandes transformaciones y desafíos junto con oportunidades inéditas, el AGUINALDO 2026 quiere ser un itinerario espiritual que ofrece una brújula en el crecimiento de la fe a nivel personal, y un crecimiento de la experiencia pastoral a nivel comunitario. En este sentido, estamos llamados, como Grupos de la Familia Salesiana y comunidades locales, a partir de la escucha de la realidad arraigados en la fe en Cristo. En esta lógica vivimos nuestra llamada con auténtica libertad. Es una libertad que nos impulsa a tomar decisiones en favor de los jóvenes y de todos aquellos a quienes les falta el «vino» de la esperanza. Es una libertad que nos lleva a reforzar el compromiso por una promoción humana integral.

Don Bosco desde el principio «imaginaba» un gran movimiento de personas que junto con él y como él pudieran contribuir para el bien de la juventud. Pues bien, este es el sueño de Don Bosco que continúa hoy. La celebración del 150° de los Salesianos Cooperadores refuerza en todos nosotros la determinación de ser servidores de los jóvenes mientras ellos afrontan los desafíos de hoy. Esta determinación da testimonio de nuestra fiel y generosa respuesta a las palabras que María nos dirige hoy: *«Haced lo que él os diga»*.

PASTORAL

Jesús, nuestra feliz esperanza El beato Pironio y los jóvenes, profetas de la esperanza⁷

Christian Saint Germanin⁸

«Hace falta comunicar al mundo la gozosa experiencia de una esperanza reencontrada en el interior de una comunidad : “Hemos visto al Señor” (cfr. Jn 20,18). “Es verdad, el Señor resucitó y se apareció a Simón” (Lc 24,34). “Lo hemos reconocido en la fracción del pan»” (cfr. Lc 24,35)». Así finaliza el cardenal Pironio su mensaje a los jóvenes argentinos, en el I Encuentro Nacional de Jóvenes, en Córdoba (Argentina), en septiembre de 1985. Como solía hacer en el cierre se dirige a María: «Tú eres la Madre de la Esperanza. Danos siempre a Jesús, “nuestra feliz esperanza”». Para Pironio es inseparable la esperanza en Jesús, de la cariñosa devoción a María y del peregrinar juntos construyendo la historia. Tanto se le llamó «el cardenal de los jóvenes», como podríamos llamarle «el cardenal profeta de la esperanza», del Concilio, de Medellín y de tiempos difíciles, como los nuestros.

En una época marcada por la incertidumbre, la fragmentación social, los brutales conflictos armados en Europa (Ucrania), África (Sudán) y Medio Oriente (Gaza), la regresión de los procesos de integración regional (Mercosur, Unión Europea, Nafta), la guerra discursiva y extorsión económica (¿una neo-retro-globalización?) y el escepticismo frente al futuro, hablar de esperanza puede parecer ingenuo o incluso utópico. Sin embargo, el Evangelio y la vida cristiana nos ofrecen una visión radicalmente distinta: la esperanza no es ilusión, sino certeza viva anclada en la Resurrección de Cristo. Al comienzo de su pontificado (22 de octubre de 1978) san Juan Pablo II les decía a los jóvenes: «Ustedes son la esperanza del mundo, de la Iglesia, mi esperanza». Una expresión que podía verse como tiempo de siembra y de una sana moratoria que permitía «prepararse para el futuro», hoy es leída por muchos como una espera pasiva que permite a las generaciones adultas aferrarse al poder de la toma de decisiones, con claro adultocentrismo. El papa Francisco ha preferido, en este contexto

⁷ Artículo publicado en la revista “RPJ”, núm. 573, junio 2025 pp. 6-10.

⁸ Instituto de Formación en Pastoral de Juventud Eduardo Francisco Pironio (<https://institutopironio.org.ar/>).

de cambio de época al inicio del siglo XXI, hablar de los «jóvenes como el presente, el ahora de Dios» (Panamá, 27 de enero de 2019) marcando su rol de protagonismo en la construcción de este tiempo. Vista así, la esperanza, si bien mira la espera de la gloria, es una virtud del camino en el presente, de construcción de la historia, de dinamismo colectivo en el compromiso con la realidad aquí y ahora. Así, los jóvenes son llamados a encarnar una nueva cultura del encuentro, de la vida y de la fe. La oración, en este contexto, se presenta no como un refugio escapista, sino como el espacio vital en el que se forja una esperanza concreta y activa en el encuentro con Jesús en los otros, en la comunidad.

De falsas esperanzas y «subidones»

En tiempos de *fake news*, posverdad y microrrelatos contruidos para generar efecto, provocar adhesiones emocionales y generar sensaciones sin reflexión ni experiencia real, estamos llamados a discernir la autenticidad de la esperanza. Ya nos advertía el beato Eduardo: «¡Qué bueno es encontrar en la vida un hombre amigo que nos hable de la esperanza! ¡Si el amigo es de veras y la esperanza es verdadera!»⁹.

En la América Latina de los 70, los jóvenes expresaban a la vez un «anhelo de interioridad, de reflexión, oración y contemplación», y «una particular sensibilidad por los problemas de la justicia en el mundo», en un contexto en el que «fácilmente se acude a la violencia con lo cual se desvirtúa el proceso cristiano de la liberación y se niega la fecundidad del Evangelio»¹⁰. La esperanza verdadera no estaba dada por la construcción violenta del Reino —exhortaba Pironio en la convulsionada Argentina de 1975—.

Hoy los desafíos son parecidos. La arena «violenta» son las redes sociales en las que se quiere impactar promoviendo un discurso polarizador —*hater* las más de las veces— construyendo neofundamentalismos dentro y fuera de la Iglesia.

Los sentimientos, nos enseña san Ignacio, también son vehículos del Espíritu, pero podemos también caer en esperanzas ancladas en «subidones espirituales», que sean sólo vértigo¹¹ sin contenido, reflexión ni pensamiento. «Sentirse bien», «emocionarse», «estar bien» pueden ser —muchas veces— solo cáscara vacía aunque expresen sentimientos en el marco de una Adoración del Santísimo, una Misión o una experiencia de Retiro Espiritual. También hay una *fake hope* (falsa esperanza) que es pura emocionalidad sin reflexión, imposible —incluso— de compartir porque necesita del pensar para hacerse palabra puesta en común para constituirse en esperanza verdadera. «Es necesario desmontar la superficialización del sentir interior y el simplismo de reducir a sentirse bien /sentirse mal sin más diferencias. Aunque asistimos a una hipervalorización de los elementos emotivos, afectivos y del sentimiento espiritual, estos no se pueden estigmatizar y rechazar sin más, necesitan discernimiento»¹².

⁹ *Ibíd.*

¹⁰ Eduardo Pironio, *Evangelización y liberación*, Patria Grande, Buenos Aires, 1977³, pp. 76-78.

¹¹ Ya nos advertía Alfonso López Quintás en la década de los 90 que hay que saber diferenciar bien entre las experiencias de «vértigo» y las de «éxtasis». Quizás lo comprendemos ahora aún mejor.

¹² Juan Antonio Guerrero Alves sj, *Aprender a sentir en Cristo. Aplicar hoy las reglas ignacianas*, Sal

¿Cuál es la esperanza auténtica?

Guiados por el beato Eduardo Pironio, vamos a ir tratando de discernir la auténtica esperanza cristiana.

Podríamos decir que el cardenal nos ayuda a discernir esa *fake hope* que nos plantea ciertos desafíos:

- Creer que ya se ha alcanzado definitivamente al Cristo, frente a la auténtica experiencia de estar «siempre en camino» que nos comparte san Pablo «Esto no quiere decir que haya alcanzado la meta ni logrado la perfección, pero sigo mi carrera con la esperanza de alcanzarla, habiendo sido yo mismo alcanzado por Cristo Jesús» (Flp 3,12).
- La conciencia derrotista de que es imposible superar las dificultades del tiempo presente. Pironio retoma la mirada de san Juan XXIII al comenzar el Concilio: «están los profetas de calamidades, que siempre anuncian lo peor, con los que no se puede estar de acuerdo. Frente a estos profetas el papa Juan invita a reconocer los misteriosos designios de la Providencia. Hay que ser profetas de esperanza. Estos son los que de verdad han entendido que el mundo es un don de Dios y tienen puesta su mirada en un más allá que para el cristiano es fuente de esperanza»¹³. Lo que se opone a la esperanza es el miedo, el pesimismo, el cansancio, el desaliento, la tristeza. También la impaciencia, la nerviosidad y la violencia. Jesús nos invita a la serenidad y al coraje¹⁴.
- La «esperanza» ociosa, pariente de la «cristiana resignación». «En los tiempos difíciles hay una fácil tentación contra la esperanza: ponerse inútilmente a pensar en los tiempos idos o soñar pasivamente en que pase pronto la tormenta, sin que nosotros hagamos nada para crear los tiempos nuevos»¹⁵. No hay vida cristiana sin salida, riesgo, acción que surge de la contemplación del Misterio Pascual.

¿Cuáles son los rasgos principales de la esperanza verdadera?

- La esperanza cristiana nace de lo inevitable y providencialmente absurdo de la cruz. «Era necesario pasar por todas estas cosas para entrar en la gloria» (Lc 24,26)¹⁶. Encuentra su fortaleza en la feliz experiencia del Resucitado.
- Es activa y exige paciencia y fortaleza. Es camino, es compromiso, es constancia, tenacidad y coraje. «La esperanza no se hizo para los flojos»¹⁷.

Terrae—Ágape, Buenos Aires, 2024, p 67.

¹³ Eduardo Pironio, *Los laicos y el Areópago moderno de la comunicación*, La Plata, 1996.

¹⁴ Eduardo Pironio, *Mensaje a los jóvenes argentinos*, Córdoba, 1985.

¹⁵ Eduardo Pironio, *Meditación para tiempos difíciles*, Mar del Plata, 1975.

¹⁶ *Ibíd.*

¹⁷ Op. cit. Córdoba, 1985.

- Está ya en los cristianos y en los jóvenes —dice Pironio comentando la carta que san Juan Pablo II había escrito para ellos en 1985 (Año Internacional de la Juventud), meditando 1Pe 3,15—. Es algo propio, original, irrenunciable que hace a nuestra identidad cristiana y estamos llamados a dar razón de ella a aquellos que nos piden. «Nuestra esperanza tiene que ser algo legible, creíble, impactante para todo el que se acerca a nosotros: el mundo tiene derecho a nuestra esperanza». Hoy muchos nos preguntan ¿por qué tener esperanza? ¿por qué tenés esperanza?
- Es la esperanza firme y creadora que se apoya «en el amor del Padre, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor» (Rom 8,39) que, precisamente para los tiempos difíciles ha comprometido su presencia «Yo estaré con ustedes hasta el final del mundo» (Mt 28,20) y nos da la certeza firme de su Resurrección como victoria definitiva, invitándonos a la serenidad y al coraje: «En el mundo tendrán mucho que sufrir. Pero tengan coraje: yo he vencido al mundo» (Jn 16,33). «Vive Cristo, esperanza nuestra, y Él es la más hermosa juventud de este mundo» (Francisco, *Christus Vivit* 1).
- Cristo, «nuestra feliz esperanza» (Tit 2,13; 1Tim 1,1). Es una persona, un encuentro, una experiencia concreta vivida con el Amigo. Así Francisco se «encuentra» con la fuerza de este anuncio que anticiparon Pironio y Juan Pablo II tan empapados de lo que el Señor le dice a las Iglesias (cf Ap 1,4) en los jóvenes. «Cuando te sientas avejentado por la tristeza, los rencores, los miedos, las dudas o los fracasos, Él estará allí para devolverte la fuerza y la esperanza» (ChV 2).
- Juan Pablo II, nos dice Pironio, no es condescendiente, su palabra es clara, concreta y comprometida¹⁸. Lo peor que podríamos hacer es mentirles a los jóvenes, mostrarles una felicidad *photoshopeada*, fácil, al alcance de un *scroll*. Una felicidad que se les exige como mandato desde las posturas, ediciones y falsas sonrisas de las redes sociales y que sienten se les escapa o ellos son los únicos tontos e inútiles incapaces de ser felices como «todos y todas» los que están en Instagram. Bellos, de cuerpos «perfectos», de viajes extraordinarios, de dinero fácil. Así son hipócritamente seducidos a obtener ganancias en las apuestas *online* «prohibidas para menores» o intentar zafar del golpe de la realidad en el escape de las drogas (el alcohol, la más sencilla de acceder).
- Bien clarito, Pironio, nos recuerda que «el Señor siempre anunció tiempos difíciles: para Él y para nosotros. Nunca predijo a sus discípulos tiempos fáciles o cómodos. Al contrario, les exigió una opción muy clara por la pobreza, el amor fraterno y la cruz. “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame”» (Lc 9,25)¹⁹. Sin embargo, dice, todo esto «queda iluminado con una sola nota de esperanza realista: “Les aseguro que van a llorar y lamentarse; el mundo, el cambio, se alegrará. Ustedes estarán tristes, pero esa

¹⁸ *Ibíd.*

¹⁹ Op. cit *Meditación...*

tristeza se convertirá en gozo” (Jn 16,20)»²⁰. Francisco va a contemplar en María que «la esperanza no es un fútil optimismo, sino un don de gracia en el realismo de la vida (SNC 24)».

- Toda reflexión sobre la esperanza tiene que empezar por la contemplación de Cristo en su misterio pascual: es allí, en la cruz y la resurrección donde Jesús superó definitivamente los tiempos difíciles. «No vino a suprimir la cruz, sino a darle sentido».
- Cuando Jesús —nos recuerda Pironio— quiere enseñarnos a vivir en la esperanza, siempre nos señala tres actitudes fundamentales: la oración, la cruz y la caridad fraterna. «Es la alegría del amor (“amen a sus enemigos, rueguen por sus perseguidores”, Mt 5,44), es el equilibrio y la fortaleza de la oración (“oren para no caer en la tentación”, Mt 26,41) y es la serenidad fecunda de la cruz (“si el grano de trigo muere, da mucho fruto”, Jn 12,24)».

Francisco va a poner la esperanza en el vínculo profundo con Jesús: «Pero Cristo mismo es para nosotros la gran luz de esperanza y de guía en nuestra noche, porque Él es “la estrella radiante de la mañana” (Ap 22,16)» (ChV33).

Centinelas y profetas de esperanza

Los jóvenes están llamados en esa esperanza activa y dinámica—hoy diríamos «en salida»— a ser testigos de esperanza ante el mundo de los jóvenes y de los adultos. Profetas de esperanza, va a insistir Pironio, «verdaderos profetas —enteramente poseídos por el Espíritu Santo— de una esperanza verdadera. Desinstalados, contemplativos que saben vivir en la pobreza, la fortaleza y el amor del Espíritu Santo, y que por eso se convierten en serenos y ardientes testigos de la Pascua»²¹. «Que saben comprometerse con audacia, vencer la tentación del miedo y seguir buscando en la noche la claridad de las estrellas. No quedarse maldiciendo las tinieblas, sino tener coraje de encender al menos una luz»²².

En un mundo donde muchos jóvenes experimentan abandono, precariedad o falta de sentido, Francisco les recuerda que están llamados a algo más grande. No son solo «futuro», como se suele decir; son el ahora de Dios: presente activo. Los jóvenes pueden caer en la trampa de perder la esperanza, de dejar de soñar, de rendirse antes de comenzar. El Señor los llama a ser centinelas del mañana, portadores de esperanza

La metáfora del centinela evoca una postura vigilante, activa, comprometida. No se trata de una esperanza pasiva, sino militante. De esa esperanza, el beato Eduardo invita a los jóvenes a dar razones: «aunque los momentos sean difíciles y oscuros para nosotros, aunque nos sintamos dolidos, perseguidos, crucificados: la esperanza no es para los

²⁰ *Ibíd.*

²¹ *Ibíd.*

²² Op. cit. Córdoba, 1985.

tiempos fáciles o claros»²³. Para Pironio, la esperanza no era un discurso, sino una forma de vida. En medio de pruebas, incomprensiones y dolores, su alegría no era ingenua, sino nacida del Evangelio. Siempre unió en su anuncio de Cristo la alegría y la esperanza leyendo a san Pablo (Rm 12,12) en su vida y en su misión. Casi podríamos decir que el cardenal de los jóvenes lo fue porque fue un hombre de alegría y esperanza.

Los jóvenes, a quienes siempre consideró prioritarios en la misión de la Iglesia, necesitan hoy más que nunca esa esperanza profunda y verdadera que se gesta en el encuentro con Cristo y en la experiencia de la oración.

Una esperanza que nace, crece y se alimenta en la contemplación.

La relación entre esperanza y contemplación es explícita. Pironio afirma categóricamente: «Únicamente sabe esperar bien el contemplativo»²⁴. La contemplación permite ver la realidad de la vida, incluso sus dificultades, desde la perspectiva de Dios, lo cual es esencial para una esperanza que no sea «un ingenuo optimismo».

La contemplación —enseña Pironio— no es olvido de la historia ni evasión del presente, de la historia, de los problemas del mundo. Nos hace descubrir el plan de Dios y nos descubre permanentemente a Jesús, «nuestra esperanza» (1Tim 1,1). Como la esperanza supone mucho equilibrio interior, nos dice, porque la ilusión de lo inmediato puede hacernos perder la realidad de lo profundo y la presencia de lo definitivo. La esperanza es eso: gozar anticipadamente de lo futuro. Una esperanza que no se alimenta de la contemplación es un delirio absurdo, veleidad y «puro humo».

Nos animaba en el Encuentro Nacional de Jóvenes (Córdoba, 1985) a tener más reflexión y oración; meditar más la Palabra de Dios, desde el corazón de la Iglesia. «Hace falta una juventud alegre y serena, reflexiva y orante, que ame el desierto y el silencio, que lea y escuche, que medite y rece, que esté en contacto con la naturaleza y que contemple»²⁵.

Es en la oración donde la cruz «se convierte en esperanza», y puede superarse su escándalo y locura, venciendo el miedo y la desesperación.

Eduardo Pironio, que tanto creyó en la juventud, nos dejó un legado profético. Su vida, marcada por la cruz y la alegría, nos muestra que la esperanza no es una teoría, sino una experiencia vivida: «Es posible vivir con esperanza, aún en medio de la noche. Basta con mirar a Cristo y confiar»²⁶. Cristo vive. Y porque vive, todo puede renacer. La oración es el lugar donde esta vida se enciende. Los jóvenes son el terreno fecundo donde puede florecer. Y la esperanza, esa virtud tenaz y luminosa, es la señal de que el Reino ya está germinando.

²³ *Ibíd.*

²⁴ Op. cit. *Meditación...*

²⁵ Op. cit. Córdoba, 1985.

²⁶ Eduardo Pironio, *La esperanza no defrauda*, Paulinas, Buenos Aires, 1993.

«Yo derramaré mi espíritu sobre todos los hombres: sus hijos e hijas profetizarán, sus ancianos tendrán sueños proféticos y sus jóvenes verán visiones» (Joel 3,1).

Pironio, los jóvenes y los viejos: todos juntos. Francisco: su legado

Este pasaje de Joel, que retoma Francisco con aquella hermosa expresión profética de unir los dos extremos de las generaciones los jóvenes y los viejos (JMJ Río, Palabras a los jóvenes argentinos, 2013), expresa con diáfana claridad dos condiciones de la esperanza y, en definitiva, de la vida cristiana. No hay esperanza que no sea juntos, en comunidad, peregrinando de un modo que podamos acompasar el ritmo de los jóvenes y de los ancianos (cfr. ChV 192-201. 299).

Esa fecunda dinámica de intercambio que genera el Espíritu en el diálogo intergeneracional es esperanza auténtica. Así también pudieron discernir los participantes del Sínodo 2018 que no solo fue *kairos* y esperanza para las juventudes, sino que además abrió un modo de sinodalidad que impregnó del suave perfume del Espíritu (joven) a toda la Iglesia.

La conversación en el Espíritu como modo de diálogo y escucha sinodal que crece y se difunde en «grandes» y pequeños espacios eclesiales a lo largo y ancho del mundo y la sinodalización de la Iglesia son, en mi lectura, frutos del Sínodo que se anclan en la pastoral de juventud, en el Sínodo y en las intuiciones proféticas de nuestro querido beato Eduardo Pironio.

Decía en aquel 1985: «La responsabilidad es particularmente de los jóvenes, acompañados por la sabiduría y la experiencia de los adultos»²⁷. Nos invitaba a amar nuestra hora, con sus posibilidades y riesgos. «A todos se nos pide en esta hora difícil y decisiva una actitud inquebrantable de esperanza comprometida y creadora».

Es todos, todos, todos, nos decía Francisco en Lisboa. «El peor riesgo para la esperanza es la soledad evasiva, el individualismo egoísta. La esperanza es esencialmente un camino comunitario que arranca en la Resurrección de Cristo y acabará cuando Él vuelva»²⁸, insistía Pironio siempre. Es en comunidad, en la oración y en la cruz donde se descubre, vive y construye la esperanza verdadera.

«La esperanza es eso: caminar juntos, construir juntos, comunicar juntos, sabiendo que Jesús va haciendo con nosotros el camino»²⁹.

¿Qué mejor modo de vivir el Jubileo de la esperanza? ¿Qué más clara respuesta al legado de Francisco?

²⁷ Op. cit. Córdoba, 1985.

²⁸ *Ibid.*

²⁹ *Ibid.*

«También necesitan signos de esperanza aquellos que en sí mismos la representan: los jóvenes. Ellos, lamentablemente, con frecuencia ven que sus sueños se derrumban. No podemos decepcionarlos; en su entusiasmo se fundamenta el porvenir» (SNC 12).

En estos días de despedida de Francisco: sus gestos, sus palabras, su inagotable *parresía* tocaron las fibras más profundas de toda la humanidad, especialmente de todos los jóvenes. Pironio y Francisco: ambos vivieron la amistad como un gran regalo de su propia amistad con Jesús y así también la anunciaron como crisol de la esperanza³⁰. «A través de los amigos —les decía Francisco a los jóvenes— el Señor nos va puliendo y nos va madurando» (ChV 151).

³⁰ Jorge Mario Bergoglio, *La amistad en el Cardenal Pironio*, <https://pironiodigital.com.ar/la-amistad-en-el-cardenal-pironio-por-jorge-mario-bergoglio/8>.



Los mensajes de León XIV durante el Jubileo de los jóvenes

Del 28 de julio al 3 de agosto, más de un millón de jóvenes de todo el mundo han viajado a la Ciudad Eterna para vivir el Jubileo de la Esperanza, en el primer gran encuentro de jóvenes con el papa León XIV. El 28 y 29 de julio, se desarrolló también el Jubileo de los *influencers* y misioneros digitales (puedes ver esta intervención en la sección de “Comunicación” de este número).

El martes comenzó el Jubileo de los Jóvenes con una santa misa en la Plaza de San Pedro, presidida por el arzobispo Rino Fisichella, pro-prefecto del Dicasterio para la Evangelización del Vaticano. Al finalizar la misa, el papa León XIV sorprendió a los presentes al salir en el papamóvil para saludar a todos. Al final, dirigió unas breves palabras. El fin de semana se celebrarán los eventos principales en Tor Vergata, el mismo lugar donde tuvo lugar la Jornada Mundial de la Juventud durante el Jubileo del año 2000. El sábado por la noche habrá una vigilia de oración, y el domingo, una misa. Ambas celebraciones estarán presididas por el papa León XIV.

Sal y luz³¹

¡Buenas tardes! Jesús nos dice: “ustedes son la sal de la tierra”, “ustedes son las luces del mundo”.

«Ustedes son la sal de la tierra [...] la luz del mundo» (Mt 5,13-14). Y hoy sus voces, su entusiasmo, sus gritos —que son todos por Jesucristo— los van a escuchar hasta el fin del mundo.

Hoy están empezando unos días, un camino, el jubileo de la esperanza, y el mundo necesita mensajes de esperanza; ustedes son este mensaje, y tienen que seguir dando esperanza a todos.

³¹ Palabras del Papa a los jóvenes reunidos en la Plaza de San Pedro para la santa misa de bienvenida al jubileo de los jóvenes (29 de julio).

Nuestro deseo es que todos ustedes sean siempre signos de esperanza en el mundo. Hoy estamos empezando. En los próximos días tendrán la oportunidad de ser una fuerza que puede llevar la gracia de Dios, un mensaje de esperanza, una luz para la ciudad de Roma, para Italia y para el mundo entero. Caminemos juntos con nuestra fe en Jesucristo.

Y nuestro grito debe ser también por la paz en el mundo. Repitamos todos: ¡Queremos la paz en el mundo! [La plaza responde: ¡Queremos la paz en el mundo!] Recemos por la paz.

Oremos por la paz y seamos testimonios de la paz de Jesucristo, de la reconciliación, esta luz del mundo que todos estamos buscando.

Nos vemos, nos encontramos en *Tor Vergata*. ¡Feliz semana!

Amistad, decisión, llamados al bien³²

Pregunta 1 – Amistad

Santo Padre, soy Dulce María, tengo veintitrés años y vengo de México. Me dirijo a usted haciéndome portavoz de una realidad que vivimos los jóvenes en tantas partes del mundo. Somos hijos de nuestro tiempo. Vivimos en una cultura que nos pertenece y que, sin darnos cuenta, nos va moldeando; está marcada por la tecnología, especialmente en el ámbito de las redes sociales. Frecuentemente nos ilusionamos de tener muchos amigos y de crear relaciones cercanas, mientras que cada vez más seguido experimentamos diversas formas de soledad. Estamos cerca y conectados con tantas personas y, sin embargo, no son relaciones verdaderas y duraderas, sino efímeras y comúnmente ilusorias.

Santo Padre, mi pregunta es: ¿cómo podemos encontrar una amistad sincera y un amor genuino que nos lleven a la verdadera esperanza? ¿Cómo la fe puede ayudarnos a construir nuestro futuro?

Queridos jóvenes, las relaciones humanas, nuestras relaciones con otras personas son indispensables para cada uno de nosotros, empezando por el hecho de que todos los hombres y mujeres del mundo nacen como hijos de alguien. Nuestra vida comienza con un vínculo y es a través de los vínculos que crecemos. En este proceso, la cultura juega un papel fundamental: es el código con el que nos entendemos a nosotros mismos e interpretamos el mundo. Como un diccionario, cada cultura contiene tanto palabras nobles como palabras vulgares, valores y errores que hay que aprender a reconocer. Buscando con pasión la verdad, no sólo recibimos una cultura, sino que la transformamos a través de elecciones de vida. La verdad, en efecto, es un vínculo que une las palabras a las cosas, los nombres a los rostros. La mentira, en cambio, separa estos aspectos, generando confusión y malentendidos.

Ahora, entre las muchas conexiones culturales que caracterizan nuestra vida, internet y las redes sociales se han convertido en «una extraordinaria oportunidad de diálogo,

³² Diálogo del Papa con los jóvenes en la vigilia del Jubileo (2 de agosto).

encuentro e intercambio entre personas, así como de acceso a la información y al conocimiento» (Papa Francisco, *Christus vivit*, 87). Sin embargo, estos instrumentos resultan ambiguos cuando están dominados por lógicas comerciales e intereses que rompen nuestras relaciones en mil intermitencias. A este respecto, el Papa Francisco recordaba que a veces los «mecanismos de la comunicación, de la publicidad y de las redes sociales pueden ser utilizados para volvernos seres adormecidos, dependientes del consumo» (*Christus vivit*, 105). Entonces nuestras relaciones se vuelven confusas, ansiosas o inestables. Además, como saben hoy en día hay algoritmos que nos dicen lo que tenemos que ver, lo que tenemos que pensar, y quienes deberían ser nuestros amigos. Y entonces nuestras relaciones se vuelven confusas, a veces ansiosas. Es que cuando el instrumento domina al hombre, el hombre se convierte en un instrumento: sí, un instrumento de mercado y a su vez en mercancía. Sólo relaciones sinceras y lazos estables hacen crecer historias de vida buena.

Queridos jóvenes, toda persona desea naturalmente esta vida buena, como los pulmones tienden al aire, ¡pero cuán difícil es encontrarla! Cuán difícil es encontrar una amistad auténtica. Hace siglos, san Agustín captó el profundo deseo de nuestro corazón, es el deseo de todo corazón humano, aun sin conocer el desarrollo tecnológico de hoy. También él pasó por una juventud tempestuosa; pero no se conformó, no silenció el clamor de su corazón. Agustín buscaba la verdad, la verdad que no defrauda, la belleza que no pasa. Y ¿cómo la encontró? ¿Cómo encontró una amistad sincera, un amor capaz de dar esperanza? Encontrando a quien ya lo estaba buscando, encontrando a Jesucristo. ¿Cómo construyó su futuro? Siguiéndolo a Él, su amigo desde siempre. En palabras suyas: “Ninguna amistad es fiel sino en Cristo”. San Agustín nos dice: “No hay amistad que sea fiel si no es en Cristo”. Y la verdadera amistad es siempre en Jesucristo con verdad, amor y respeto. “Y sólo en Él puede ser feliz y eterna” (cf. *Réplica a las dos cartas de los pelagianos*, I, I, 1); «Ama verdaderamente al amigo quien ama a Dios en el amigo» (*Sermón* 336, 2), nos dice san Agustín. La amistad con Cristo, que está en la base de la fe, no es sólo una ayuda entre muchas otras para construir el futuro, es nuestra estrella polar. Como escribía el beato Pier Giorgio Frassati, «vivir sin fe, sin un patrimonio que defender, sin sostener una lucha por la Verdad no es vivir, sino ir tirando» (*Cartas*, 27 de febrero de 1925). Cuando nuestras amistades reflejan este intenso vínculo con Jesús, ciertamente se vuelven sinceras, generosas y verdaderas.

Queridos jóvenes, ámense los unos a los otros. Ámense en Cristo. Sepan ver a Jesús en los demás. La amistad puede cambiar verdaderamente el mundo. La amistad es el camino por la paz. La amistad es el camino por la paz.

Pregunta 2 – El valor de decidir

Santo Padre, me llamo Gaia, tengo diecinueve años y soy italiana. Esta noche todos los jóvenes aquí presentes quisiéramos hablar de nuestros sueños, esperanzas y dudas. Nuestros años están marcados por las decisiones importantes que estamos llamados a tomar para orientar nuestra vida futura. Sin embargo, por el clima de incertidumbre que nos circunda, la tentación de ir posponiendo tales decisiones y el miedo a un futuro desconocido nos paraliza. Sabemos que optar equivale a renunciar a algo y esto nos

bloquea, a pesar de ello percibimos que la esperanza nos muestra objetivos alcanzables por más que estén marcados por la precariedad del tiempo actual.

Santo Padre, le preguntamos: ¿dónde podemos encontrar el valor para decidir? ¿Cómo podemos ser valientes y vivir la aventura de la libertad viva, tomando decisiones radicales y cargadas de significado?

Gracias por esta pregunta. La pregunta es ¿cómo encontrar la valentía de escoger? ¿Dónde podemos encontrar el valor para elegir y tomar decisiones acertadas? La decisión es un acto humano fundamental. Observándolo con atención, entendemos que no se trata sólo de elegir algo, sino de optar por alguien. Cuando elegimos, en sentido profundo, decidimos qué queremos llegar a ser. La opción por excelencia, en efecto, es la decisión sobre nuestra vida: ¿qué tipo de hombre quieres ser?, ¿qué clase de mujer quieres ser? Queridos jóvenes, se aprende a elegir a través de las pruebas de la vida, y en primer lugar recordando que nosotros hemos sido elegidos. Este recuerdo debe explorarse y educarse. Hemos recibido la vida *gratis*, sin elegirla. No somos fruto de nuestra decisión, sino de un amor que nos ha querido. En el curso de la existencia, se demuestra verdaderamente amigo quien nos ayuda a reconocer y renovar esta gracia en las decisiones que estamos llamados a tomar.

Queridos jóvenes, es cierto lo que han dicho: “optar equivale también a renunciar a algo y esto a veces nos bloquea”. Para ser libres, es necesario partir de un fundamento estable, de la roca que sostiene nuestros pasos. Esta roca es un amor que nos precede, nos sorprende y nos supera infinitamente: el amor de Dios. Por eso, ante Él la decisión es un juicio que no nos quita ningún bien, sino que siempre nos lleva a lo mejor.

La valentía de elegir surge del amor que Dios nos manifiesta en Cristo. Él es quien nos ha amado con todo su ser salvando el mundo y mostrándonos así que el camino para realizarnos como personas es dar la vida. Por eso, el encuentro con Jesús corresponde a las esperanzas más profundas de nuestro corazón, porque Jesús es el Amor de Dios hecho hombre.

A este respecto, hace veinticinco años, precisamente en el lugar donde nos encontramos, [san Juan Pablo II](#) dijo: «es a Jesús a quien buscáis cuando soñáis la felicidad; es Él quien os espera cuando no os satisface nada de lo que encontráis; es Él la belleza que tanto os atrae; es Él quien os provoca con esa sed de radicalidad que no os permite dejaros llevar del conformismo; es Él quien os empuja a dejar las máscaras que falsean la vida; es Él quien os lee en el corazón las decisiones más auténticas que otros querrían sofocar» ([Vigilia de oración en la XV Jornada Mundial de la Juventud, 19 agosto 2000](#)). El miedo deja entonces espacio a la esperanza, porque estamos seguros de que Dios lleva a término lo que comienza.

Reconozcamos su fidelidad en las palabras de quien ama de verdad, porque ha sido realmente amado. “Tú eres mi vida, Señor”, es lo que un sacerdote o una consagrada pronuncian llenos de alegría y de libertad. “Tú eres mi vida, Señor”. “Te recibo como mi esposa y como mi esposo” es la frase que transforma el amor del hombre y de la mujer en un signo eficaz del amor de Dios en el matrimonio. Estas opciones radicales, opciones llenas de significado: el matrimonio, el orden sagrado, la consagración religiosa, expresan el don de uno mismo, libre y liberador, que nos hace auténticamente

felices. Y ahí encontramos la felicidad, cuando aprendemos a darnos a nosotros mismos. A dar la vida por los demás.

Estas decisiones dan sentido a nuestra vida, transformándola según la imagen del Amor perfecto, que la ha creado y redimido de todo mal, incluso de la muerte. Digo esto esta noche pensando en las dos chicas, María, de veinte años, española, y Pascale, de dieciocho, egipcia. Ambas habían decidido venir a Roma para el Jubileo de los Jóvenes, y en estos días les ha llegado la muerte. Recemos juntos por ellas; recemos también por sus familiares, sus amigos y sus comunidades. Jesús Resucitado las acoja en la paz y en la alegría de su reino. Y quisiera pedirles sus oraciones por otro amigo; un muchacho español, Ignacio González, que ha sido ingresado en el hospital “Bambino Gesù”. Recemos por él, por su salud.

Encontrar el valor de tomar decisiones difíciles y de decir al Jesús: “Tú eres mi vida, Señor”. “Señor, tú eres mi vida”. Gracias.

Pregunta 3 – Llamada al bien

Santo Padre, me llamo Will. Tengo veinte años y soy de los Estados Unidos. Me gustaría hacerle una pregunta en nombre de tantos jóvenes que anhelan, en sus corazones, algo más profundo. Nos sentimos atraídos por la vida interior, aunque a primera vista se nos juzgue como una generación superficial e irreflexiva. En lo más profundo de nuestro ser, nos sentimos atraídos por lo bello y lo bueno como fuentes de verdad. El valor del silencio, como en esta Vigilia, nos fascina, aunque a veces nos infunda temor por la sensación de vacío. Santo Padre, me gustaría preguntarle: ¿cómo podemos encontrar verdaderamente al Señor Resucitado en nuestras vidas y estar seguros de su presencia incluso en medio de las pruebas y las incertidumbres?

Para dar inicio a [este Año Jubilar](#), el Papa Francisco publicó el documento titulado [Spes non confundit](#), que significa «la esperanza no defrauda». En ese documento, escribió: «En el corazón de toda persona anida la esperanza como deseo y expectativa del bien» ([Spes non confundit](#), 1). En la Biblia, la palabra “corazón” suele referirse al ser más íntimo de una persona, que incluye nuestra conciencia. Nuestra comprensión de lo que es bueno, entonces, refleja cómo nuestra conciencia ha sido moldeada por las personas que forman parte de nuestra vida; aquellas que fueron amables con nosotros, aquellas que nos escucharon con amor, aquellas que nos ayudaron. Esas personas contribuyeron a modelarte en la bondad y, por lo tanto, a formar tu conciencia para buscar el bien en tus decisiones de cada día.

Queridos jóvenes, Jesús es el amigo que siempre nos acompaña en la formación de nuestra conciencia. Si realmente quieren encontrar al Señor resucitado, escuchen su palabra, que es el Evangelio de la salvación. Reflexionen sobre su forma de vivir, busquen la justicia para construir un mundo más humano. Sirvan a los pobres y den testimonio así del bien que siempre nos gustaría recibir de nuestros vecinos. Estén unidos a Jesucristo en la Eucaristía. Adoren a Cristo en el Santísimo Sacramento, fuente de vida eterna. Estudien, trabajen y amen siguiendo el ejemplo de Jesús, el buen Maestro que siempre camina a nuestro lado.

En cada paso, mientras buscamos lo que es bueno, pidámosle: quédate con nosotros, Señor (cf. *Lc* 24,29). Quédate con nosotros, porque sin ti no podemos hacer el bien que deseamos. Tú quieres nuestro bien; de hecho Señor, tú eres nuestro bien. Quienes te encuentran también quieren que otros te encuentren, porque tu palabra es una luz más brillante que cualquier estrella, que ilumina incluso la noche más oscura. Al [Papa Benedicto XVI](#) le gustaba decir que quienes creen nunca están solos. En otras palabras, encontramos a Cristo en la Iglesia, es decir, en la comunión de quienes lo buscan sinceramente. El Señor mismo nos reúne para formar comunidad, no cualquier comunidad, sino una comunidad de creyentes que se apoyan mutuamente. ¡Cuánto necesita el mundo misioneros del Evangelio que sean testigos de justicia y paz! ¡Cuánto necesita el futuro hombres y mujeres que sean testigos de esperanza! Queridos jóvenes, ¡esta es la tarea que el Señor resucitado nos confía a cada uno de nosotros!

San Agustín escribió: «Tú mismo lo mueves a ello, haciendo que se deleite en alabarte, porque nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti. [...] Que yo, Señor, te busque invocándote y te invoque creyendo en ti» (*Confesiones*, I, 1). Siguiendo esas palabras de Agustín, y en respuesta a sus preguntas, me gustaría invitar a cada uno de ustedes a decirle al Señor: “Gracias, Jesús, por llamarme. Mi deseo es seguir siendo uno de tus amigos, para que, abrazándote, yo también pueda ser un compañero de todos los que encuentre en el camino. Concédeme, Señor, que aquellos que me encuentren puedan encontrarte a ti, incluso a través de mis limitaciones y debilidades”. Al rezar con estas palabras, nuestro diálogo continuará cada vez que miremos al Señor crucificado, porque nuestros corazones estarán unidos en Él. Cada vez que adoremos a Cristo en la Eucaristía, nuestros corazones se unirán en Él. Por último, mi oración por ustedes es que perseveren en la fe, con gozo y valentía. Y podemos decir: “Gracias Jesús por amarnos”. “Gracias Jesús por habernos llamado”. “Quédate con nosotros Señor”.

Saludo al final de la celebración:

Quisiera agradecer al coro, la música. Gracias por acompañarnos. Gracias a todos ustedes. Gracias. Por favor, descansen un poco. Nos encontraremos aquí mañana por la mañana para la celebración de la Santa Misa. Felicidades a todos. Buenas noches.

Mejorar el mundo³³

Queridos jóvenes:

Después de la [Vigilia](#) que vivimos juntos ayer por la tarde, volvemos a encontrarnos hoy para celebrar la Eucaristía, Sacramento del don total de sí que el Señor ha hecho por nosotros. Podemos imaginar que recorreremos, en esta experiencia, el camino realizado la tarde de Pascua por los discípulos de Emaús (cf. *Lc* 24,13-35). Primero se alejaban de Jerusalén atemorizados y desilusionados; se iban convencidos de que, después de la

³³ Homilía del Papa en la Misa del Jubileo (domingo, 3 de agosto).

muerte de Jesús, ya no había nada más que hacer, nada que esperar. Y, en cambio, se encontraron precisamente con Él, lo acogieron como compañero de viaje, lo escucharon mientras les explicaba las Escrituras, y finalmente lo reconocieron al partir el pan. Entonces, sus ojos se abrieron y el gozoso anuncio de la Pascua encontró lugar en sus corazones.

La liturgia de hoy no nos habla directamente de este episodio, pero nos ayuda a reflexionar sobre aquello que allí se narra: el encuentro con el Cristo resucitado que cambia nuestra existencia, que ilumina nuestros afectos, deseos y pensamientos.

La primera lectura, del Libro de *Qohélet*, nos invita a tomar contacto, como los dos discípulos de los que hemos hablado, con la experiencia de nuestros límites, de la finitud de las cosas que pasan (cf. *Qo* 1,2; 2,21-23); y el Salmo responsorial, que le hace eco, nos propone la imagen de «la hierba que brota de mañana: por la mañana brota y florece, y por la tarde se seca y se marchita» (*Sal* 90,5-6). Son dos referencias fuertes, quizá un poco impactantes, pero que no deben asustarnos, como si fueran argumentos “tabú”, que se deben evitar. La fragilidad de la que hablan, en efecto, forma parte de la maravilla que somos. Pensemos en el símbolo de la hierba: ¿no es hermosísimo un prado florecido? Ciertamente, es delicado, hecho con tallos delgados, vulnerables, propensos a secarse, doblarse, quebrarse; pero, al mismo tiempo, son reemplazados rápidamente por otros que florecen después de ellos; y los primeros se vuelven generosamente para estos alimento y abono, al consumirse en el terreno. Así vive el campo, renovándose continuamente, e incluso durante los meses fríos del invierno, cuando todo parece callar, su energía vibra bajo tierra y se prepara para explotar en miles de colores durante la primavera.

También nosotros, queridos amigos, somos así; hemos sido hechos para esto. No para una vida donde todo es firme y seguro, sino para una existencia que se regenera constantemente en el don, en el amor. Y por eso aspiramos continuamente a un “más” que ninguna realidad creada nos puede dar; sentimos una sed tan grande y abrasadora, que ninguna bebida de este mundo puede saciar. No engañemos nuestro corazón ante esta sed, buscando satisfacerla con sucedáneos ineficaces. Más bien, escuchémosla. Hagámonos de ella un taburete para subir y asomarnos, como niños, de puntillas, a la ventana del encuentro con Dios. Nos encontraremos ante Él, que nos espera; más bien, que llama amablemente a la puerta de nuestra alma (cf. *Ap* 3,20). Y es hermoso, también con veinte años, abrirle de par en par el corazón, permitirle entrar, para después aventurarnos con Él hacia espacios eternos del infinito.

San Agustín, hablando de su intensa búsqueda de Dios, se preguntaba: «¿Qué es, entonces, esa cosa tan esperada [...]? ¿La tierra? No. ¿Algo que se origina en la tierra, como el oro, la plata, el árbol, la mies, el agua? [...] Todas estas cosas causan deleite, son hermosas, son buenas» (*Sermón* 313/F, 3). Y concluía: «Busca a quien las hizo: él es tu esperanza» (*ibíd.*). Pensando, luego, en el camino que había recorrido, rezaba diciendo: «Y he aquí que tú [Señor] estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te andaba buscando [...]. Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y ahuyentaste mi ceguera; exhalaste tu fragancia y respiré, y ya suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed; me tocaste, y me abrasé en tu paz» (*Confesiones*, 10, 27).

Hermanas y hermanos, son palabras muy hermosas, que nos recuerdan lo que decía el [Papa Francisco en Lisboa](#), durante la Jornada Mundial de la Juventud, a otros jóvenes como ustedes: «Cada uno está llamado a confrontarse con grandes preguntas que no tienen [...] una respuesta simplista o inmediata, sino que invitan a emprender un viaje, a superarse a sí mismos, a ir más allá [...], a un despegue sin el cual no hay vuelo. No nos alarmemos, entonces, si nos encontramos interiormente sedientos, inquietos, incompletos, deseosos de sentido y de futuro [...]. ¡No estamos enfermos, estamos vivos!» ([Discurso en el encuentro con los jóvenes universitarios](#), 3 agosto 2023).

Hay una inquietud importante en nuestro corazón, una necesidad de verdad que no podemos ignorar, que nos lleva a preguntarnos: ¿qué es realmente la felicidad? ¿Cuál es el verdadero sabor de la vida? ¿Qué es lo que nos libera de los pantanos del sinsentido, del aburrimiento y de la mediocridad?

Durante los días pasados ustedes han tenido muchas experiencias hermosas. Se han encontrado entre coetáneos provenientes de diferentes partes del mundo, pertenecientes a culturas distintas. Han intercambiado conocimientos, han compartido expectativas, han dialogado con la ciudad a través del arte, la música, la informática y el deporte. Después, en el Circo Máximo, acercándose al Sacramento de la Penitencia, han recibido el perdón de Dios y le han pedido su ayuda para una vida buena.

De todo esto se puede deducir una respuesta importante: la plenitud de nuestra existencia no depende de lo que acumulamos ni de lo que poseemos, como hemos escuchado en el Evangelio (cf. *Lc* 12,13-21); más bien, está unida a aquello que sabemos acoger y compartir con alegría (cf. *Mt* 10,8-10; *Jn* 6,1-13). Comprar, acumular, consumir no es suficiente. Necesitamos alzar los ojos, mirar a lo alto, a las «cosas celestiales» (*Col* 3,2), para darnos cuenta de que todo tiene sentido, entre las realidades del mundo, sólo en la medida en que sirve para unirnos a Dios y a los hermanos en la caridad, haciendo crecer en nosotros «sentimientos de profunda compasión, de benevolencia, de humildad, de dulzura, de paciencia» (cf. *Col* 3,12), de perdón (cf. *ibíd.*, v. 13) y de paz (cf. *Jn* 14,27), como los de Cristo (cf. *Flp* 2,5). Y en este horizonte comprenderemos cada vez mejor lo que significa que «la esperanza no quedará defraudada, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado» (*Rm* 5,5).

Muy queridos jóvenes, nuestra esperanza es Jesús. Es Él, como decía san Juan Pablo II, «el que suscita en vosotros el deseo de hacer de vuestra vida algo grande, [...] para mejoraros a vosotros mismos y a la sociedad, haciéndola más humana y fraterna» ([XV Jornada Mundial de la Juventud, Vigilia de oración](#), 19 agosto 2000). Mantengámonos unidos a Él, permanezcamos en su amistad, siempre, cultivándola con la oración, la adoración, la comunión eucarística, la confesión frecuente, la caridad generosa, como nos han enseñado los beatos Pier Giorgio Frassati y Carlo Acutis, que próximamente serán proclamados santos. Aspiren a cosas grandes, a la santidad, allí donde estén. No se conformen con menos. Entonces verán crecer cada día la luz del Evangelio, en ustedes mismos y a su alrededor.

Los encomiendo a María, la Virgen de la esperanza. Con su ayuda, al regresar a sus países en los próximos días, en cada parte del mundo, sigan caminando con alegría tras las huellas del Salvador, y contagien a los que encuentren con el entusiasmo y el testimonio de su fe. ¡Buen camino!



Envejecer juntos en la vida religiosa (Parte I)

Caminos de Plenitud³⁴

Manuel Beaumont, OAR

Introducción

Se me piden unas breves reflexiones sobre el arte de envejecer en común. Pido disculpas por mi osadía al pretender exponer unas ideas que nos sirvan para reflexionar sobre la vejez, y máxime hacerlo con los hermanos. sé que teorizar es fácil. Otra cosa muy distinta es tratar de vivir y hacer vida lo que teóricamente se pueda decir, al no experimentar lo que trae en sí esta edad y saber que es tan distinto lo que nos depara a unos y a otros. Me viene a la memoria aquello de «una cosa es hablar del dolor de muelas y otra cosa muy distinta el vivirlo».

Por otra parte, ¿hacia dónde dirigir la reflexión?, ¿hacia lo humano, lo psicológico, lo emocional, lo espiritual, lo religioso, lo comunitario? Daría para un gran tratado. Por eso intentaré pasar por todos los aspectos, sin profundizar en ninguno, y centrándome más en lo referente a la vida religiosa, por si acaso en algo nos puede servir.

En un primer momento haré algunas reflexiones sobre el fenómeno del envejecimiento y sus repercusiones. En segundo lugar indicaré algo sobre la crisis de la vejez. Luego presentaré algunas claves para ayudarnos a vivir con calidad, en comunidad, la última etapa de la vida. Para terminar con alguna reflexión sobre la reestructuración y su relación con el envejecimiento.

Repito que estas páginas quieren ser una propuesta reflexiva, a nivel personal y comunitario, tanto para las personas mayores como para las generaciones jóvenes que tienen que vivir un proyecto comunitario donde también hay ancianos. Por eso se indicarán algunos peligros, posibles problemas y algunas soluciones a los desencantos de tener que replegarnos en obras que no podemos mantener con el vigor con que nacieron.

³⁴ Artículo publicado en la revista “Recollectio”, núm. 38, 2015 pp. 199-220.

saber envejecer y, sobre todo, saber envejecer en común, es un arte, y muy pocos lo saben hacer, porque lo que acarrea es difícil de afrontar. Es el momento en que se cierran puertas internas y externas, e implica perspectivas de vida que en algunos casos se ven como sinónimo de estorbo.

El paso del tiempo socava inexorablemente el ser corporal. Pero felizmente no nos reducimos a eso. Mientras el yo externo se desmorona, escribe san Pablo, nuestro hombre interior se renueva día tras día. Vicky Irigaray nos ayuda a pensar que «quien vive dueño de su habitación interior, sin duda alguna estará más preparado para vivir saludablemente el último tramo de la vida»³⁵. serenidad, desprendimiento, capacidad contemplativa, que permiten disfrutar del hecho mismo de vivir y, sobre todo, de la atención a las necesidades de los que nos rodean viviendo con amor desinteresado, son el mejor servicio que podemos ofrecerles.

1. El fenómeno del envejecimiento

Hoy el tema está de moda quizás porque cada vez hay más mayores en nuestra sociedad y en nuestras comunidades religiosas. De entrada, es importante decir que la vejez no es una enfermedad. Es una etapa más de la evolución de la vida del hombre que, cuanto más años viva, más deterioro sufrirá, aunque, desde el punto de vista de la consagración a Dios, en el religioso deben destacar los frutos maduros de toda una vida dedicada a Dios.

El envejecimiento no es solo ocaso, sino proceso para terminar de hacernos. Cada etapa tiene su *kairós*. Y desde el punto de vista teológico-espiritual la vida consagrada no tiene sentido sin proyección a la plenitud de lo humano hacia Dios.

Es verdad que, llegados a la vejez, todas las dimensiones arriba apuntadas se resienten. A nivel físico será importante mantener una sana relación con el propio cuerpo, saber admitir los límites y, llegado el momento, será necesario aprender a dejarse ayudar. A nivel emocional habrá que identificar, aceptar, integrar y expresar saludablemente lo que vivimos. se trata de saber vivir desde los valores y no dejarse llevar de los sentimientos. Uno ya no es lo que era y habrá que estar atentos a la autoestima. A nivel comunitario, tendremos que adaptarnos al rol propio de la situación o momento que vivimos. Perdemos el rol de trabajadores y surgen nuevas necesidades de adaptación. A nivel religioso-espiritual, ambas realidades, íntimamente relacionadas, deben jugar un papel primordial en la vejez del religioso. No podemos concebir la última etapa de la vida religiosa sin esa estrecha relación con Dios. Vivir dicha relación ayudará a vivir saludablemente el último tramo de la vida.

Pero para ello hay que cambiar los estereotipos sobre la actividad, el trabajo y la misión para no sentirse anulado. Plantear la vejez desde la salud estética externa, desde el trabajo productivo y desde la dependencia médica, hace que la tercera edad salga muy mal parada. Por eso hay que hablar de la salud desde un estereotipo antropológico-bíblico-espiritual. En la vejez también se tiene una misión que cumplir. La plenitud del

³⁵ V. IRIGAY, *Vivir a fondo el último tramo de la vida*, Vitoria, Ed. frontera, 2007, 12.

hombre termina solo con la muerte, no al empezar la vejez. Es necesario recuperar los «pensamientos dobles», tan propios de la mentalidad evangélica: para vivir hay que desvivirse; para ganar hay que perder; para crecer hay que menguar, etc.

Es importante que en la ancianidad se sigan cultivando valores culturales y humanitarios, y que se reserve un tiempo importante para la vida espiritual. No debemos permitir que nos intranquile el miedo a lo que pueda suceder mañana, a la desgracia que pueda venirnos en la última fase de la vida. Debemos vivir el *carpe diem* con alegría. Alguien ha dicho que reír veinte segundos es un ejercicio equivalente a tres minutos de *footing*.

El evangelio nunca nos ha prometido que se nos vayan a ahorrar sufrimientos y fracasos. Al contrario, Jesús invitó de manera inequívoca a sus discípulos a cargar con la cruz y seguirlo (cf. Mt 16,24). Pero también nos ha prometido estar con nosotros hasta el fin del mundo (cf. Mt 28,20). La verdadera madurez, y el anciano debe dar pruebas de ella, es que todo lo que hay en nosotros pueda alabar a Dios, que nuestra persona toda crezca hasta convertirse en alabanza a Dios.

Llegado aquí, el ser humano ha encontrado la unidad y la paz en lo que tanto hemos recomendado a los demás, la interioridad agustiniana. Ya no se tienen que decir muchas cosas en nuestra oración, pues Dios lo sabe todo. Conocida es la historia del cura de Ars, que vio cómo un campesino solía permanecer largos ratos sentado en la iglesia, hasta que un día se atrevió a preguntarle qué hacía. La respuesta fue: «Dios me mira, y yo lo miro». Ahí está el núcleo de la oración.

a. ¿Qué es envejecer?

Se puede definir el proceso de envejecimiento como el paso del tiempo que inexorablemente nos llega a todos. Este envejecer lleva consigo limitaciones físicas, psíquicas, mentales, intelectuales. Todo esto conlleva una disminución de fuerzas y de contactos sociales y laborales, que, a su vez, en algunos acarrea vivencias negativas, depresiones, pesimismo, mal humor, etc., algo comprensible humanamente pero que no debería darse en el religioso que ha consagrado su vida a Dios. Al final de su vida el religioso debería ser un maestro de oración, de serenidad, de cordialidad, de fidelidad, de esperanza y de sentido del humor, porque sabe de quién se ha fiado y, de ese modo, esperar con esperanza el «venid benditos de mi Padre al Reino que se os ha preparado» (Mt 25, 31ss.).

Saber envejecer, dice J. J. López siguiendo a Henri frederic Amiel y a Cicerón, «es la obra maestra de la sabiduría y una de las partes más difíciles del gran arte de vivir. El tiempo influye en los ancianos como en los vinos, mejorando los buenos y agriando los malos. En los buenos enriqueciendo y aquilatando la calidad, sumándoles solera, en los malos agriándolos de modo que no sirven ni para vinagre»³⁶. Por eso se dice que envejecer es un arte.

³⁶ J.J. López, «Breve reflexión sobre la jubilación»: <http://www.msscc.es/Noticias/López.pdf>, 2.

b. ¿Cómo envejecemos?

Nadie puede escapar de envejecer si Dios nos da salud por largos años. Pero hay factores que dependen de nosotros y ahí está el arte de envejecer. se puede ser paciente, amable, cariñoso, agradecido, comunitario y testimonial, fruto de toda una vida consagrada; o se puede ser irritable, egoísta, crispado y malhumorado.

J.C. Chittister, al hablar sobre los últimos años como don de Dios, dice, siguiendo a Jung, que, «aunque las leyes son distintas, la tarde es tan importante como la mañana. No hay duda de que vivir la vejez con calma, viviendo en paz la vertiente contemplativa del carisma, es una gran oportunidad para culminar la vida como humilde y hermosa entrega a Dios y, al mismo tiempo, una aportación muy importante a la comunidad como testimonio del ser que son los frutos que aporta la madurez de la vida»³⁷. Por lo tanto, ya no se trata de una resignación serena, sino de una aceptación gozosa.

P. van Breemen soñaba con un tiempo para el más puro ocio a fin de dedicarse al espíritu. «Hay quienes defienden que en nuestra vocación no hay jubilación. No quiere decir que tengamos que trabajar hasta la muerte, sino que, de cara al espíritu, no hay jubilación»³⁸.

Vivimos en una sociedad de rendimientos, en la que uno es lo que rinde. Pero el evangelio es totalmente distinto. En la Biblia no aparece la palabra «rendimiento», sino que se habla de «fecundidad». Esta exige un planteamiento vital completamente diferente, pues en la fecundidad actúa un misterio que no podemos penetrar. Jesús lo expresa con las parábolas del Reino (el sembrador, la cizaña, el grano de mostaza...). Aplicado al religioso que ha consagrado toda su vida a Dios, a los hermanos y a la misión, seríamos injustos si ahora lo juzgamos con criterios utilitaristas y, por desgracia, se dan circunstancias sangrantes cuando algún religioso es destinado a una comunidad y se pregunta ¿qué va a hacer? Pues, hermanos, lo suyo es orar y vivir la fe, máxime cuando ha dado su vida mientras lo han acompañado las fuerzas.

Quiero traer aquí las palabras de José Antonio Pagola, que vienen a ser la conclusión de lo dicho:

*La ancianidad es un tiempo precioso y muy valioso, que merece la pena vivirse en sí mismo como otra etapa con pleno sentido, sin otras dedicaciones que distraigan de lo principal. A lo largo de los años de vida religiosa hemos trabajado, nos hemos esforzado y, tal vez, nos hemos llenado mucho de nosotros mismos. La vejez puede ser el giro positivo, la última oportunidad que se nos ofrece para dejarnos vaciar y desnudar por Dios y ser llenados por su gracia*³⁹.

Por lo tanto, se puede envejecer saludablemente independientemente de los límites físicos o psíquicos. Pero será preciso evitar algunas posturas y potenciar otras que nos ayuden

³⁷ J. CHITTISTER, *El don de los años. Saber envejecer*, Santander, Sal Terrae, 2010; cf. A. GRÜN, *La mitad de la vida como tarea espiritual*, Madrid, Narcea, 1988, 87.

³⁸ P. VAN BREEMEN, *El arte de envejecer*, Santander, Sal Terrae, 2004, 36.

³⁹ J. A. PAGOLA, *Vivir la jubilación*, Bilbao, Idatz Diocesana, 1999, citado por J. J. LÓPEZ, «Breve reflexión...», 7.

a vivir sanamente la vejez. Cada etapa de la vida tiene sus características y lo sabio es ser capaz de asumir y vivir el momento que toca. «Enséñanos a calcular nuestros años para que adquiramos un corazón sensato», recuerda el salmista (Sal 90,12).

Los psicólogos dicen que la raíz de bastantes trastornos está en negarse a ser adulto y en renunciar a lo que ya ha quedado atrás. se trata de aprender qué es lo que hay que hacer ahora, y hacerlo bien.

Tendremos que encontrar consuelo en las palabras de Jesús a Pedro: «En verdad, en verdad te digo que cuando eras joven tú mismo te ceñías e ibas adonde querías; pero cuando llegues a viejo, extenderás tu mano y otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras» (Jn 21,18).

Excusarse en el pasado no nos permitirá vivir el presente ni prepararnos para el futuro. El pasado no está en nuestras manos; el futuro tampoco; lo que tenemos entre manos es el presente con toda la riqueza que tiene esta etapa de la vida. Lo sabio es poner todo nuestro empeño en el hoy, para vivirlo en plenitud y en paz.

Por otra parte, en todas las etapas de la vida se suele dar la tendencia a culpar a los demás; y esta etapa es más propicia para ello, lo que provoca que sufra el interesado y haga sufrir a los demás haciendo difícil la convivencia de hermanos.

Someramente, podríamos hablar de tres formas sociales de envejecer desde la vida religiosa:

- a. Vejez ocultada. Como ya he dicho, estamos en tiempos de la eficacia: «Vales en tanto que produces». Por tanto, el envejecimiento encierra lo incómodo en una sociedad en la que «el todo va bien» tiende a desplazar «lo pasivo». La vida religiosa no escapa de esa amenaza, pero no debe ser así. Es verdad que no podemos vivir de espaldas a la realidad y que en pocos años la vida religiosa será distinta, unos se van y los relevos no llegan y habrá que abrir las casas a los seglares, con nuestros proyectos y vidas. Pero eso no implica que el anciano no pueda vivir esta etapa en plenitud de realización vocacional.
- b. Vejez atendida. Nunca los ancianos han estado tan atendidos (residencias, lugares de vacaciones, «centros de día», etc.) y al mismo tiempo tan desatendidos por los compromisos familiares y el correspondiente «aparcamiento» en residencias para la tercera edad. Esta misma mentalidad se ha introducido en la vida religiosa y nos ha llevado a la construcción de residencias propias cómodamente adaptadas, porque se dice que nuestro trabajo no nos permite atenderlos adecuadamente. Cabe señalar que nuestras residencias son comunidades religiosas que viven el proyecto comunitario como una comunidad más. No obstante, creo que el ideal sería dejar a cada religioso anciano en la comunidad donde trabajaba, mientras sea «independiente». Para los «dependientes» es verdad que no tenemos ni religiosos ni medios para una atención adecuada.

- c. Vejez relativizada. Creo que lo que cuenta es lo que tú haces con los años de tu vida. No cuenta tanto el carnet de identidad. En la vida religiosa, la vejez significa que te jubilas, pero no de lo más importante: ser buen religioso, vivir la inquietud y la vocación apostólica de servicio y caridad para con todos. Se trata de «vivir bien renunciando a «vivir sin más».

c. Formas diferentes de afrontar la vejez

Pueden darse tantas formas como individuos. Pero me centraré en las consideradas como más comunes:

- a. Vejez negada. se pretende, a toda costa, mantenerse activo, aun a costa de ocultar la realidad y no ser capaces de dejar paso a nuevas fuerzas. se detiene el reloj, viviendo más el pasado que los cambios que exigen los tiempos y los proyectos de futuro. se aprovecha muchas veces para vivir la vejez en provecho propio, según convenga.
- b. Vejez recluida. A muchos religiosos, la reclusión física les lleva a la reclusión egoísta, muy pendientes de sí mismos y atrayendo la atención de los demás, esclavos del hábitat y de sus medicamentos.

Es una etapa en la que hay que aprender a vivir con la soledad. La soledad suele ser problema doloroso para el anciano, pero estar solo no es necesariamente malo, puede resultar fecundo y beneficioso. Aceptarla nos puede producir paz, rechazarla nos puede acarrear insatisfacción. El problema no es estar solo, sino no dar contenido oportuno a esa soledad. si para el religioso Dios se hace visible en el prójimo, también en la ancianidad es posible encontrar el camino para ese amor y esa confianza.

Nadie envejece porque tenga muchos años. solo se envejece cuando se dice adiós a los ideales. Los años arrugan la piel, pero renunciar al entusiasmo arruga el alma. Eres tan joven como tu confianza, tan viejo como tu duda, tan joven como tu esperanza, tan viejo como tu desaliento. Mientras la belleza, la alegría, la audacia, la grandeza y lo infinito esté en tu corazón, serás joven.

- c. Vejez endurecida. En algunos cabe la tentación de meterse en el propio cascarón, en el aislamiento con crisis de soledad, problemas afectivos, insatisfacción vital, desilusión, problemas psicológicos que pueden desembocar en religiosos huraños, toscos, poco amables, duros y difíciles en la convivencia. Todo tiene su explicación. En la vida religiosa hemos vivido entre gente buena, sin tener que luchar por el trabajo, en un ambiente proteccionista y esto no nos prepara bien para la adversidad; por eso, ante el menor agravio, viene la tendencia a excluirse si no se vive con fuerza la consagración.

- d. Vejez aceptada. Aceptada, no resignada, sino que se trata de descubrir desde dentro, desde la raíz de la vocación consagrada, las bondades de envejecer en comunidad de hermanos que ponen todos sus dones al servicio de la comunidad. Es el primer apostolado para el que no hay edad y en el que entramos todos.

d. Crisis emblemáticas del envejecimiento en la vida religiosa

A los religiosos no se nos ahorra la crisis de envejecer y es el momento privilegiado de vivir lo que Jesús le dice a Nicodemo: «Hay que nacer de nuevo...». sobre todo si nuestra fe ha sido sociológica y ha estado latente o distraída durante nuestros años de «actividad pastoral». Necesitamos una sacudida para convertir nuestra vida religiosa como una ofrenda a Dios de todo nuestro ser con sus achaques, limitaciones, sus valores y virtudes.

Aquella opción de la juventud que nos llevó a consagrar nuestra vida a Dios con el paso del tiempo se nos ha podido despistar, y hemos marchado por otros caminos. Es el momento de la conversión. No basta con seguir tirando, aguantando los años que nos quedan, sino que se requiere volver a elegir ese horizonte de vida que nos dé plenitud en el Espíritu.

La vejez es tiempo apropiado para un retorno a la relación más intensa con Dios al estar libre de cualquier ocupación. Es el tiempo propicio para el crecimiento interior llenando nuestra vida de sentido y fecundidad.

A medida que avanzamos en años, nos vamos haciendo más sensibles a las presencias de Dios, y el contenido de nuestra fe se simplifica. Los servicios que podemos ofrecer ahora son menos relevantes que lo fueron en nuestros años jóvenes, pero pueden ser de gran apoyo para nuestras comunidades cuando los situamos en otro nivel más profundo: escucha paciente, sonrisa acogedora, agradecimiento cálido, palabras de sabiduría, etc.

Con la vejez llega un tiempo en que no hay muchas ocupaciones que puedan distraernos de lo único importante, nuestra oración, nuestra adoración, nuestra entrega a los hermanos de comunidad. Esa es nuestra principal tarea.

Los religiosos solemos repetir que en nuestra misión no hay jubilación y cuando envejecemos se hace evidente lo que caracteriza nuestra vida religiosa: es la vida toda la que se hace misión. El riesgo evidente de esta edad es aislarse, apartarse, reducirse, huir de la relación y luego estalla la crítica, la amargura y puede aparecer el típico «viejo gruñón». Los religiosos jubilados estamos llamados a construir comunidad hacia adentro, cuidando la comunicación, la escucha, el compartir la vida con los hermanos. Nunca acabaremos de agradecer la riqueza que supone vivir en comunidad y a cada uno nos toca hacerla posible y agradable.

La clave de envejecer con alegría en la vida religiosa es creer, como decía san Pablo, que «aunque nuestra condición física se vaya desmoronando, nuestro ser interior se renueva cada día» (2 Cor 4,16). No podemos dejar de ser cauce de buena noticia en el tú a tú de

cada día. Por lo tanto, nuestra misión como consagrados es ser profecía o significación; que la vida toda, se haga misión transparentando bondad, ternura, agradecimiento, paciencia... y la alegría del que sabe de quién se ha fiado. Es la hora de tomar la vida en las manos y hacer de ella una ofrenda. Para esto hemos sido ungidos y consagrados. Esto es hacer de la vida eucaristía.

Aun con todo, este *desideratum* implica superar ciertas crisis:

- a. Crisis de identidad. Está determinada por el conjunto de pérdidas experimentadas de forma acumulativa. Lleva el peligro de buscar la propia identidad en el pasado o de ser invadidos por el sentimiento de «no valer nada». Toda vida religiosa se asienta sobre una identidad y ella debe ser la guía vital para el religioso que ha consagrado su vida a vivir según el carisma del fundador. Esta identidad se construye sobre unos puntos de referencia a los que tenemos que volver constantemente, y no solo a nivel constitucional (capítulos, revisiones...), sino sobre todo a nivel personal. No habrá verdadera renovación colectiva si no va acompañada de una renovación personal.
- b. Crisis de autonomía. Caracterizada por el deterioro progresivo y por el aumento de la dependencia de los cuidados de los demás. Autonomía no es independencia, sino atributo de la libertad y de la responsabilidad. La autonomía moral nadie nos la debería quitar. El voto de obediencia es dignificación de la libertad, puedo no obedecer. Respecto a la autonomía física, el voto de obediencia no tiene nada que ver directamente con dicha autonomía, pero sí indirectamente. El religioso sumiso tiene unas probabilidades de vivir de modo placentero la dependencia física de los demás, incluso magnificando sus propios males. En el otro extremo están los que no quieren depender de los demás engendrando el consiguiente malestar. También están los que no quieren ser una carga excesiva. Con relación a la autonomía moral, no habría que invadir su autonomía mientras puedan hacer lo que hacen.
- c. Crisis de pertenencia. Tiene una base común, que es que todos somos seres relacionales. Todas las cualidades humanas están hechas para relacionarse. Si la vejez se vive como retirada de la participación social, se experimenta una «muerte social» con fuertes sentimientos de inutilidad que inundan el corazón del religioso mayor. Pero el religioso está llamado a vivir y a convivir (comunidad-comunión). ¿Por qué se entra en crisis? A lo largo de los años de vida religiosa, hemos dado primacía al trabajo, quizás porque nuestras comunidades han sido más de trabajo que de vida. Ahora, el religioso mayor no digiere los cambios institucionales en los que siente falta de sentido de pertenencia y se siente excluido, des-identificado.

Comenta José Carlos Bermejo que, para paliar estas crisis, esta soledad, hacer la vida más comunitaria y más serena, hemos acudido a montar verdaderas jaulas de oro, «residencias creadas específicamente para religiosos mayores, donde se está realmente acompañado y cuidado. Pero en estas residencias no está ausente la soledad, ya que esta depende del tipo de asistencia, de la relevancia que se dé a la dimensión social, emocional y espiritual de la persona y de los recursos que se arbitren... No es extraño encontrarnos

con religiosos en dichas residencias que, cuando descubren que enfermar es una solución para su soledad, usan de esa estrategia para atraer la atención de la comunidad o de los cuidadores profesionales. No pido nada a nadie, pero el dolor me sirve de intermediario»⁴⁰.

Para salir al paso de la soledad del religioso, el recurso que más le puede satisfacer ha de ser manifestar más intensamente su religación con Dios en la soledad de la oración y en el aumento de participación en los ritos y celebraciones religiosas. Esto se ha de mimar e intensificar en las comunidades religiosas residenciales. Por encima de todo, el anciano tiene una tarea que hacer consigo mismo: la de creer que lo que más vale no es lo que hace sino el ser testigo de los valores humanos, religiosos y espirituales para las personas que lo rodean. Cultivar de forma especial el «ser» sobre el «hacer».

El concepto de resiliencia, recientemente introducido en el mundo de la psicología, aplicado a la gerontología, invita a mirar como lo hace la psicología positiva, centrando más la atención en las posibilidades que en las carencias que estimulan para envejecer sana, activa y robustamente. La resiliencia personal consiste en tener la capacidad de afrontar las crisis; y todos conocemos religiosos, con muchos años, heridos en su pasado, experimentando las crisis del presente, pero robustos y fuertes de ánimo, resistentes y maduros.

Es obvio que el cultivo de la vida interior, de la capacidad reflexiva, trascendente, y de los valores religiosos es la mejor plataforma para salir fortalecidos de las crisis de la vejez y vivir la ancianidad de manera feliz.

f. ¿Cómo superar algunas de estas dificultades para vivir en comunidad una vejez serena?

Cada uno tendrá sus claves, que serán tantas como personas somos. Pero me limito a señalar alguna que, si no son las más importantes, sí que deberían estar presentes en nuestras comunidades:

- a. Ser sujetos de compasión. Las comunidades religiosas necesitan expertos en consuelo, y el religioso mayor puede ejercer lo que Bermejo llama la «abuelidad», esa condición de haber sobrevivido a tantas dificultades de la vida, y quizás por ello, puede ser experto en cómo aliviar, calmar, endulzar, sosegar, infundir ánimo en los hermanos de comunidad.
- b. Ejercitar la virtud de la esperanza. Esperanza que permite mirar, por encima de las satisfacciones inmediatas, a lo trascendente. La esperanza hace vivir las relaciones en el ahora como anticipación de lo deseado como eterno. La esperanza no consiste en la ilusión de superar todas las dificultades ni de soñar

⁴⁰ J. C. BERMEJO, *Envejecimiento en la vida religiosa*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 2013, 37-40. En las ideas que siguen, me guío por este autor.

en volver a los años de juventud, sino de buscar dónde apoyarse en medio de las limitaciones.

- c. Mostrar la madurez espiritual. En la vejez la madurez espiritual debe brillar con especial resplandor. ser mayor es un momento privilegiado para cultivar y ofrecer como fruto maduro toda la dimensión espiritual y religiosa de una vida consagrada y que pasa por mucho más que por las prácticas religiosas.
- d. Posibilidad de vivir su morir. El ser humano, a diferencia de los animales, tiene la posibilidad de vivir su morir, es decir, tiene una muerte «apropiada», en palabras de Bermejo⁴¹. «Morir puede ser triste, pero es más triste que la persona mayor *muera* para los hermanos de comunidad antes de morir. Y esto es lo que sucede cuando se produce el aislamiento relacional en torno al final de la vida»⁴². Una muerte digna sería aquella que se convierta en verdadera experiencia de amor, que conlleva el arte de vivir, el arte de amar, el arte de envejecer y el arte de morir.

Esta ética del morir y de relación al final de la vida contribuirá a humanizar la última etapa de la vida de las personas mayores que han consagrado a Dios toda su vida.

2. ¿Es la vida consagrada una forma saludable de vivir y envejecer?

La salvación es lo central en el mensaje cristiano y tiene dos características: viene de arriba, por tanto tiene la hechura de Dios y es gratuidad; y viene de abajo, necesita encarnarse, necesita un recipiente que se adapte al hombre.

Esta salvación recibe en la historia varios nombres y tiene uno privilegiado: salud. La dimensión salud está tan presente como la dimensión salvación. Está presente en todo el misterio de Cristo. Cristo es amor, ofrece la salud y es salud, luego lo que dice y hace es sanar.

¿Cuáles serían las dimensiones de la salud?

1. «Estar bien»: es algo objetivo, medible y hace referencia a los órganos y funciones del cuerpo.
2. «sentirse bien»: es algo subjetivo, psíquico, abarca todo el mundo de las sensaciones.
3. «Bien ser»: es más antropológico, mira a la persona, a las relaciones con su propio cuerpo, a sus dependencias patológicas, a la ausencia de sentido.

Pues bien, para el religioso Cristo debe ser el que viene para sanar nuestras relaciones, para potenciar nuestra libertad, para dar vida y vida en abundancia, para darnos una

⁴¹ BERMEJO, *Envejecimiento...* 73.

⁴² BERMEJO, *Envejecimiento...* 74.

buena calidad de vida, para recuperar el camino de ser hombres, para llevar lo humano a su plenitud y la meta hacia la plenitud de lo humano en Dios.

Cuando se habla de calidad de vida, de vida saludable, se resaltan algunas condiciones, como pueden ser: salud, habilidades funcionales, relaciones sociales, atención sanitaria, tener cubiertos los aspectos económicos, etc. Pero permitid que recuerde que entre estos ingredientes de calidad de vida falta uno que para el religioso es esencial: la dimensión espiritual.

El creador de la logoterapia, V. Frankl, sostiene que, cuando el espíritu no se desarrolla, surgen las neurosis existenciales que favorecen la angustia vital, fruto de un espíritu encerrado en sí mismo, no dirigido a nada, a nadie, ni a Dios. Entonces el hombre no encuentra sentido para vivir y vive angustiado.

El hombre, como ser espiritual, tiene su destino en Dios. De ahí que la etapa final de la vida de un religioso sea el momento adecuado para profundizar y testimoniar en el amor de la sabiduría y poseer el don de Consejo.

Dice B. Fernández que «el hombre que no integra vida, sociedad y espíritu, tendrá la actitud de desesperación. Por el contrario, si se desarrolla la actitud trascendente, tendrá tendencias y sentimientos que le tienen que dar serenidad y paz frente al final de la vida»⁴³.

Cuando los universos interior y exterior transparentan a Dios, la unión con él reconforta y lleva al religioso a aproximarse a los demás, viviendo gozoso en comunidad de hermanos. Cuando esto se vive, salen a flote las señales de fe adulta: actitud realista, aceptación de la vida, comunicación con los demás, paz, tolerancia, amplitud de criterios, elasticidad de las expresiones religiosas, transparencia interior y gran compasión humana.

El anciano que logra la serenidad sabe que es mejor perdonar que tener razón, y tener paciencia que manejar con violencia; sabe que los verdaderos valores de la vida se encuentran en el silencio. El hombre que reza y reflexiona la Palabra de Dios debe ser un hombre que sabe ser prudente, discreto, servicial, amable y generoso... A él no le debe preocupar el qué hacemos o producimos, sino el qué somos y cómo vivimos. Los fundadores de la psicología humanista creían que una persona es más que lo que hace. Es lo que es y comunica: esperanza, confianza, amor, júbilo, realidades que no deben envejecer con la edad.

a. Peligros de la vejez para vivir la comunidad

Recogemos a continuación algunos peligros que señala Bermejo al llegar a cierta edad. físicamente se tiene escasa capacidad de adaptación y, como el mundo está en constante cambio, el anciano nunca se siente a gusto. De ahí las dificultades para aceptar los traslados, aunque los superiores los realicen por su bien. Renovación y reestructuración son términos propios de un lenguaje perturbador. Lo imprevisto lo asusta, no puede

⁴³ B. FERNÁNDEZ, «La cuaresma del seguimiento de Cristo»: *Vida Religiosa* 113 (2012) 113.

dormir en cualquier cama, necesita una vida regular y se agita a la menor novedad. La avaricia puede ser un peligro; el deseo de guardar lo que se tiene porque no podrá volver a reemplazarlo es lo que se ha hecho siempre.

Si para el joven el cambio es un placer, para el anciano es un tormento. Todo lo que corresponde a la vida física es ahora un problema para ellos y si se piensa mucho en el cuerpo resulta más difícil pensar en el espíritu. La conversación ronda en torno a las dolencias propias y además gusta de saber las enfermedades de los demás. Por eso las generaciones jóvenes suelen rehuir la compañía de los viejos, porque éstos hablan demasiado de su salud.

A menudo nos encontramos con religiosos en nuestras comunidades a los que la edad ha atenuado las asperezas del carácter. se vuelven más dulces, pacientes, tolerantes, mientras que antes eran bruscos, autoritarios, a veces hasta coléricos. Y al revés: algunos se vuelven nerviosos, impacientes y caprichosos. Un viejo dulce y paciente de espíritu, acogedor, es una obra maestra de humanidad. Aunque siempre hay quejosos de todo, en la vida religiosa abundan aquellos cuya vejez es una dulzura.



POR TU PALABRA

“Si alguien quiere venir en pos de mí...”

Si tal es el precio, ¿Quién deseará hoy seguir a Jesús? (Mc 8,34; Mt 16,24; Lc 9,23)

Juan José Bartolomé, SDB

Apenas iniciado su ministerio público, Jesús, de paso junto al mar de Galilea, quiso contar con personas que compartieran con él vida y misión: primero, y con inusitada autoridad, pidió que le siguieran (Mc 1,16-20; 2,13-14; Mt 4,18-22; Jn 1,43); más tarde, entre los que ya le seguían eligió a doce «*para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar*» (Mc 3,14-15; 6,7 cf. Mt 10,1; Lc 5, 9,1-2). Seguidores fueron aquellos en los que Jesús fijó su mirada (Mc 1,16.19; 2,14) y a quienes ordenó ir detrás de él y al instante obedecieron (Mc 1,17-18.19-20; 2,14). Enviados llegaron a ser aquellos discípulos que Jesús eligió en un monte y envió en su nombre, con sus normas y su poder (Mc 3,13-19; 6,7; Mt 10,1-42; Lc 9,1-6; 10,1-20). En ambos casos, *seguimiento y misión surgieron de una iniciativa personal de Jesús*: discípulo y apóstol de Jesús son solo los que él elige (cf. Jn 13,38; 15,16). ¿Siempre?

Poco antes de tomar la decisión de subir a Jerusalén (Lc 9,51), Jesús había logrado que Pedro lo proclamara «*el Mesías de Dios*» (Lc 9,20; Mc 8,29; Mt 16,16: «*el Mesías, el Hijo del Dios vivo*»). Fue entonces cuando Jesús se atrevió a desvelar a sus acompañantes que iba a «*padecer mucho, ser desechado y ejecutado y resucitar al tercer día*» (cf. Lc 9,22; Mc 8,31; Mt 16,21). Aunque se lo explica «*con toda claridad*» (Mc 8,32)⁴⁴, Pedro reacciona negándose a aceptarlo; apartándolo de los demás, se atreve a increparlo negándose a aceptar el destino anunciado por Jesús. Jesús reniega, a su vez, del discípulo, que de primer creyente se le ha convertido en el gran tentador (cf. Job 1,6-11) y piedra

⁴⁴ Es significativo que Jesús, aunque haya aceptado la confesión de su mesianismo, no se atribuye el título (en Mt 16,20; Lc 9,21 prohíbe incluso a sus discípulos que lo den a conocer), sino que se refiere a sí indirectamente como *Hijo del hombre* (Mc 9,31; Lc 9,22) para anunciar por vez primera sus padecimientos y la muerte. Evita así el riesgo de que sus discípulos piensen en un mesías guerrero victorioso.

de escándalo, por pensar «*como los hombres, no como Dios*». Y lo conmina a *ponerse detrás de él* y volver a su lugar de mero seguidor (Mc 8,33; Mt 16,23)⁴⁵.

Aterra comprobar que primer discípulo que proclama a Jesús «*el Mesías*» (Mc 8,29; más aún, «*el Hijo de Dios vivo*», en Mt 16,16), no sea capaz de aceptar *cómo* ha de serlo: *quién es* Jesús y *qué debe* hacer no son opciones suyas, sino de Dios (cf. Mc 14,33-42). La desautorización de primer confesor ha sido tajante y en presencia de los demás discípulos⁴⁶. Jesús llega a retirar a Pedro la llamada inicial: del «*ea [venid] detrás de mí*» (Mc 1,16) pasa ahora a un «*retírate de detrás de mí*» (Mc 8,33). Oponerse al destino de Jesús, querido por Dios, no es asunto privado. Pública, y dura en extremo, va a ser también *la catequesis sobre el seguimiento de Jesús* (Mc 8,34-9,1; Mt 16,23-28; Lc 9,23-27), que Jesús añade. Acaba de aceptar ser identificado como Mesías y, corrigiendo falsas expectativas, pasa ahora a identificar a sus auténticos seguidores,

1. Lectura

Jesús anuncia «*a todos*» (Lc 9,23), «*llamando a la gente y a sus discípulos*» (Mc 8,34)⁴⁷ las condiciones para ser su discípulo⁴⁸. Tan importante es para el narrador lo que va a decir Jesús que, de forma inesperada, sin explicar cómo, aparece una muchedumbre, congregada junto a los discípulos (Mc 8,27; 9,14). ¡Curioso que Jesús amplíe el grupo de oyentes precisamente cuando va a radicalizar hasta lo imposible sus exigencias! (Mc 8,34a).

⁴⁵ “La actitud de Pedro le hace merecedor de una dura recriminación con una orden tajante y un calificativo severo. La orden que recibe es la de volver al puesto que le corresponde, es decir, al puesto de discípulo..., sin pretender adelantarse para señalar el camino. El calificativo de Satanás le equipara al que actúa en contra de Dios, como ‘adversario’ que intenta arrebatar su palabra (véase Mc 4,15)” (PÉREZ HERRERO, “Marcos”, 158-159).

⁴⁶ Aunque Lucas ha omitido la oposición bienintencionada de Pedro y la enérgica recriminación de Jesús (Lc 9,18-22; cf. Mc 8,32-33; Mt 16,22-23) – el contraste con Mt 18,22 es neto –, resulta “difícil imaginar a los primeros cristianos inventándose una historia en la que Pedro fuese denominado ‘Satanás’... Cualquiera que negase la pasión, muerte y resurrección se colocaba al lado de ‘Satanás’ (cf. Mt 4,10)” (D. HARRINGTON, “Evangelio según Marcos”, en R. E. BROWN – J. A. FITZMYER – R. E. MURPHY, eds, *Nuevo Comentario Bíblico San Jerónimo*. Nuevo Testamento y artículos temáticos, Verbo Divino, Estella, 2004, 44).

⁴⁷ “No saying could be harder” (BRUCE, *Sayings*, 150). Mt 16,24 reduce la instrucción de Jesús «*a los discípulos*». Que Marcos y Lucas hayan mencionado a la gente resulta algo extraño, “ya que juega un papel del todo marginal y no se recupera en todo el relato”; con ello, el discurso de Jesús llega a quien quiera escucharlo (M. NAVARRO, *Marcos*, Verbo Divino, Estella, 2006, 310). Significativo es que el verbo que Mc 8,34 utiliza, *proskaleomai*, aparezca en relatos de vocación (Mc 3,13; 6,7).

⁴⁸ R. PESCH piensa que la fórmula premarcana no mencionaba a los discípulos: Jesús se habría dirigido a la gente: “die Rede war weniger von Jünger-Sein als vom Jüngerwerden” (*Das Markusevangelium*. II, Herder, Freiburg – Basel – Wien, 1977, 59).

Cuando las condiciones son extremas todo el que las escuche queda invitado

Tras ensanchar su auditorio, que ahora incluye a la muchedumbre, Jesús se dirige en especial a un determinado grupo, el de «*aquellos que quieran seguirlo*» (Mc 8,34; Mt 16,24; Lc 9,23). Aunque la enseñanza siga centrada en el seguimiento y sus consecuencias, no restringe su audiencia a los discípulos. No hace distinción entre acompañantes y pueblo; habla a todos, discípulos incluidos. Pero sus interlocutores son, en exclusiva, quienes piensan ir en pos de él. *Todos deben saber las condiciones. La gente no debe ignorar cuánto cuesta seguirlo.* Solo a quien las acepte lo considerará seguidor.

Jesús abre, de forma implícita, el seguimiento a quien esté dispuesto a asumir sus condiciones. Su camino, y el de sus seguidores, se convierte en libre quehacer, sin beneficio personal. Cuando cargar con la cruz propia es la exigencia previa, seguir al que marcha hacia la cruz es decisión libre y abierta a todos sin distinción. Cualquiera puede serlo...; sí, siempre que acepte los requisitos previos. La cruz es inevitable. No sólo para Cristo, lo será también para quien con él conviva. Quien lo sigue desde un principio debe seguirlo hasta el final: *sin pasión no ha habido Cristo, ni habrá tampoco cristianos*⁴⁹.

Mc 8, 34 Y llamando a la gente y a sus discípulos les dijo: «*Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga.*

³⁵ Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará.

³⁶ Pues, ¿de qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero y perder su alma?

³⁷ ¿O qué podrá dar uno para recobrarla?

³⁸ Quien se avergüence de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, también el Hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga con la gloria de su Padre entre sus santos ángeles».

^{9,1} Y añadió:

«*En verdad os digo que algunos de los aquí presentes no gustarán la muerte hasta que vean el reino de Dios en toda su potencia*».

Mt 16,24 Entonces dijo a los discípulos:

«*Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga.*

²⁵ Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí, la encontrará.

²⁶ ¿Pues de qué le servirá a un hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma? ¿O qué podrá dar para recobrarla?

²⁷ Porque el Hijo del hombre vendrá, con la gloria de su Padre, entre sus ángeles, y entonces pagará a cada uno según su conducta.

²⁸ En verdad os digo que algunos de los aquí presentes no gustarán la muerte hasta que vean al Hijo del hombre en su reino».

Lc 9,23 Entonces decía a todos:

«*Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz cada día y me siga.*

²⁴ Pues el que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa la salvará.

²⁵ ¿De qué le sirve a uno ganar el mundo entero si se pierde o se arruina a sí mismo?

²⁶ Pues si uno se avergüenza de mí y de mis palabras, también el Hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga en su gloria, en la del Padre y en la de los ángeles santos. ²⁷ Pues de verdad os digo que hay algunos de los aquí presentes que no gustarán la muerte hasta que vean el reino de Dios».

⁴⁹ “Die markinische Wortfolge spricht von der Leidensnachfolge in der gleichen Weise wie die Leidensankündigung Jesus... So wird Jesus für die Jünger zu dem Bild, in das hinein sie in ihrer eigenen Existenz gestaltet werden müssen... Sie in der Nachfolge seinen Weg nachgehen und dadurch werden wie er selbst; die Jünger wie der Meister” (W. GRUNDMANN, *Das Evangelium nach Markus*, Evangelische Verlagsanstalt, Berlin, ⁸1980, 226).

El discurso, común a los tres sinópticos (Mc 8,34-38; Mt 16,24-27; Lc 9,23-27), está formulado con brevedad y esmero⁵⁰. Resulta así más eficaz. Lo componen cuatro sentencias unidas por parejas (Mc 8,34b-35; 36-37), que, si estuvieran aisladas, seguirían teniendo sentido en sí mismas⁵¹; «vida» es la palabra que las vincula (Mc 8,35.35.36.37). Las dos últimas sentencias (Mc 8,39-9,1) aluden a las consecuencias definitivas del seguimiento de Jesús. El conjunto presenta fuertes paradojas en un tono netamente sapiencial. Desde el punto de vista formal, las frases no son uniformes: la primera, una condicional, va apoyada en cuatro causales.

La condicional inicial pone el seguimiento de Jesús al alcance de todo el que lo desee. Queda cerrada por la inclusión que forma la repetición del motivo «seguir a Jesús». Aunque se dé por supuesto, el querer no basta: siguen tres imperativos («niégate», «coge tu cruz», «sígueme»), dos de los cuales, en aoristo, preceden al definitivo, en presente «sígame» (Mc 8,34): para iniciar el seguimiento, que es una situación permanente, han de darse por realizadas dos actuaciones previas: «negarse a sí mismo», «tomar su cruz».

Dos condiciones previas de obligado cumplimiento y tres motivos

Los tres sinópticos coinciden en la formulación (Mc 8,34; Mt 16,24; Lc 9,23 añade «cada día»). Más que renegar de sí anulándose a sí mismo, el candidato ha de renunciar a ser norma y destinatario de su propia existencia, dando lugar a otro, al que va a seguir. E intensifica el mandato añadiendo “la impresionante, atroz imagen de un criminal condenado, que, desnudo, el obligado a echarse encima el madero horizontal de su cruz y a llevarlo hasta el lugar de la ejecución”⁵².

El seguidor, ahora libremente, ¡«si quiere»!, debe despojarse de sí hasta el punto de estar dispuesto a morir, no ya *por* Jesús, sino *como* él. “Jesús no habla de que esperen que crucifiquen a quienes le sigan, o que están todos abocados a ser crucificados...; introduce la cruz justo en el momento en que toma conciencia ante su grupo de lo que está suponiendo su vida, en que hace balance de su nueva identidad, y adónde le está llevando. Se refiere a los modos”⁵³.

A continuación, Jesús aporta tres argumentos en forma de proverbio, expresados en paralelo, en torno a una antítesis: «salvar» vs. «perder» (Mc 8,35, Mt 16,25, Lc 9,24), una sinonimia: «ganar» vs. «perder»; «dar como recompensa» (Mc 8,36-37, Mt 16,26, Lc 9,25), otra antítesis: «avergonzarse de mí» vs. «avergonzarse de él» (Mc 8,38, Lc 9,24) para basar su exigencia. La evidente exageración de las tres sentencias pretende

⁵⁰ J. MARCUS, *El Evangelio según Marcos*. II, Sígueme, Salamanca, 2011, 713, piensa que “el pasaje entero está dispuesto en quiasmo”, compuesto a base de dobles: una exhortación doble a seguir a Jesús (Mc 8,34-35) porta a la doble afirmación de la importancia de conservar la vida (Mc 8,36-37) y remata en una doble predicción escatológica (Mc 8,38-9,1).

⁵¹ Posiblemente se debe a Marcos la mención de la muchedumbre en 8,34a e la adición de 9,1 para que sirva de transición la escena de la transfiguración (Mc 9,2-13). Mc 8,34.35, que aparecen en Q (Mt 10,38-39; 16,25-26; Lc 9,24-25; 17,26-27.33), lo mismo que Mc 8,38 (Mt 10,32-33; Lc 9,26).

⁵² MEIER, *Judío*. III, 88.

⁵³ NAVARRO, *Marco*, 311.

romper un modo habitual de valorar la vida para comprenderla como respuesta al reino de Dios, asumiendo la forma como la vive Jesús.

El primer argumento es una paradoja, resaltada por estar formulada en paralelismo antitético. Hay que perder la vida para ganarla, siendo la persona de Jesús (Mc 8,35; Mt 16,25; Lc 9,24; cf. Mt 10,39; Lc 17,33; Jn 12,25) y su evangelio (añade Mc 8,35)⁵⁴ la clave de la ganancia o de la pérdida. El segundo, en cambio, ofrece una reflexión proverbial bastante obvia, en forma interrogativa: poseer, aunque sea todo, no es aún vivir. Nada vale tanto como la vida; sin vida no hay algo que valga la pena (Mc 8,36; Mt 16,26; Lc 9,25). El tercero, un dicho jurídico que formula la ley del talión, avisa sobre las peligrosas consecuencias de avergonzarse de Jesús en esta vida; pagaría él con la misma moneda en la otra, la definitiva (Mc 8,38; Lc 9,26; cf. Mt 16,27). Las tres razones, a pesar de su diverso origen e intención, funcionan aquí como comentario al triple imperativo en el que ha de basarse la vida del discípulo. Jesús deja a partir de ahora a los suyos libertad para “renunciar a vivir de cara a uno mismo y a estar dispuestos a ir hasta la muerte con él”⁵⁵.

La última sentencia cierra el breve discurso de Jesús con notorio énfasis (Mc 9,1; Mt 16,28; Lc 9,27; cf. Mt 10,32-33). En sí mismo resulta paradójica, y poco congruente en el contexto inmediato. Marcos la ha introducido aquí para vincular venida final con la escena de la transfiguración que sigue inmediatamente (Mc 9,2-7). Promete que, entre los oyentes de Jesús, algunos lograrían ver, antes de morir, «el reino de Dios en toda su potencia» (Mc), «al Hijo del hombre en su reino» (Mt), «el reino de Dios» (Lc): “lo que verán a continuación será a Jesús transfigurado”⁵⁶. Esa visión es un anticipo de lo que contemplaran cuando venga como juez y señor, en su resurrección.

2. Relectura

Marcos ha hecho de una colección de sentencias de Jesús *una catequesis sobre el verdadero discipulado*. Para serlo no basta con confesar la fe auténtica, habrá que estar dispuesto a revivir su vía crucis. Lo que no había aprendido, aún, Pedro, deben asumirlo todos los que deseen seguir a Jesús. Confesar la fe impone un modo de vida: lo que se cree (Cristo ha caminado hacia la muerte en cruz) es norma de conducta (llevar la cruz prueba el seguimiento de Cristo). El cristiano no está llamado a ser solo creyente en Jesús el Cristo, tiene vocación de mártir, si le sigue. No se puede ser su discípulo sin aprender de Cristo la entrega de la propia vida y repetirla.

⁵⁴ Al omitir tanto Mateo (16,25) como Lucas (9,24) «y por el evangelio» (Mc 8,35) se centra en la persona de Jesús el único motivo de una pérdida que resulta ganancia. MEIER, *Judío*. III, 81-82, cree que «por mí y por el evangelio» (Mc 8,35) no pertenecería a la formulación más primitiva.

⁵⁵ A. RODRÍGUEZ CARMONA, *Evangelio de Mateo*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 2006, 161.

⁵⁶ A. RODRÍGUEZ CARMONA, *Evangelio de Marcos*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 2006, 98. ¿Es casual que los tres sinópticos coloquen la transfiguración de Jesús (Mc 9,2-9; Mt 18,1-13; Lc 9,28-36)? el camino hacia la cruz lleva a contemplar cuán divino es Jesús (cf. Mc 15,39).

Completa libertad para entrar, no para permanecer

Por eso, el seguimiento se extiende ahora a todos, pero hay condiciones, y desmedidas. De ahí que deje libertad de opción Jesús. No llama ya a ser seguido (Mc 1,17.20; 2,14); advierte a quien se crea dispuesto a seguirle (Mc 8,34). Previene a quien, discípulo o no, lo desee. Más que proponer un modo de vida, *les avisa que no entren en ella alegremente... ¡a quienes ya están viviendo la experiencia!* No va a bastar con querer seguirlo; sin vivir de una cierta forma, no se vive, por más que se desee, en el seguimiento de Cristo. “La llamada del Jesús marcano a seguirlo en el áspero camino del discipulado no es ‘un consejo de perfección’, dirigido a una élite espiritual, sino el consejo apocalípticamente realista de que para *todos*, la vida *solo* se encuentra caminando por el sendero de la muerte”⁵⁷.

Que haya congregado a su alrededor una muchedumbre junto a sus discípulos, debe servir de advertencia a seguidores demasiado confiados. Convivir con él no basta, ni caminar tras él, ni misionar en su nombre y con su autoridad: si quienes comparten vida y fatigas no están dispuestos a compartir su final, no son dignos de seguirlo. *Las condiciones son radicalmente nuevas y el seguimiento, ahora, totalmente libre*, sin poder imaginarse otro diverso al de olvidarse de uno mismo. “No se puede forzar a nadie, no se puede esperar esto de nadie... En medio del seguimiento en que viven los discípulos todo vuelve a quedar en blanco, en vilo, como al principio; nada se espera, nada se impone. Tan radical es lo que ahora va a decirse. Así, una vez más, antes de que sea anunciada la ley del seguimiento, los discípulos deben sentirse completamente libres”⁵⁸.

Tomar la cruz y seguirlo no será imposición exclusiva de sus discípulos, sino voluntaria opción de quien se declare dispuesto a vivir siguiéndolo. Son requisitos válidos para todos, no solo para quienes lo han seguido hasta ahora. Quien no esté listo para pagar el precio, no será discípulo por mucho que se haya empeñado hasta entonces. Y el precio es elegir para sí el mismo viacrucis que Dios Padre escogió para su Hijo (Mc 15,39): la cruz de Cristo que, para el oyente del evangelio, es un hecho se convierte así en metáfora de la existencia cristiana. *Portar la propia cruz es el modo libre de seguir al quien va a ser crucificado*⁵⁹.

La vida del discípulo está marcada por la de su maestro. No basta con seguirle sin más; el seguidor lo será si, y cuando, «*cargue con su cruz*» (Mc 8,34); y añade Lucas «*cada día*» (Lc 9,23), queriendo subrayar que llevar la propia cruz no es un hecho puntual y definitivo, sino una situación recurrente, mantenido. No es poco lo que implica la añadidura lucana: la vida cotidiana, no solo en tiempos de persecución, ni únicamente el martirio, ofrece la oportunidad de seguir a Jesús⁶⁰.

⁵⁷ MARCUS, *Marcos*. II, 714.

⁵⁸ BONHOEFFER, *Precio*, 54.

⁵⁹ “Jesus legt den Jünger fest auf sein eigenes Geschick, das in Horizont der Ablehnung durch sein Volk gesehen werden muss. Dieser Weg ist auch eurer Weg” (ERNST, *Markus*, 249).

⁶⁰ “Luke’s version of the command is not a watering down of its absoluteness; it is rather a demand to be remade daily in the image of Christ” (E. FLANKLIN, “Luke”, J. BARTON – J. MUDDIMAN, eds., *The Oxford Bible Commentary*, University Press, 2007, 939).

Requisitos para seguir a Jesús

Las exigencias previas que se imponen son gravosas en exceso⁶¹. Y por eso mismo, de cumplimiento voluntario. Seguirlo ha de ser un ejercicio de libertad personal, una libertad que solo es pensable si uno se abandona totalmente a Dios. Jesús no ha impuesto la cruz a sus seguidores, los invita a que la carguen. Solo en el caso de que uno quiera de verdad ser discípulo de Jesús, no importarán mucho las condiciones impuestas. Se puede elegir *si seguir y a quién*; pero no es electivo *el modo* de seguir. El Hijo del hombre (cf. Mc 8,38)⁶² no soporta seguidores que no hayan asumido como propio su camino, un camino que no es mera convivencia y aprendizaje doctrinal sino repetir pasión y muerte⁶³.

Renegar de sí mismo

Implica dejar los planes propios y la propia vida para ponerse a disposición de quien te está precediendo. No se trata de negarse algo; Jesús pide negarse a sí mismo, no controlar la propia vida, no hacerse único dueño de ella ni fin de sí mismo, liberarse de todo apoyo y ambición, quedar sin más seguridad que la de quien se *entrega* a otro, Dios (Mt 26,39) o su Cristo (Mc 10,18). Entender la negación como vencimiento de pasiones o paciencia ante contrariedades sería trivializar la exigencia de Jesús.

Renunciar a sí mismo no se opone al amor propio, sino a negárselo a Jesús; impone abdicar de sí, no pertenecerse (cf. 1 Cor 6,19), negar que uno mismo sea el motor y la meta de su propia vida. Implica, por tanto, liberarse de sí y centrar la vida en otro (cf. Gál 2,20)⁶⁴; ni Jesús – ni Dios – aceptan un papel secundario en la vida de discípulo⁶⁵. Lo escandaloso de la imagen y el testimonio múltiple de la frase “apuntan hacia Jesús como fuente del dicho”⁶⁶.

⁶¹ La construcción verbal de Mc 8,34 es relevante: mientras que la condicional inicial y el tercer imperativo, están en presente, los dos primeros imperativos están en aoristo: quien quierese seguir a Jesús, ha de haber renunciado a sí y tomado su cruz antes de empezar a ir detrás de él.

⁶² «Hijo del hombre», en su origen título escatológico (Mc 8,38; 13,26; 14,62), se modifica aquí al fundirse con el de «Siervo de Yahvé» (Mc 9,9.31; 10,33; 12,31; 14,21; cf. Is 52,13-53,12).

⁶³ “So wird... Jesus für die Jüngen zu dem Bild, in das hinein sie in ihrer eigenen Existenz gestaltet werden müssen... Sie nicht nur seinen Arbeit mit ihm teilen, sondern auch... sie sein Schicksal teilen, indem sie in der Nachfolge seinen Weg nachgehen und dadurch werden wie er selbst; die Jünger wie der Meister” (GRUNDMANN, *Markus*, 226).

⁶⁴ “El seguimiento con la cruz significa la renuncia radical a las ambiciones personales para pertenecer a Jesús y a Dios... Quien renuncia a disponer de sí mismo y se pone por completo a disposición divina, emprende con Jesús un camino que lleva a la anchura y plenitud de la vida de Dios” (R. SCHNACKENBURG, *El Evangelio según San Marcos*. II, Herder, Barcelona, 1980, 26).

⁶⁵ “Selbstverleugnung geht zusammen mit dem Bekenntnis zu einem anderen, den ganz Anderen: Gott – un seinem Gesandten: Jesus. Wer sich selbst verleugnet, verlässt sich ganz, restlos auf Gott und Jesus als den, der auf Gott allein hin orientiert und anweist” (R. PESCH, *Das Markusevangelium*. II. Teil, Herder, Freiburg – Basel – Wien, 1977, 59-60).

⁶⁶ MEIER, *Judío*, III, 88.

Tomar la propia cruz

Supone, en la mente del evangelista, asumir el destino de Cristo como propio, su camino hacia la muerte en cruz (Lc 14,27). Cualquier oyente de Jesús, o lector del evangelio, sabía que los condenados a ser crucificados cargaban hasta el lugar de la ejecución el instrumento de su muerte. “Lo más terrible no es la ejecución al final del camino, sino el sentimiento de haber sido expulsado de la comunidad, de hallarse sin defensa, y ser objeto del desprecio general”⁶⁷.

Marcos y su comunidad conocían adónde condujo el vía crucis de Jesús. Pero conocerlo no significa aceptarlo; saberlo de antemano puede hacer más fácil la excusa o la huida. Por eso, el evangelista ejemplarizará para sus lectores la actitud exigida, dentro del relato de la pasión, en la intervención del Simón de Cirene (cf. Mc 15,21; Jn 19,17)⁶⁸ y, sobre todo, en la sumisión de Jesús a la voluntad del Padre (Mc 14,32-42; Mt 26,36-46; Lc 22,40-46; Jn 14,31)⁶⁹.

Siendo la muerte en cruz una práctica no inusual en tiempos de Jesús⁷⁰, en su boca la afirmación tuvo que ser, más que predicción de su muerte cruenta, invitación a sus discípulos a tomarse en serio el seguimiento, sin evitar las consecuencias por trágicas que fueran. Y muy bien pudo Jesús no ser comprendido, cuando puso como condición a sus bienintencionados seguidores el asumir la propia cruz. Porque, ¡atención!, no pedía ser ayudado a llevar la suya: *impuso cargar con la propia como condición* para el seguimiento.

Hay que estar dispuestos a sufrir lo que sea, cuando se le sigue. Ser discípulo de Jesús supone arriesgar la propia vida, sin excluir la pena capital. No sigue a Cristo quien rehúye su propia cruz, sino quien camina no solo *hacia* ella sino *bajo* ella, cargándola. Discípulo no es quien ha convivido y colaborado con él (Mc 3,15; 6,7.13), sino quien comparte su camino hacia el Calvario: la compañía de Jesús obliga a aceptar la cruz como destino propio e ineludible⁷¹. Se ilusiona el seguidor de quien camina hacia la cruz

⁶⁷ JEREMÍAS, *Teología*, 282. “The saying on taking up one’s cross pointed to being ready to be shamed, to face shame, to be shamed even to death” (B. J. MALINA, *The Social World of Jesus and the Gospels*, Routledge, London-New York, 1996, 73).

⁶⁸ Simón de Cirene fue obligado a llevar la cruz de Jesús (Mc 15,21); sus discípulos, libremente, rehuyeron acompañarlo (Mc 14,50-53).

⁶⁹ “La cruz simboliza el propósito fundamental de la vida de Jesús.... Es una metáfora de la voluntad del Padre para la vida del discípulo” (WILKINS, *Mateo*, 554): “this means above all obedience to another’s will..., and obedience is the grave of the will” (D. C. ALLISON, “Matthew”, en BARTON –MUDDIMAN, *Commentary*, 866).

⁷⁰ No habría que entender el término cruz en un sentido exclusivamente simbólico, como sinónimo de sufrimiento, dolor, ni siquiera de martirio. Es la forma de vivir, cueste lo que cueste, fiel al proyecto de Dios. Aunque cargar la cruz no era expresión judía en uso en tiempos de Jesús, la crucifixión era una temida y vergonzante forma de ejecución: era el castigo capital para rebeldes en el imperio romano, también fue utilizado en el judaísmo; el rey asmoneo Alejandro Janeo (103 – 76 a. C.) había ordenado crucificar a cientos de fariseos. Se obligaba al condenado a portar el madero transversal, *patibulum*, hasta el lugar de la ejecución (Mc 15,21).

⁷¹ “Comprometirse a seguir a Jesús significa arriesgarse a una vida que es tan difícil como el último camino de un condenado hacia la muerte... El seguimiento de Cristo comprende para todos las disposición la disposición para recorrer el camino solitario y soportar el odio del pueblo, de la comunidad de la propia nación” (JEREMÍAS, *Teología*, 282).

si piensa salir indemne: o deja el camino o camina hacia su calvario, como él, mejor, detrás de él⁷².

Después de los sucesos pascuales, la comunidad reinterpreto la palabra de Jesús a la luz de la experiencia de su muerte en cruz. Seguirlo impone conocer el rechazo y sufrir persecución, recorriendo el camino por él transitado. Sólo la pérdida de la vida libera de la exigencia de asumir la cruz; mientras se tenga vida, y se mantenga la voluntad de seguirlo, seguirá la cruz siendo viático y destino del seguidor del Crucificado. El discípulo, que lo quiera ser, está llamado, obligado, al martirio.

La propia cruz, meta del seguidor del Crucificado, no es la que uno quiera darse o imponerse, sino la que Dios ha querido para uno (cf. Mc 8,31): la 'mortificación', legítimo ejercicio de seguimiento, no es opción voluntaria sino una necesidad divina, el lugar donde están los hijos de Dios (cf. Mc 16,39). No sigue a Cristo más de cerca quien más se mortifica, sino quien acepta el querer de Dios como 'muerte' de sí. Y *cada día*, como añadió Lucas (Lc 9,23). No tiene que esperar mucho para toparse con su cruz quien sigue a Jesús de cerca.

El menosprecio de la propia vida como salvación

Como apoyo, y con una afirmación paradójica, se introduce una dimensión nueva en el tema del seguimiento: *el odio* a la propia vida (Mc 8,35; Mt 16,25; Lc 9,24; cf. Mt 10,39; Lc 17,33). Introducida como argumentación, su lógica, chocante, remite a la experiencia paradójica de la existencia humana. La alternativa se sitúa entre el perder la vida hoy y salvarla un día o salvarla hoy y perderla para siempre (Mt 10,39; Lc 17,33; Jn 12,25); *psychē* es el soporte de la vida humana, lo que la mantiene (cf. Lc 12,13-21).

No hay contraposición entre una supuesta vida presente y otra futura; no se contemplan dos vidas. Ni se trata de renunciar a la tierra para conseguir el cielo. Nada es más valioso que vivir; nada la puede sustituir. La vida da la posibilidad de disfrutar de cualquier otro bien. *No muere necesariamente quien pierde su vida; pero viviría inútilmente quien no la entrega* por su propia voluntad, en el seguimiento incondicional a Jesús. Solo tiene porvenir la vida del que, dándola hoy, sabe ponerla en peligro⁷³. El discípulo se salva no cuando se reserva, sino cuando se da: *se conserva la vida que se entrega*. Seguir a Jesús solo conoce un *límite*, que puede convertirse en *meta*; ese límite es la muerte. Bien entendido, y porque no es posible una distinción entre lo material y lo espiritual, la renuncia no es solo a la vida que se tiene, sino, sobre todo, al proyecto que de ella uno se ha hecho.

La sentencia puede muy bien atribuirse a Jesús: caracteriza su actuación histórica, y es una de sus afirmaciones mejor atestiguadas en la tradición⁷⁴. Jesús, que la habría podido

⁷² "Cargar *su* cruz amplía la exigencia hasta aceptar la disposición a morir por causa del seguimiento y se refiere a todas las tribulaciones y rechaos que los discípulos puedan experimentar" (J. GNILKA, *El evangelio según san Marcos*. II, Sígueme, Salamanca, 1986, 26).

⁷³ "La vida imperecedera, la auténtica, nace de lo pasajero o, más concretamente, de su renuncia" (GNILKA, *Marcos*. II, 27).

⁷⁴ Mc 8,35/Lc 9,24/Mt 16,25; Mt 10,39/Lc 17,33; Jn 12,25; EvTom 55. "Dieses am häufigsten überlieferte

decir “con diferentes palabras en diferentes ocasiones”⁷⁵. Habría insistido en que nadie puede salvarse sin arrostrar los peligros que su seguimiento comporta; rehuirlos llevaría a evitar el éxito que se busca a toda costa. No se trataría, pues, de pedir una renuncia para conseguir algo mejor, sino de asegurar que se obtiene lo que más se desea cuando uno más se da.

En la versión de Marcos, Jesús coloca a sus seguidores ante *una decisión de vida o muerte*: “esclarece lo que significa arriesgarse a un camino que él ha recorrido personalmente por obedecer a Dios”⁷⁶. La frase advierte al discípulo que pretender una salvación personal librando su propia vida de las exigencias de Jesús o asegurándola contra ellas, supone su definitiva pérdida⁷⁷. Seguir a Jesús y tomar la propia cruz puede parecer una pérdida momentánea; en realidad es la única y auténtica ganancia.

Esta entrega ha de ser *total*, completa, *pero no inmotivada*, sin razones. Marcos ha identificado los motivos: Cristo y su evangelio (cf. *Mc* 10,29). Y ello significa que solo su persona y su predicación merecen la vida del cristiano y sus penas. Relación personal con Cristo y misión apostólica convalidan una vida entregada⁷⁸; lo cual no es poco. Nada, ni nadie, puede esperar del discípulo —mucho menos exigirle— una entrega desinteresada de sí. *Si por Cristo y el evangelio el cristiano ha de arriesgar su vida, solo por ellos puede exponerla*. Ningún otro merece la vida, ni motiva la entrega, del discípulo.

Ganarse el mundo y perder la vida

Dos frases, de tono sapiencial, son algo más que una simple verdad de Perogrullo. Su construcción semitizante y la dependencia del texto hebreo de *Sal* 49,8-9 hacen probable su autenticidad jesuana.

La repetida pregunta espera una respuesta positiva (*Mc* 8,36-37; *Mt* 16,26)⁷⁹. De nada sirve hacerse con el mundo, si se pierde la vida; ante la muerte de poco sirven los mayores bienes (cf. *Sal* 49,15; *Job* 2,4). Sería insensato ganarlo todo, si en el intento se arriesga la propia vida (*Mc* 8,36-37; cf. *Lc* 12,16-20). Tener en cuenta los límites de la propia vida hace posible poner límites al deseo de poseer. Unos bienes que no garanticen una vida, no se la merecen, son indignos de ella: es la vida lo que hace buenos todos los posibles bienes. Jesús critica aquí, pues, que se ponga en verdadero peligro la vida, el

Wort Jesu ist Schlüssel zur Person Jesu... So denkt er Gottes Gedanken im Widerspruch zu Menschengedanken” (GRUNDMANN, *Markus*, 228).

⁷⁵ MEIER, *Judío*, III, 85. El autor defiende que tras las diversas versiones del dicho estarían dos formulaciones en arameo Mc/Q (*Mc* 8,35 - *Mt* 10,39; *Lc* 17,33) y Juan (*Jn* 12,25), variantes de una previa, también aramáica, “que puede remontarse al ministerio público de Jesús” (*Ibíd.*, 86).

⁷⁶ SCHNACKENBURG, *Marcos*. II, 27.

⁷⁷ “This verse... has to do originally with the loyalty of disciples to their calling and task. To save one’s life at the cost of treachery to Jesus and His mission is to lose it; and to sacrifice one’s life in the service of the Kingdom of God is to save it” (T. W. MANSON, *The Sayings of Jesus as recorded in the Gospels according to St. Matthew and St Luke*, SCM, London, 1971, 145).

⁷⁸ “El Jesús terreno no es accesible nada más que por el evangelio, pero no se puede prescindir de él por tener el evangelio” (GNILKA, *Marcos*. II, 27).

⁷⁹ *Lc* 9,25 la reduce a una pregunta, transmitiendo fielmente el sentido.

único bien que resiste la comparación con todos los demás..., ¡por no arriesgarla suficientemente! *El martirio a causa de Cristo es el medio mejor de asegurar la vida.*

Y es que la vida, además de ser el único bien que sustenta los demás, es preciosa... por no tener precio. La segunda pregunta retórica insiste en el valor de la propia existencia (Mc 8,37): nada puede darse a cambio de ella (cf. *Sal* 49,8-9). Por tanto, escaso valor tiene cuanto no sirve para mantenerla; ni los mayores, y mejores bienes, salvan a la vida de su fragilidad. El hombre no cuenta con bien alguno tan bueno que pueda considerarse moneda de cambio de la propia vida. En cambio, la pérdida de bienes auténticos, vida incluida, no es tal si no es definitiva. Cualquier intento de ‘comprarse’ vida es inútil; ni siquiera prolongarla puede el hombre⁸⁰.

La única pérdida que hay que temer es la que no puede recuperarse nunca. La bondad de lo que tenemos o deseamos hay que medirla, y saber apreciarla, desde lo que está aún por venir. El juicio futuro de Dios, por ser definitivo, ha de ser el criterio de discernimiento del bien y del mal, de cuanto podemos perder y de lo que no tenemos que arriesgar. *En el seguimiento de Cristo*, que impone la cruz, el cristiano obtiene *gratis su seguro de vida* (Mc 10,45).

Del discípulo vergonzoso se avergonzará Cristo

A los argumentos de tono sapiencial se añade un aviso de extrema seriedad: las decisiones que se toman en vida influyen en la opción definitiva que tomará el Juez. La advertencia al discípulo que se atreva a rechazar a su señor – no una remota posibilidad, sino un hecho consumado, cf. *Mc* 14,66-72 – se hace ahora aún más grave al vincular su actitud, apenas un sentimiento de vergüenza, con la decisión final del Hijo del hombre en el juicio por venir, «*cuando venga con la gloria de su Padre entre sus santos ángeles*» (*Mc* 8,38; *Mt* 16,27; *Lc* 9,26; cf. *2 Tes* 1,7). La esperada venida de Jesús con toda autoridad y gloria hacen más perentorias las condiciones exigidas a sus potenciales seguidores.

Jesús no contempla el peor de los casos, la negación (cf. *Lc* 12, 8-9; *Mt* 10,33). Habla de sentir *vergüenza de él y de sus palabras* (*Mc* 8,38; *Lc* 9,26; cf. *Rom* 1,16; *2 Tim* 1,8.12.16; *Heb* 2,11), es decir, de encubrir, silenciar la cruz de su Señor. Apocarse por falta de osadía, sentir bochorno ante el hombre que camina hacia la cruz supondrá verse rechazado para siempre cuando venga, glorioso y empoderado, el Hijo del hombre.

La advertencia es grave. No concierne a quien rehúsa la propia cruz, sino a quien se avergüenza públicamente de su Señor y de su mensaje. Y habrá que tomar buena nota de que persona de Cristo y evangelio están puestos en estricto paralelismo. Lo que no hace legítimo pensar que no se abjura de él, si se olvidan sus palabras. En realidad, *no pierde nada quien lo pierde todo, con tal de no perderle a él*. Menos el evangelio y Cristo, todo, vida incluida, puede arriesgarse y, por tanto, entregarse. Y en nada que no sea él, por bueno que sea, puede apoyar su vida el discípulo y con nada puede asegurársela⁸¹.

⁸⁰ “Weil ihm zuletzt nichts gehört, sondern er dem Tod” (PESCH, *Markusevangelium*. II, 63).

⁸¹ Teniendo en cuenta a sus lectores, Marcos ha actualizado la frase tradicional, descubriéndoles el posible origen humano de la renuncia y extendiendo ésta no ya sólo a la persona de Cristo sino también a su

La vergüenza del discípulo se sitúa en un tiempo de convivencia con una generación adúltera y pecadora (Mc 8,38; 9,19; cf. Mt 12,39; 16,4). Convivir con quien ha renunciado a Dios dificulta la confesión al creyente. Pero no debería ser así: es una generación con la que no se tiene nada en común. Vivir entre incrédulos ha de estimular al testimonio⁸². Jesús habla de vergüenza; no hay, pues, que sobrentender que el discípulo consume su traición. Basta con que silencie el Evangelio o no lo proclame con orgullo. En lugar de disculpar el pecado, Jesús señala sus consecuencias: sus discípulos se están jugando algo más que la convivencia con su Señor o su exacta comprensión cuando, sin llegar incluso a negarle, se avergüenzan públicamente de él, Y aunque esté por venir el juicio final, ya se conoce el veredicto. El destino final del discípulo depende de la fidelidad que haya guardado a su Señor. Seguir a Jesús es correr un grave riesgo. Pero tiene la ventaja de que Jesús ha dejado libre la elección de seguirlo.

No hay que olvidar que Jesús habla de la necesidad de tomar la propia cruz, sólo después de haber anunciado su muerte en cruz. *No impone un camino que él no haya recorrido*. Tampoco le esconde al seguidor, antes de emprenderlo, que le espera un idéntico destino. Ir en pos de Jesús es un peligro: no solo se renuncia a asegurar la vida poseyendo bienes, se ha de abrazar la propia cruz. Pedro se opuso a que Jesús pensara siquiera en morir crucificado; ¿podemos imaginarnos cuál sería su reacción al escuchar, de Jesús, que él debería sufrir también la misma suerte?⁸³ La reacción del discípulo, ante la cruz, siempre es la misma: recordando la de los primeros, se pone de manifiesto la de todos los seguidores de Jesús. ¿O es que somos hoy mejores que ellos?

Da qué pensar que Jesús se dirigiera a la muchedumbre, y no exclusivamente a sus discípulos, cuando presenta el seguimiento como opción libre, radicaliza las condiciones y ensancha el número de aludidos. ¿Estaría muy seguro de los que lo siguieron hasta entonces, o quiso añadir a otros dándoles una nueva oportunidad? ¿Es realmente una oportunidad la negación de uno mismo y la aceptación de la cruz personal? ¿Hay que considerarla tan sólo porque Jesús lo diga?

Una grandiosa – y oscura - promesa

Concluye Jesús con una solemne promesa, a modo de consolación. Algunos, antes de «gustar la muerte» (Mc 9,1; Mt 16,28; Lc 9,27; cf. Jn 8,52; Heb 2,9), verán que ha llegado el reino de Dios (Mc 9,1.9; Mt 16,28; Lc 9,27)⁸⁴. No todos lo contemplarán (cf. Mc 15,32.36), pero quienes sean testigos de la muerte y resurrección de Jesús lo verán (Mc 16,7): su muerte se ha transformada en vida. A través de la pasión y la cruz ha

predicación. Agranda así la responsabilidad del discípulo, pues le advierte sobre sentimientos, y ya no sobre actuaciones solamente, que tengan a Cristo y al evangelio como motivo.

⁸² “La fe no es un negocio privado que a nada obliga, sino que exige el testimonio y la confesión delante de los hombres, incluso cuando esto traiga consigo las persecuciones y la muerte...; no cabe abandonarla en hora de la tribulación como un fardo pesado” (SCHNACKENBURG, *Marcos*. II, 30).

⁸³ “Nur auf Grund des Kreuzestodes Jesu ein Mensch ‘das Kreuz annehmen und die Nachfolge treten kann’ (SCHWEIZER, *Markus*, 96).

⁸⁴ De referirse, como parece obvio, a una llegada del reino de Dios inmediata, en vida aún de algunos discípulos de Jesús, no se habría cumplido; por lo mismo, tendría más visos de autenticidad (MARCUS, *Marcos*. II, 711). Para GNILKA, *Marcos*. II, 29, el dicho “surgió solo despues de la pascua”.

llegado el reino de Dios en Cristo Jesús: el programa de Jesús se ha cumplido (cf. Mc 1,15).

“El que es discípulo y no ha considerado todavía esto, tendrá que tomar una nueva decisión”⁸⁵: perderse para ganar o ganar y perderse para siempre. Tras las exigencias de Jesús a sus discípulos late una convicción muy personal, que dio sentido a su vida: quien no arriesga la propia vida, no se merece a Jesús. Solo él, su Dios y el Evangelio, merecen la vida del discípulo. A mayor radicalidad, mayor libertad. A mayor libertad, mejor premio⁸⁶. ¿Es así como se vive hoy el discipulado? Los cristianos, hoy, ¿damos señales de que Dios y su Reino son preferibles a nuestras vidas? ¿Qué habría que hacer para lograrlo? En otras palabras, ¿cómo, en concreto, hacer significativas nuestras vidas y ‘martirial’ nuestra misión?

Jesús había iniciado su instrucción anunciando su muerte inminente (Mc 8,31) y advirtiéndole sobre las consecuencias que ello procuraría a sus seguidores (Mc 8,34-37). La finaliza prometiendo que algunos de sus oyentes serían testigos de su triunfo y señorío (Mc 9,2). Además, y no es lo de menos, Jesús habla de la necesidad de tomar la propia cruz (Mc 8,34), sólo después de haber anunciado su muerte en cruz (Mc 8,31-32). No impone un camino que él no vaya a recorrido. Pero tampoco silencio, antes de emprenderlo, que al seguidor le espera idéntico destino.

La cruz no es la meta, aunque sea el camino inevitable, ni de Cristo ni del cristiano, que conduce a la gloria, donde el Señor ya ha llegado, precediendo a cuantos que le sigan⁸⁷. Por más sentido que haya adquirido tras la experiencia pascual, sigue siendo *escándalo y reválida para discípulos*. Sin solidaridad efectiva con Cristo Jesús – sin com-‘pasión’ – no hay auténtico seguimiento hoy ni lugar en su cortejo, cuando vuelva como juez (Mc 8,38).

⁸⁵ GNILKA, *Marcos*. II, 31.

⁸⁶ “Was Jesus fordert [ist] die radikale Selbstpreisgabe an den Willen Gottes... Das vollendete Reich ist das Ziel der Selbstpreisgabe und Hingabe an Gott” (GRUNDMANN, *Markus*, 228.232).

⁸⁷ “Jüngerschaft steht zwar im Zeichen des Kreuzes, aber auch unter der Verheissung der Auferweckung, des vollendeten Lebens und der Gottesherrschaft” (ERNST, *Markus*, 253).

El papa Francisco Análisis de un obispo⁸⁸

Robert Barron⁸⁹

Por consenso general, el cardenal Jorge Mario Bergoglio obtuvo el papado gracias a una intervención en una de las Congregaciones Generales previas al cónclave de 2013. El arzobispo de Buenos Aires habló con sencillez pero pasión de una Iglesia que sale de sí misma hacia las periferias, tanto económicas como existenciales, para llevar la Buena Nueva de Jesucristo. Cansados de los escándalos que acosaron al papa Benedicto XVI en los últimos años de su papado y ávidos de un soplo de aire fresco, los cardenales recurrieron a este hombre que habló con tanta claridad y confianza.

El elocuente discurso del cardenal Bergoglio marcó una continuidad con los instintos más profundos de los padres del Concilio Vaticano II, con las enseñanzas del papa Pablo VI, con el rico y complejo magisterio del papa Juan Pablo II y con el testimonio del papa Benedicto XVI. Creo que sus hermanos cardenales captaron correctamente en su discurso lo mejor del impulso conciliar y posconciliar. Y creo, además, que el Papa Francisco hizo de la difusión evangélica al mundo entero el leitmotiv de su papado.

Durante la visita *ad limina* de los obispos de California a principios de 2020, escuché a Francisco decir que la *Evangelii Gaudium*, su exhortación apostólica sobre la nueva evangelización, era «la clave para comprender» su magisterio. Ese texto, cuyo título combina hábilmente la *Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI y la *Gaudium et Spes*, del Vaticano II, habla de una Iglesia en misión permanente, siempre en una actitud de alegre extroversión. Una y otra vez, en sus sermones y apariciones masivas, el Papa Francisco instó a los sacerdotes a «salir de las sacristías» y salir a la calle, a ensuciarse las manos y, lo más famoso, a «oler a las ovejas» a las que sirven.

Al principio de su papado, le preguntaron si le molestaba ver a los sacerdotes vestidos con sotanas. Su respuesta: «Mientras se arremanguen y se pongan a trabajar, me da igual lo que vistan». En una memorable homilía para la Misa Crismal hace algunos años, el Papa les dijo a los sacerdotes que el óleo de su ordenación debe correr por sus cabezas,

⁸⁸ Artículo publicado en la web <https://es.zenit.org/2025/05/04/el-pontificado-de-francisco-un-analisis-del-obispo-robert-barron/?eti=24171>.

⁸⁹ Obispo de la Diócesis de Winona-Rochester (Estados Unidos) desde 2022.

sobre sus vestimentas y, finalmente, de sus vestimentas al mundo. Si este flujo se interrumpe, dijo, el óleo sagrado se vuelve rancio. Todo esto concuerda con la imagen de la Iglesia que empleó en los primeros meses de su papado: la del hospital de campaña. Un aspecto esencial de la labor misionera de la Iglesia es atender a quienes han resultado gravemente heridos en el devastado espacio cultural de la posmodernidad. Es importante destacar que los hospitales de campaña, en la periferia de los campos de batalla, no son lugares donde se atienden heridas leves; son para la atención más urgente posible. En este sentido, creo que la referencia de Francisco en su discurso a la Congregación General a los márgenes «existenciales» ha sido subestimada. Estaba insinuando que el esfuerzo misionero de la Iglesia no se dirige simplemente a los económicamente pobres y políticamente marginados, sino también a quienes son pobres intelectual, cultural y espiritualmente.

Los últimos treinta años, aproximadamente, han sido testigos de la desafiliación masiva de jóvenes occidentales de las iglesias y de un aumento simultáneo entre ellos de la depresión, la ansiedad y las ideas suicidas. Al describir la misión a las periferias existenciales, Francisco alzó una voz profética. El instinto de las periferias condicionó muchas de las medidas prácticas que el papa Francisco tomó: la inclusión de más mujeres en el gobierno de la Iglesia, la drástica ampliación del perfil del limosnero vaticano, la defensa de los migrantes y, lo más notable, la elección de cardenales de los confines del mundo, incluso de diócesis diminutas que nunca antes se habían considerado sedes cardenalicias. Quizás la característica más evidente del papado de Francisco fue la sencillez. Profundamente moldeado por la disciplina ignaciana del desapego, Francisco buscó encarnar la pobreza de espíritu que deseaba para toda la Iglesia. Como es bien sabido, pocos días después de su elección a la Cátedra de Pedro, regresó a la humilde residencia sacerdotal donde se había alojado antes del cónclave y pagó su cuenta en persona. Decidió vivir, no en el palacio papal, sino en tres sencillas habitaciones de la Casa Santa Marta, la casa de huéspedes del Vaticano (me alojé allí una vez mientras asistía a una conferencia y puedo dar fe de que es todo menos elegante). Viajaba en un Fiat diminuto, casi cómico.

Recuerdo estar en las escaleras de la Catedral de San Mateo en Washington con mis hermanos obispos con motivo de la visita de Francisco a Estados Unidos. Una flota de vehículos de lujo se acercó uno a uno, transportando presidentes, primeros ministros y otros dignatarios, y luego llegó el minúsculo coche papal; la incongruencia provocó carcajadas entre los presentes. Durante la era de Francisco, el hábito clerical ostentoso estaba de moda (y el de Gamarelli era objeto de constantes críticas), y Castel Gandolfo, el encantador retiro papal en las colinas a las afueras de Roma, cayó en desuso.

Cuando Francisco asumió el cargo papal, la Iglesia se vio envuelta en una terrible ola de abusos sexuales clericales y escándalos financieros. La adopción por parte del nuevo papa de un estilo de vida más humilde y evangélico atrajo a muchos en todo el mundo y sirvió para cambiar el discurso, al menos temporalmente.

Otro tema clave del papado de Francisco fue el cuidado de la Tierra. Entiendo que, al hacer esta observación, puedo dar la impresión de que el Papa Francisco era poco más que un ecologista euroizquierdista estándar, pero esto sería una grosera interpretación errónea. Cuando se publicó su encíclica *Laudato Si'*, muchos la consideraron la carta

sobre el «calentamiento global», pero esto es, de forma bastante espectacular, pasar por alto el fundamento bíblico y filosófico del texto. Al llamar a la Iglesia a volver a preocuparse por la Tierra, que se había convertido, en la memorable frase del Papa, en «un montón de inmundicia», apelaba a una sensibilidad bíblica y premoderna que situaba a la humanidad en el marco más amplio de la creación de Dios.

Una inspiración para *Laudato Si* fue, por supuesto, San Francisco de Asís, pero también lo fue Romano Guardini, el influyente teólogo del siglo XX que fue objeto de la investigación doctoral del joven Jorge Bergoglio. En varios textos, pero especialmente en sus *Cartas desde el Lago de Como*, publicadas al comienzo de su carrera, Guardini criticó duramente la manera en que la filosofía moderna —antropocéntrica y tecnocrática— había abusado, a largo plazo, de la naturaleza. Lamentó el declive de la arquitectura antigua en torno al Lago de Como, que se ajustaba a los patrones y ritmos de la naturaleza, a las nuevas construcciones que se imponían agresivamente al medio ambiente. Bajo la influencia de Guardini, el papa Francisco despreció el racionalismo cartesiano que pretendía dominar la naturaleza y el cientificismo baconiano que la sometía a torturas para obligarla a revelar sus secretos.

La preferencia del papa por una perspectiva premoderna sobre la relación entre los seres humanos y el medio ambiente lo acercó a las perspectivas de Tomás de Aquino y del autor del Génesis. Cabe destacar, además, que, en este sentido, el pensamiento de Francisco se asemejaba mucho al de Benedicto XVI, conocido como el «papa verde». No cabe duda de que Francisco se dedicó a la gama de temas que clasificamos bajo el título de «justicia social», lo que lo situó en línea con prácticamente todos sus predecesores, desde León XIII.

Su preocupación por estos asuntos encontró una expresión contundente en su visita a los refugiados en Lampedusa, en su crítica al capitalismo desenfrenado como «una economía que mata» y en su insistencia en la acogida del migrante. Una novedad de la doctrina social de Francisco fue la extrapolación de la ética individual a las obligaciones éticas que deben imperar entre las naciones. En su encíclica *Fratelli Tutti*, el Papa invocó la enseñanza católica clásica sobre el destino universal de los bienes. Con raíces en la Biblia, los Padres de la Iglesia y, especialmente, en Tomás de Aquino, esta doctrina sostiene que, si bien la propiedad privada es moralmente permisible, el uso de lo que se posee debe regirse principalmente por la preocupación por el bien común. En *Rerum Novarum*, León XIII se basó en esta enseñanza al comentar: «Una vez satisfechas las exigencias de la necesidad y la propiedad, el resto de lo que se posee pertenece a los pobres».

Francisco aplicó el mismo principio a las relaciones internacionales, insistiendo en que los países más ricos, si bien se les permite poseer sus propios bienes y propiedades, tienen la obligación moral de ayudar a las naciones más pobres. Por sus problemas, Francisco fue llamado —incluso por algunos católicos devotos— marxista, aunque «tomista» habría sido una descripción mucho más justa. Con particular entusiasmo, Francisco destacó un tema muy querido por Juan Pablo II: que una economía de mercado no debe abandonarse a su suerte, sino estar sujeta a una sensibilidad moral.

Lo que quizás me resulta más intrigante del papa Francisco es lo que “no” hizo. En los primeros días tras su elección, se rumoreaba que era un «conservador», un autoritario

al que los jesuitas habían exiliado tras años difíciles en el gobierno. Pero pronto, cuando se hizo evidente que Francisco, de hecho, se inclinaba hacia el lado babor del espectro ideológico, muchos en la izquierda católica comenzaron a verlo como el tan esperado salvador liberal, aquel que reviviría el sueño posconciliar que había sido desbaratado por Juan Pablo II y Benedicto XVI. Estaban convencidos de que Francisco, por fin, nos traería sacerdotes casados, sacerdotisas, el matrimonio igualitario y una liberalización de las enseñanzas de la Iglesia sobre el aborto, la homosexualidad, la transexualidad y la anticoncepción. Bueno, no cumplió con nada de eso.

La gran rendición católica a las exigencias de la cultura no ocurrió bajo su mandato, y fue sumamente divertido ver a los principales medios de comunicación católicos liberales intentar aceptarlo. De hecho, el aborto no tuvo un oponente más fuerte que Francisco, quien con frecuencia lo comparó con la «contratación de un sicario». Y fue un crítico enérgico de lo que a menudo llamaba «ideología de género», cuya imposición en los países en desarrollo denominó «colonización ideológica».

Puedo dar fe de que en la visita *ad limina* de los obispos de California, el Papa Francisco nos instó, al salir de la sala de audiencias, a luchar con todas nuestras fuerzas contra la ideología de género que, dijo, es repugnante a la Biblia y a la enseñanza de la Iglesia. Con respecto al clero casado y femenino, Francisco efectivamente permitió que el tema de las mujeres en el diaconado surgiera en el Sínodo sobre la Sinodalidad, pero luego lo confió a un grupo de estudio cuyas conclusiones aparecerían en algún momento indefinido en el futuro. Se podría perdonar a uno por pensar que, en realidad, estaba pateando la lata para más adelante.

A pesar de su estilo a veces despreocupado y su manera imprecisa de hablar, el Papa Francisco se mantuvo firme, demostrando así la misteriosa guía del Espíritu Santo sobre la enseñanza doctrinal y moral de la Iglesia. Todo lo anterior lo contaría entre los logros muy reales del Papa Francisco. Y, sin embargo, lo que se lee en casi todas las evaluaciones del difunto papa es que era, como mínimo, «controvertido», «confuso» y «ambiguo». Algunos comentaristas incluso llegan a decir que era herético y que socavaba las antiguas tradiciones de la Iglesia. No comparto en absoluto esta última postura, pero simpatizo hasta cierto punto con las primeras.

El papa Francisco era una figura desconcertante en muchos sentidos, que parecía deleitarse en desmentir las expectativas, haciendo lo que se creía que haría. Es famoso que les dijera a los jóvenes reunidos para la Jornada Mundial de la Juventud en Río de Janeiro que «hagan lío», y a veces parecía disfrutar haciéndolo. Uno de los momentos más confusos del pontificado de Francisco fue el Sínodo sobre la Familia, en dos partes, que tuvo lugar en 2014 y 2015. El hecho de que el cardenal Walter Kasper, defensor desde hace mucho tiempo de permitir que los católicos divorciados y vueltos a casar reciban la comunión, hablara al inicio de la reunión indicó con bastante claridad la dirección que el papa Francisco quería que tomara el sínodo.

Sin embargo, se encontró con una férrea resistencia por parte de los obispos, especialmente de los países en desarrollo, y cuando apareció el documento final, el famoso *Amoris Laetitia*, la cuestión parecía extrañamente irresuelta, abierta a diversas interpretaciones. Cuando los apologistas del papa señalaron una oscura nota a pie de página enterrada en lo profundo del documento como si aportara la claridad necesaria,

muchos en la Iglesia se mostraron, como mínimo, incrédulos. Y cuando cuatro cardenales pidieron al papa que resolviera una serie de enigmas (*dubia*, en la jerga técnica) que *Amoris Laetitia* les había planteado, fueron básicamente ignorados. *Amoris Laetitia* contiene, sin duda, muchas reflexiones hermosas, pero fueron ampliamente ignoradas debido a la controversia y la ambigüedad que lo acompañaron.

De hecho, tras su publicación, se desató una especie de «anarquía doctrinal», ya que diversas conferencias episcopales dieron al documento diversas interpretaciones, de modo que, por ejemplo, lo que seguía siendo pecado mortal en Polonia parecía permisible en Malta. Si una responsabilidad primordial del papa es mantener la unidad en la doctrina y la moral, es difícil comprender cómo el papa Francisco cumplió con esa obligación durante el proceso sinodal y sus consecuencias. Y curiosamente, no pareció aprender de esta situación.

En 2023, tras la primera ronda del Sínodo sobre la Sinodalidad, el jefe doctrinal del papa Francisco, el cardenal Víctor Manuel Fernández, emitió la declaración *Fiducia Supplicans*, que permitía la posibilidad de bendecir a las uniones del mismo sexo. Decir que se desató una polémica en el mundo católico sería quedarse corto, y la oposición estuvo liderada, una vez más, por líderes católicos del ámbito no occidental. En una asombrosa muestra de unidad y valentía, los obispos de África dijeron que no impondrían la enseñanza de la *Fiducia* en sus países, y el papa dio marcha atrás, permitiéndoles disentir del documento.

Que todo esto sucediera inmediatamente después de una reunión de cuatrocientos líderes de todo el mundo católico, a quienes nunca se les consultó sobre el asunto, simplemente desafía la creencia. Una vez más, el papa luchó por mantener la unidad de la Iglesia. En ocasiones, también, los admirablemente generosos instintos del Papa parecieron llevarlo a decir cosas doctrinalmente imprecisas o a tolerar comportamientos problemáticos. Un ejemplo de lo primero sería su respaldo, en varias ocasiones, a la proposición de que todas las religiones son caminos legítimos hacia Dios, como diferentes lenguas que expresan la misma verdad. Ahora bien, dado su claro entusiasmo por la evangelización, quiero ser generoso en mi interpretación de sus palabras, interpretándolas quizás en la línea de la afirmación del Concilio Vaticano II de que existen elementos de verdad en todas las religiones.

Pero creo que es justo decir que el Papa al menos dio la fuerte impresión de indiferentismo religioso. Como ejemplo de su tolerancia a comportamientos problemáticos, señalaría el famoso incidente de la Pachamama en el Sínodo de la Amazonía de 2019. Si bien persiste mucha confusión sobre el propósito de la colocación de la estatua de la Pachamama en los Jardines Vaticanos durante una oración con el papa, es cierto que generó mucha controversia y que los diversos intentos de explicarlo solo empeoraron las cosas.

Una vez más, el papa se vio envuelto en un lío autoprovocado y completamente innecesario, y el hombre que se suponía debía garantizar la unidad, al menos implícitamente, la socavó. Nadie duda del don retórico del Papa Francisco, no al estilo académico de Juan Pablo II o Benedicto XVI, por supuesto, sino al estilo de un párroco experto en la homilía popular. Y sus discursos a menudo tenían un toque mordaz. He aquí algunas de sus joyas: «Sr. y Sra. Quejosos»; «Cristiano líquido»; «Cristiano con

cara de pimienta encurtido»; «débil hasta la podredumbre»; «Iglesia que es más solterona que madre».

Y creo que es justo decir que su veneno retórico se dirigía, la mayoría de las veces, a los católicos conservadores. He aquí algunas frases ingeniosas más: «el cerrado y legalista esclavo de su propia rigidez»; «¡doctores de la letra!»; «La rigidez oculta una doble vida, algo patológico»; «¡Profesionales de lo sagrado! Reaccionarios»; y, el más famoso, «retrógrados». Sé que estas críticas mordaces a menudo desanimaban profundamente a los católicos ortodoxos, especialmente a los jóvenes sacerdotes y seminaristas, a quienes el Papa una vez llamó «pequeños monstruos».

En una ocasión, durante la primera sesión del Sínodo sobre la Sinodalidad, el Papa se dirigió a los delegados reunidos. Este tipo de intervención papal directa fue extremadamente inusual, pues, para su crédito, el Papa no quiso influir ni dominar excesivamente la discusión. Habló, con tono sarcástico, de los jóvenes clérigos de Roma que pasan demasiado tiempo en las sastrerías clericales, probándose sombreros, cuellos y sotanas. Ahora bien, puede que haya sacerdotes y estudiantes inmaduros preocupados por estas cosas, pero me pareció sumamente extraño que este fuera el tema que el Papa eligiera para esta rara oportunidad de dirigirse a algunos de los principales líderes de la Iglesia. Para mí, esto indicaba una curiosa fijación y demonización de los más conservadores. Y lo que hacía las cosas aún más desconcertantes es que Francisco debía saber que la Iglesia está floreciendo precisamente entre sus miembros más conservadores.

Mientras la famosa Iglesia liberal de Alemania se marchita, la Iglesia conservadora y de orientación sobrenatural de Nigeria crece exponencialmente. Y en Occidente, los sectores más activos de la Iglesia son, sin duda, aquellos que abrazan una ortodoxia vibrante, más que aquellos que se adaptan a la cultura secularista. Muchas de las expresiones e historias del Papa eran ciertamente graciosas, pero sería difícil caracterizarlas como invitaciones al diálogo con interlocutores conservadores.

Para concluir, quisiera decir algunas palabras sobre la sinodalidad, que creo que el propio Francisco identificaría como su tema distintivo. Tuve el privilegio de ser delegado electo en ambas sesiones del Sínodo sobre la Sinodalidad. Durante dos meses, escuché y hablé con representantes de todo el mundo, y aprendí mucho sobre cómo los católicos responden a los desafíos en entornos culturales extraordinariamente diversos. Disfruté mucho de las conversaciones, tanto de los intercambios formales en la mesa como, aún más, de las charlas informales durante los descansos.

Llegué a comprender el proceso de discernimiento orante del Papa, inspirado por los jesuitas. También llegué, debo admitirlo, a apreciar los límites de la sinodalidad. Si bien todos los diálogos fueron animados e informativos, muy pocos avanzaron hacia la decisión, el juicio o la resolución. La mayoría se estancaron en lo que Bernard Lonergan llamaría la segunda etapa del proceso epistémico, es decir, ser inteligente o tener ideas brillantes. No avanzaron al tercer nivel de Lonergan, que es el acto de emitir un juicio, y mucho menos a su cuarta etapa, que es la de la acción responsable.

Éramos tan respetuosos con el «proceso» de la conversación que casi nos daba miedo tomar una decisión. Este es un problema fatal para los cristianos a quienes se les ha confiado el mandato evangélico de anunciar a Cristo al mundo. El resultado es algo que,

en mi opinión, contradice lo que el Papa Francisco ha dicho constantemente que desea que sea la Iglesia: “en salida”, orientada a la misión, no encerrada en la sacristía. A veces, durante las dos rondas del sínodo, me pregunté si la sinodalidad representaba una tensión en la mente y el corazón del propio Francisco.

De todos los papas que he conocido, Francisco es, con diferencia, al que mejor conocí. Estuve con él durante tres octubres: los dos ya mencionados y un tercero para el Sínodo de los Jóvenes de 2018. Durante esos maravillosos meses, lo vi prácticamente a diario y tuve la oportunidad de hablar con él en algunas ocasiones. También lo encontré en una visita *ad limina* y en otras audiencias. Siempre lo encontré amable, divertido y accesible; en una ocasión tuvimos una breve pero intensa conversación espiritual. Lo consideré mi padre espiritual y lamento sinceramente su fallecimiento. *Requiescat in pace* .

☆ UNA ESTRELLA EN MI VENTANA

Protagonistas de la historia

Hemos sentido, por intuición y experiencia, que nuestro “¡Somos futuro!”, estaba cargado de esperanza. Esperanza que ahora nos llama a ser **“PROTAGONISTAS DE LA HISTORIA”**. No hay vidas anónimas, sino que cada quien vive su historia, y la vive en grupo, en aula, en equipo, en comunidad, en familia... Esta crónica personal, más vivida que contada, es siempre ‘una historia de salvación’. Con todos nuestros avances y retrocesos, con nuestras vueltas y revueltas, con nuestras caídas y resurgimientos, somos **“PROTAGONISTAS DE LA HISTORIA”**. ¡El devenir existencial del **curso 2025-2026!**

Se trata de una nueva oportunidad para aprender, crecer y dejar huella. Es una invitación a vivir cada día con conciencia, compromiso y valentía. No somos simples espectadores de lo que ocurre a nuestro alrededor. Somos actores principales, con la capacidad de transformar la realidad y escribir, con nuestros hechos y decisiones, páginas únicas e irrepetibles en una historia personal y colectiva. Todo esto implica preguntarse cada día: ¿qué puedo aportar?, ¿cómo puedo mejorar este mundo?, ¿de qué forma puedo dejar una huella positiva?

Es verdad que existe la historia que se lee en los libros, hecha por personajes irrepetibles... La nuestra, no menos importante, se teje en lo cotidiano: en la palabra que anima, en el gesto que consuela, en el esfuerzo por superar una dificultad, en el trabajo en equipo, en la escucha atenta, en la solidaridad silenciosa... Todos y cada uno, desde nuestro lugar, somos esas personas insustituibles y únicas que tenemos la posibilidad de marcar la diferencia. Por eso somos, no nos quepa la menor duda, **“PROTAGONISTAS DE LA HISTORIA”**, de esas acciones y gestos que son siempre ‘una historia de salvación’.

Y porque somos herederos de la esperanza (¡“Somos futuro!”), el lema del presente curso quiere despertar en nosotros la certeza de que aún queda mucho por hacer, y que cada uno tiene algo esencial que aportar. No estamos llamados a repetir el pasado, sino a construir un futuro diferente y nuevo. Nuestro futuro

pasado, tiene un esperanzador futuro. Somos **“PROTAGONISTAS DE LA HISTORIA”**.

Por eso se nos llama a fomentar la participación activa, el pensamiento crítico, el compromiso social y la búsqueda del bien común. Queremos educar personas conscientes de su historia y protagonistas de su tiempo, capaces de mirar al mundo con esperanza y trabajar con otros para transformarlo. Estamos invitados a **“acoger, vivir y regalar”** una crónica vital que llegará a ser maravillosa porque se nos llama a **“caminar juntos”**, como **“PROTAGONISTAS DE LA HISTORIA”**.

¡Curso 2025-2026! Un reclamo exigente para vivir la historia, para ser parte activa de ella, para escribirla. Porque cada uno de nosotros es protagonista de una vida que merece ser contada, porque es una historia irrepetible y única de la que nosotros somos protagonistas. Iniciamos la aventura; comenzamos **‘esta historia de salvación’**.

Señor Jesús, que caminas siempre con nosotros, gracias por este nuevo curso que nos da la oportunidad de acoger, vivir y regalar nuestra existencia siendo testigos de la verdad, la justicia y el amor.

*“Protagonistas de la historia”
que comienza con una llamada a acoger la semilla de esperanza que has
plantado en nuestro corazón.
Ayúdanos a reconocer que cada palabra, cada gesto y cada elección pueden
contribuir a transformar el mundo que nos rodea.*

Porque en Jesús, somos protagonistas siempre de una historia de salvación.

*“Protagonistas de la historia”
que se vive más que se cuenta,
porque se nos invita no a narrar victorias o fracasos sino a entregar la vida.
Háznos sensibles ante el sufrimiento de los demás,
valientes para defender lo que es justo, creativos y generosos para construir
comunidad.*

Porque en Jesús, somos protagonistas siempre de una historia de salvación.

*“Protagonistas de la historia”
que no se guarda, se regala,
que se multiplica y se convierte en don para todos.
Que no tengamos miedo a equivocarnos,*

*porque tú nos enseñas que, incluso, de los errores se aprende.
Que no nos dejemos llevar por la indiferencia ni por la comodidad, sino que
busquemos siempre servir con alegría.*

Porque en Jesús, somos protagonistas siempre de una historia de salvación.

*María, mujer valiente y coprotagonista de esta historia de salvación,
camina con nosotros y enséñanos a decir “sí” como tú,
a Dios, a nuestros hermanos y a nosotros mismos.
Señor, queremos escribir cada día una nueva página,
una historia donde el bien tenga la última palabra.*

Porque en Jesús, somos protagonistas siempre de una historia de salvación, “PROTAGONISTAS DE LA HISTORIA”.

Isidro Lozano

